

China-Estados Unidos, ¿la guerra sigilosa?

Arturo OROPEZA GARCÍA

Coordinador



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Jurídicas

CHINA-ESTADOS UNIDOS,
¿LA GUERRA SIGILOSA?

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS

Serie ESTUDIOS JURÍDICOS, núm. 364

COORDINACIÓN EDITORIAL

Lic. Raúl Márquez Romero

Secretario Técnico

Mtra. Wendy Vanesa Rocha Cacho

Jefa del Departamento de Publicaciones

Miguel López Ruiz

Cuidado de la edición

Mauricio Ortega Garduño

Formación en computadora y elaboración de portada

CHINA-ESTADOS UNIDOS, ¿LA GUERRA SIGILOSA?

ARTURO OROPEZA GARCÍA
Coordinador



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS
México, 2021

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad
Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Primera edición: 3 de noviembre de 2021

DR © 2021. Universidad Nacional Autónoma de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS

Circuito Maestro Mario de la Cueva s/n
Ciudad de la Investigación en Humanidades
Ciudad Universitaria, 04510 Ciudad de México

Impreso y hecho en México

ISBN en trámite

No son nuestras coincidencias las que nos han traído aquí. Han sido nuestros mutuos intereses y nuestras mutuas esperanzas...

... La esperanza de que cada uno de nosotros sea capaz de construir un nuevo orden mundial en donde naciones con sistemas y valores diferentes puedan vivir en paz, respetando las diferencias de cada uno.

Richard NIXON

(Cui Tankai, 30 de julio de 2020, Magazine opinión, China)

CONTENIDO

Introducción	XI
Guía para conversar sobre el tema “China-Estados Unidos, ¿la guerra sigilosa?”	1
Eugenio ANGUIANO	
Conversatorio China-Estados Unidos, ¿la guerra sigilosa? .	23
Sergio LEY LÓPEZ	
Entre la “competencia entre grandes potencias” y la “glo- balización con características chinas” en el siglo XXI. Opciones para México	47
Enrique DUSSEL PETERS	
El conflicto China-Estados Unidos, ¿choque de civiliza- ciones?	71
Arturo OROPEZA GARCÍA	
Autores	123

INTRODUCCIÓN

En la tercera década del siglo XXI, la sociedad global observa con preocupación la acumulación de una agenda que no desahoga con prontitud los temas rezagados de su competencia, y, por el contrario, cada día va sumando nuevos retos que la comprometen con su estabilidad y su futuro.

Dentro de todos ellos, como uno de sus asuntos más importantes aparece el disenso que protagonizan, por un lado, el rol hegemónico que Estados Unidos ha venido ejerciendo con amplitud desde 1945, y, por el otro, el evidente surgimiento de la República Popular China como potencia emergente, sobre todo desde la llegada del presidente Xi Jinping al poder en 2012-2013.

El tema del choque entre estas dos grandes naciones no es nuevo, pues ya a finales del siglo XX su posible confrontación dio lugar a una bibliografía abundante respecto a la naturaleza de su reacomodo; sin embargo, es en 2020 cuando los vaticinios se formalizan y queda evidenciado un conflicto entre potencias de especial preocupación.

Estados Unidos, a través del discurso del secretario de Estado, Mike Pompeo, del 23 de julio de 2020, en la biblioteca Richard Nixon de Yorba Linda en Los Ángeles, California, deja en claro su diferendo al plantear un emplazamiento geopolítico contra un Estado marxista-comunista, enemigo de la economía, de la libertad y de la democracia de Estados Unidos y de Occidente, sobre el que “el mundo libre debe triunfar contra esta nueva tiranía”.

China, sin compartir hasta hoy la radicalización de este discurso, desde octubre de 2012, cuando asume Xi Jinping el poder como secretario general del Comité Central del Partido Comunista Chino (PCCh), frente a la exposición El Camino de la Re-

vitalización, en el Museo Nacional en Beijing, deja en claro las nuevas pretensiones de China al plantear por primera vez la idea de la construcción de un *Sueño Chino*, propuesta que ratificó en su discurso de toma de posesión como presidente del país en marzo de 2013, dando forma a una iniciativa a través de la cual la nación asiática pretende convertirse en un líder mundial en 2049 (a cien años del triunfo de su revolución), igual que en una potencia mundial para la construcción de “una comunidad global de destino común”.

Ante la evidencia de la confrontación, la sociedad internacional en su conjunto se cuestiona preocupada respecto a la dimensión del conflicto, la naturaleza de la disputa, los objetivos que se pretenden, el tamaño de los contrincantes, y de manera especial sobre cuáles serían las consecuencias económicas, políticas y sociales para una comunidad global disminuida por una pandemia sanitaria que ha puesto al descubierto sus atrasos y limitaciones en una primera mitad de siglo caracterizada por nuevos retos de difícil solución.

La confrontación sinoestadounidense, dada la complejidad de su desacuerdo, desde un inicio se ha prestado a un sinnúmero de interpretaciones.

China se convirtió en 2009 en el primer país exportador, y en 2010, en el líder manufacturero del mundo, y la relatoría se desbordó en apresurar que se estaba en medio de una guerra comercial. En 2013 el país asiático se vuelve la economía más poderosa del mundo en términos de poder de compra, y la opinión alertó de que vivíamos una guerra económica. En 2012, en un artículo de G. T. Allison en el *Financial Times* (“La Trampa de Tucídides”) se desborda el análisis del conflicto hacia una posible confrontación bélica utilizando el texto del historiador griego Tucídides sobre la *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

El planteamiento fue muy citado en su momento, y por primera vez se generalizó una visión de la que Huntington ya había alertado casi veinte años antes. A partir de 2020, autores como Prestowits, Mearsheimer y muchos otros, en especial Niall Fergu-

son, hablan de que “la Segunda Guerra Fría ha comenzado”, y que este “será un shock económico más grande que cualquiera ocurrido durante la Guerra Fría”. Otros, como Huntington, Morris, Mahbubani, etcétera, no escatiman en advertir que vivimos los prolegómenos de un choque de civilizaciones de escenarios desconocidos.

Lo anterior se torna más complejo al presentarse la implementación de estrategias económicas que guardan condiciones diferentes y que están generando resultados diferentes. Por el lado norteamericano, el despliegue de un neoliberalismo económico que representa la columna vertebral de un *Western Model* cuyas categorías son parte de un amplio debate no sólo en Estados Unidos, sino también en la mayoría de los países europeos. Del lado asiático, desde la década de los ochenta se practica un modelo al cual su principal autor, Deng Xiaoping, le llamó *un experimento*, sujeto a comprobación, que conocido como “socialismo de mercado” con características chinas, se ha significado por ser altamente eficiente desde el momento de su puesta en marcha.

La parte política también es un elemento discordante. El modelo de un Estado de derecho norteamericano donde destaca el imperio de la ley, los derechos humanos y su vocación democrática, choca ideológica y políticamente con la realidad de un Estado confuciano, al cual también se le etiqueta como una entidad política marxista-leninista, profundizando en una confusión que al final resulta en un mayor distanciamiento entre las partes.

Las historias y las dimensiones de los dos protagonistas no quedan fuera de este análisis. Por un lado, la presencia de una nación china cuyo Estado moderno se funda en 221 a. C., más de quince siglos antes que el Estado moderno occidental, cuya historia se mide en milenios, y su población rebasa a la de la Unión Europea (G-27) y Estados Unidos juntos. Por el otro, la nación norteamericana, heredera de la civilización occidental, con una historia reciente desde su fundación de cerca de tres siglos y una población cercana al 23% de la población china.

Éstos son sólo algunos de los elementos de análisis que enmarcan un choque geopolítico que se ha adelantado a sus intérpretes y a sus actores políticos, y que ahora se presenta como un punto de agenda de atención prioritaria dado el escalamiento que se advierte en cualquiera de sus escenarios.

El conflicto de Estados Unidos-China, por las características que presenta y las consecuencias que ya está generando para la comunidad internacional, marca un antes y un después, no sólo en la geopolítica imperante entre los siglos XX y XXI, sino que por la naturaleza de su problemática y de sus posibles repercusiones vaticina también el surgimiento de escenarios políticos, económicos y sociales inéditos de complicada proyección.

No obstante, la fuerza de un movimiento global acelerado por su vertiente tecnológica, la existencia de un comercio de necesidades mutuas y de compromisos financieros dependientes, también estará operando como un amortiguador de las pretensiones hegemónicas, así como un elemento más de confusión en su posible análisis.

Los retos de un siglo sin precedentes, como la propia sobrevivencia del ser humano (el cambio climático), la sustitución tecnológica, la transformación digital, el fin de la era carbónica y la era industrial, la explosión demográfica, la migración, y el desempleo, entre muchos otros, también serán elementos que participen con un rol importante dentro de esta nueva era de construcción de hegemonías.

El tema de la presencia de China en la vida de Occidente desde el siglo XVII no ha sido de fácil interpretación; ahora, en su dimensión de éxito global y en el marco de una disputa de liderazgos con Estados Unidos, la necesidad de establecer la dimensión de su nuevo papel global en el siglo XXI se vuelve una asignatura imprescindible.

Ante la importancia de este reto, el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México estimó oportuno organizar un conversatorio de reflexión titulado “China-Estados Unidos, ¿la guerra sigilosa?”, el pasado 10 de

septiembre, con la participación del embajador Eugenio Anguiano Roch, el embajador Sergio Ley López, el doctor Enrique Dusel Peters y el doctor Arturo Oropeza García, con la finalidad de abonar a la construcción de un relato respecto a uno de los temas geopolíticos y económicos más relevantes de nuestra época.

Derivado de las reflexiones vertidas en este encuentro, sus participantes elaboraron cuatro interpretaciones académicas de naturaleza multidisciplinaria, bajo la idea de que China y su confrontación con Estados Unidos es un tema complejo que requiere de múltiples interpretaciones para acercarlo a su contenido y a sus posibles líneas de solución.

El Instituto de Investigaciones Jurídicas agradece sensiblemente la participación de los autores de esta obra, así como su intervención en el conversatorio señalado, esperando que esta publicación y este esfuerzo académico contribuyan al mejor entendimiento de uno de los temas globales más importantes del siglo XXI.

Arturo OROPEZA GARCÍA
Octubre de 2020

GUÍA PARA CONVERSAR SOBRE EL TEMA “CHINA-ESTADOS UNIDOS, ¿LA GUERRA SIGILOSA?”*

Eugenio ANGUIANO**

SUMARIO: I. *Estados Unidos extiende la Guerra Fría contra la URSS y su bloque a China.* II. *Distensión en la primera Guerra Fría sinoestadounidense.* III. *Fin de la primera (¿y única?) Guerra Fría.* IV. *Del mundo unipolar al mundo multipolar: surgimiento de China como potencia.* V. *Derrumbe del comunismo institucional y posicionamiento de China.* VI. *Xi Jinping y Donald Trump: perfiles opuestos.* VII. *Augurios de una buena relación entre China y Estados Unidos.* VIII. *La paranoia de los desbalances comerciales.* IX. *Comienza la guerra comercial.* X. *Escalada del brinkmanship por parte de Estados Unidos.* XI. *Segunda Guerra Fría sinoestadounidense en su apogeo.* XII. *¿Una guerra sigilosa? No tanto, es totalmente abierta. Lo sigiloso sería el camino hacia un enfrentamiento militar.*

I. ESTADOS UNIDOS EXTIENDE LA GUERRA FRÍA CONTRA LA URSS Y SU BLOQUE A CHINA

Desde dos meses antes de la proclamación de la República Popular China, se había roto toda posibilidad de diálogo entre esa “nue-

* Este texto es una ampliación y adaptación de las breves notas que sirvieron a su autor para participar en el conversatorio virtual, auspiciado por el doctor Arturo Oropeza, del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, que tuvo lugar el 10 de septiembre de 2020.

** Embajador de México en Costa Rica, Argentina, Austria, Brasil y en China (periodos 1972-1975 y 1982-1987).

va China” y Estados Unidos. Mao había declarado en su famoso discurso “sobre la dictadura democrática popular”,¹ la adhesión de China al socialismo y su repudio al imperialismo; en tanto que Dean Acheson suscribía en la carta de transmisión del “libro blanco sobre China”² al Congreso de su país, el rechazo al venidero régimen comunista chino que, según él, era un mero instrumento del expansionismo soviético en Asia.

A partir del 1o. de octubre de 1949, momento en el que nace la República Popular China, comenzó la ruptura de Estados Unidos con ella, y se prolongaría por los subsiguientes veintidós años. Washington implantó una estrategia diplomática para evitar que la República Popular pudiera ocupar el asiento de China en la ONU y para aislarla del resto del mundo no socialista. Por su parte, Beijing logró en febrero de 1950 suscribir un tratado de amistad, alianza y asistencia mutua con la URSS.

El estallido de la Guerra de Corea en junio de 1950 puso en ruta de colisión a la República Popular y a Estados Unidos, que había intervenido en ese conflicto, desde su inicio, bajo la bandera de la ONU y al frente de una coalición de quince países. En octubre de 1950, China Popular se vio obligada a entrar a tal guerra y combatir contra la mayor potencia militar de Occidente, hasta julio de 1953.

A partir de esa confrontación, la ruptura sinoestadounidense se volvió definitiva. Estados Unidos amplió su perímetro de seguridad en “el Lejano Oriente” (sic) para incluir en él a la República de Corea y a Taiwán, donde quedó establecida la República de China con los residuos del derrotado gobierno nacionalista, mientras que China comunista debió defenderse del asedio de un poderoso enemigo cuyo objetivo final era no sólo la contención de ella, sino su destrucción.

¹ En *Obras escogidas de Mao Tse-Tung*, tomo IV, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1969, pp. 425-448.

² “Letter of Transmittal”, *United States Relations with CHINA. With Special Reference to the Period 1944-1949*, Based on the files of the Department of State, Release August 1949, pp. III-XVII.

El cerco de contención a “China roja” que tendió Washington incluía el fortalecimiento de su VII flota desplegada en el Pacífico occidental, incluido el Mar del Sur de China (estrecho de Taiwán), y equipada con armas estratégicas —es decir, nucleares— más la base militar-naval de Okinawa y las bases aérea y naval en Filipinas; alianzas militares multilaterales, como ANZUS (Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos) y la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) de ocho naciones.³ La estrategia de acción era la de llevar cualquier fricción con China continental al borde mismo de la guerra (*brinkmanship*). En pocas palabras, Estados Unidos extendía la Guerra Fría de Europa al teatro de Asia.

Por su parte, la República Popular protegió su seguridad bajo el paraguas de la Unión Soviética, además de recibir de ella y de los otros países socialistas de Europa del Este, importante ayuda económica. Esto terminó en 1958-1960, cuando se produjo la ruptura ideológica y política (no la diplomática) entre Beijing y Moscú. En la década de los sesenta, China se apoyó en sus propios recursos y capacidades, además de que en la segunda mitad de ese decenio estuvo agobiada por la vorágine de la revolución cultural que había desatado Mao Zedong, lo que aisló a China en grado extremo del resto del mundo.

II. DISTENSIÓN EN LA PRIMERA GUERRA FRÍA SINOESTADOUNIDENSE

En 1969, China y la URSS chocaron militarmente en varios puntos de su extensa frontera común y estuvieron al borde de una guerra total, lo cual fue detectado por el gobierno estadounidense, que prontamente advirtió a Moscú su intención de intervenir, en caso de un ataque soviético directo contra China.

³ Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas y Tailandia.

Richard Nixon, un político de amplia trayectoria anticomunista, había llegado a la presidencia de Estados Unidos en enero del mismo año, y daba claros signos de un posible e insospechado acercamiento a China comunista, tanto para contrarrestar a la URSS (el enemigo de mi enemigo puede ser mi amigo), como para allanar el camino de una negociación a fin de sacar a su país de la impopular Guerra de Vietnam.

En julio de 1971, Henry Kissinger, asesor de seguridad nacional en el gobierno estadounidense, viajó en secreto de Islamaabad a Beijing para arreglar con el mismo Mao y el premier Zhou Enlai, una posible visita a China del presidente Nixon, la que se efectuaría en febrero del siguiente año.

El resultado de ese acercamiento lo hizo de dominio público el mismo Nixon, cuando dijo que en algún momento de 1972 iría a China Popular. Este anuncio precipitó un cambio de posiciones en la ONU de casi todos los aliados de Estados Unidos y también de numerosos países que, como México, se habían alineado durante veintidós años con la política estadounidense de aislar a China comunista. Así, a fines de octubre de 1971, la República Popular recuperaría el asiento de China en esa organización, con la consiguiente expulsión de Taiwán. Con esto se inició una etapa de apertura política de China comunista, bajo el enunciado por parte de sus dirigentes de que terminaba el principio de entablar relaciones de pueblo a pueblo (ideológicas) con los países del mundo, para dar paso a un concepto más pragmático: relaciones de Estado a Estado.

En septiembre de 1976 muere Mao Zedong. En diciembre de 1978, el PCC, bajo la dirección conjunta de Hua Guofeng (heredero de Mao por su puño letra) y Deng Xiaoping (rehabilitado recientemente por segunda vez), se adopta un plan para modernizar la agricultura, la industria, la ciencia y tecnología, y las fuerzas armadas de China.

Conviene resaltar aquí, por lo repudiado actualmente por Washington a propósito de coinversiones y transferencia tecnológica entre empresas estadounidenses y chinas, lo que textualmen-

te dijo en 1978 Thomas Morphy, presidente de General Motors: “Why do you [los chinos] only talk to us about introducing technology, not joint ventures? A joint venture is like a marriage and building a family together”.⁴

Volviendo al increíble acercamiento de Nixon con los líderes comunistas chinos, huelga decir que no obstante lo dramático del hecho, fue imposible que ambos países establecieran relaciones diplomáticas formales en esa ocasión: por un lado, lo impidió el tratado de seguridad y asistencia mutua de Estados Unidos con Taiwán y la negativa a una ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos, y por el otro, la demanda de Beijing de que se acatará el principio internacional de la existencia de una sola China. Esas relaciones no se concretarían hasta enero de 1979, bajo la presidencia de Jimmy Carter y el liderazgo de transición de China.

Justamente un año después, Deng Xiaoping y un puñado de comunistas veteranos terminarían por desplazar completamente del poder al heredero de Mao y a su grupo, y con ello arrancarían las reformas y la apertura económica al exterior. La República Popular ingresaría en 1980 al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, instituciones que habían sido calificadas por el maoísmo como epítomes de la dependencia y del imperialismo yanqui.

III. FIN DE LA PRIMERA (¿Y ÚNICA?) GUERRA FRÍA

En la segunda mitad de los años ochenta, el partido comunista de China enfrentó manifestaciones que exigían una quinta modernización: la democracia. Dentro del liderazgo aparecieron facciones que se oponían a las reformas económicas en favor del mercado.

En lo internacional, Beijing y Moscú entablaron un diálogo para acabar con sus fricciones políticas, al tiempo que Mijaíl

⁴ Bob Davies y Lingling Wei, *Superpower Showdown. How the Battle Between Trump and Xi Threatens a New Cold War*, HarperCollins e-books. Digital edition, June 2020, p. 35.

Gorbachov había llevado a extremos inimaginables su distensión con Occidente, lo que abrió el camino para la reunificación alemana y la caída de varios otros regímenes comunistas europeos.

En mayo de 1989, Gorbachov hizo una visita oficial a Beijing para formalizar la reconciliación sinosoviética, después de casi cuarenta años de desavenencias; pero el gobierno chino no pudo rendirle los honores acostumbrados, porque la Plaza de Tiananmen (“puerta de la paz celestial”) estaba ocupada por cientos de miles de manifestantes. Al menos éste fue uno de los pretextos que esgrimirían los dirigentes chinos supuestamente jubilados (Deng y compañía) para ordenar la represión sangrienta de los demandantes de mayores libertades, el 4 de junio de 1989.

Estados Unidos y varios de sus aliados implantaron un bloqueo parcial de exportaciones a China, como represalia de las violaciones masivas a los derechos humanos de ciudadanos chinos. Ese bloqueo no duró mucho tiempo, y fue una acción opacada por los dramáticos acontecimientos en Europa oriental, que llevaron a la desintegración del bloque soviético, y a fines de 1990, a la desaparición misma de la Unión Soviética. Esto marca, en estricto sentido, el fin de la Guerra Fría y del bipolarismo mundial de poder.

IV. DEL MUNDO UNIPOLAR AL MUNDO MULTIPOLAR: SURGIMIENTO DE CHINA COMO POTENCIA

Las reformas y apertura económica de la República Popular China impulsaron un crecimiento económico de este país, que no puede sino adjetivarse de espectacular o milagroso. Entre 1980 y 2010 el PIB chino, medido en dólares estadounidenses a precios actuales, registró una tasa media compuesta de crecimiento anual de 10.9%, lo que significa que en treinta años el PIB aumentó ¡30.8 veces!⁵ Esto fue acompañado de una multiplicación de intercambios comerciales y económicos con “Occidente”, a la vez que

⁵ Pasó de 191,149 millones de dólares a precios actuales en 1980 a 6,087 billones en 2010.

China transformaba su economía de plenamente socialista a una crecientemente de mercado.

Reinó en esos años una euforia extrema en Estados Unidos, entre el sector privado y el público, por aprovechar las oportunidades que brindaba el mercado chino, así como las expectativas de que la economía china terminaría siendo totalmente de mercado, con un Estado fuerte, y ello propiciaría a la larga un cambio de régimen.

El ejemplo significativo de la euforia por China y la búsqueda de oportunidades es el de Henry Paulson, que primero como jefe del Goldman Sacks fue un pivote clave en abrir China a las empresas privadas, comerciales y financieras de su país, y luego como secretario del Tesoro estableció un diálogo estratégico económico, cultural y educativo con la República Popular.⁶

V. DERRUMBE DEL COMUNISMO INSTITUCIONAL Y POSICIONAMIENTO DE CHINA

Al comenzar el último decenio del siglo XX, Estados Unidos era la única e indiscutible superpotencia de un orden internacional que parecía encaminarse a un sistema de hegemonía unipolar. Era, parafraseando a Francis Fukuyama, “el fin de la historia”,⁷ debido al aparente triunfo de la democracia liberal como sistema de gobierno sobre todas las ideologías rivales, incluido el comunismo.

El desarrollo económico de China, país dirigido por un partido comunista, y su futuro, fueron analizados conjuntamente, en una suerte de “acoplamiento de ideas”, entre expertos de China con estadounidenses y de otros países capitalistas avanzados; las ideas se plasmaron en un estudio conjunto del Banco Mundial, dirigido entonces por Robert Zoellick, otro estadounidense, como es costumbre en ese organismo multilateral, y un importante *think*

⁶ Véase su libro *Dealing with China. An Insider Unmasks the New Economic Superpower*, Hachette Book Group, 2015.

⁷ Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Simon & Schuster, 1992.

tank del Estado chino. El estudio comenzó en 2010 y culminó con la publicación de un informe de 473 páginas sobre China actual y su proyecto de lograr para el año 2030 una sociedad moderna, armoniosa y creativa,⁸ suscrito por Zoellick y su sucesor, obviamente estadounidense, Jim Yong Kim, y Lin Wei, presidente del Development Research Center del Consejo de Estado de la República Popular China.

VI. XI JINGPING Y DONALD TRUMP: PERFILES OPUESTOS

En octubre de 2012, Xi Jinping es nombrado secretario general del PCC, y en marzo del siguiente año, electo presidente de la RPC.

Su padre fue un destacado revolucionario y, posteriormente, alto funcionario, que fue acusado en 1962 de formar “una camarilla antipartido”, y, por ende, encarcelado y exiliado hasta 1975. Jinping pasó de los quince a los veintidós años de edad en el campo para ser rústicado; en ese periodo ingresó al partido comunista (1974) estando en su base rural, y a partir de allí comienza una rápida carrera de ascenso político, sobre todo desde que ocurrió la plena rehabilitación de su padre en 1978-1980, inducida por Deng Xiaoping. En los subsiguientes 32 años, Xi Jinping llega a la cúspide del poder —a los 59 años de edad—, luego de pasar por cargos rurales y de secretario del partido en municipalidades y ciudades, y más tarde de las provincias de Fujian, Zhejiang y el municipio central de Shanghai, donde se ganó el apoyo del poderoso grupo de esa ciudad.⁹

A Xi lo consideraban los especialistas extranjeros en China como un reformista, ya que había adoptado de facto el estudio

⁸ El título del estudio en inglés es *China 2030. Building a Modern, Harmonious, and Creative Society*, obviamente, publicado también en chino.

⁹ Anguiano, Eugenio, “La era de Xi Jinping: ¿retorno del autoritarismo personal?”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex*, núm. 5, 2015, pp. 4-8.

del Banco Mundial-CID como parte de una hoja de ruta para alcanzar en el largo plazo ambiciosos objetivos y metas.

Además, había dejado su impronta de hombre pragmático en las decisiones económicas adoptadas en el tercer pleno del 18o. Comité Central de noviembre de 2013, en las que destacan dos conceptos: “garantizar que el mercado juegue un papel decisivo [no sólo básico, como se decía antes] en la asignación de recursos”; y al mismo tiempo conservar el papel dominante de la propiedad pública.¹⁰

Durante su primer periodo de mandato (2012/2013-2017/2018), Xi Jinping concentró en sus manos más poder que sus antecesores; lanzó la consigna del “sueño chino” (中国梦) y “rejuvenecimiento chino”, en vez de “ascenso pacífico”; fortaleció a las empresas estatales y frenó el avance de la economía privada;¹¹ aplicó una política exterior más asertiva y de influencia en Asia y en otras regiones; en fin, lanzó la iniciativa del cinturón y la nueva ruta de la seda.

Donald Trump es hijo de un millonario que hizo su fortuna en bienes raíces y como rentista en la ciudad de Nueva York, y él fue su principal heredero. El éxito de Trump como magnate no reside en empresas de producción que él hubiera desarrollado, sino en la continuación de los negocios que heredó y su ampliación a casinos, campos de golf y edificación de torres urbanas. No tenía una carrera propiamente política, sino que destacó en el ámbito mediático y comercial. Por eso fue inesperado su triunfo en el Partido Republicano para que éste lo nominara candidato a la presidencia, y todavía más sorprendente el que ganara las elecciones de 2016. Asumió la presidencia de Estados Unidos en enero de 2017, y hoy lucha por lograr su reelección.

¹⁰ Reynoso, José, “China impulsa un papel decisivo de la iniciativa privada en la economía”, *El País*, 12 de noviembre de 2013.

¹¹ Lardy, Nicholas R., *The State Strikes Back*, Washington, D. C., Peterson Institute for International Economics, January 2019.

VII. AUGURIOS DE UNA BUENA RELACIÓN ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS

Trump, ya como presidente electo, llamó a Kissinger y le pidió que transmitiera a Xi Jinping el mensaje de que le gustaría tener con él una relación personal. El veterano político y negociador respondió que justamente tenía arreglado viajar pronto a China, lo cual hizo el 2 de diciembre de 2016, y pronto dio verbalmente el mensaje al líder chino, quien respondió que era el momento apropiado para establecer una relación fresca entre los dos países.

Aún no había salido Kissinger rumbo a China, cuando Trump tomaba una llamada telefónica de Tsai Ing-wen, presidenta de Taiwán, para felicitarlo. Desde 1979, ningún presidente estadounidense, electo o en funciones, había aceptado hablar directamente con los dirigentes taiwaneses, de manera que cuando se supo públicamente lo ocurrido, hubo una reacción airada del gobierno chino.

En lugar de tratar de apaciguar esa reacción, Trump la avivó más con expresiones tales como de que nadie podía decirle qué hacer o no hacer con Taiwán, ignorando los acuerdos que permitieron a su país entablar vínculos diplomáticos con la República Popular. El gobernante de Estados Unidos en ciernes quería una buena relación con Xi, pero no entendía (ni entiende) la complejidad del acuerdo político de su país con China y la peculiar relación de ambos con Taiwán. Lou Jinwei, entonces ministro de Finanzas de China, dijo un mes más tarde al *Wall Street Journal*, que Trump era un tipo irracional (Davies y Wei, 2020: 159-164).

Beijing buscó un acercamiento con el equipo del presidente electo para clarificar posiciones, y lo logró. El 9 de diciembre de 2016, Yang Jiechi, excanciller y actualmente miembro del Buró Político del partido comunista y jefe de la oficina de asuntos internacionales del Comité Central, y el embajador chino en Estados Unidos, Cui Tiankai, se reunieron con los asesores Steve Bannon, que sirvió los primeros siete meses del nuevo gobierno

como estratega del presidente; Jared Kushner, yerno de Trump; el economista académico Peter Navarro, y K. T. McFarland, consejera de seguridad, quien también duró sólo cuatro meses con la nueva administración.

El encuentro fue en el número 666 de la Quinta Avenida de Nueva York, cuartel general de la empresa en bienes raíces de la familia Kushner, y no en la Torre Trump, porque quiso evitarse a la prensa. Esas cuatro personas mencionadas fueron calificadas por los expertos locales como “línea dura, con muchas ideas, pero sin una estrategia general” (Davies y Lingling, 2020: 164).

Parecía que las señales erráticas del nuevo presidente de Estados Unidos quedaban superadas, y, por tanto, el liderazgo chino se aprestó a negociar un rápido encuentro entre Xi Jinping y un Trump ya en funciones de jefe de Estado. Esto ocurrió en abril de 2017, en forma de visita privada de Xi a la extensa propiedad de Trump en Mar-a-Lago, en Florida.

Las relaciones sinoestadounidenses iban por buen camino, sobre todo cuando el gobierno chino recibió a Trump en visita de Estado en noviembre de 2017. Una recepción premeditadamente cálida, pero con pocos acuerdos: China compraría más productos estadounidenses, sin especificar, para reducir su superávit, y respaldaba la idea de Trump de acercarse a Corea del Norte.

VIII. LA PARANOIA DE LOS DESBALANCES COMERCIALES

Tres días después de asumir la presidencia, Trump firmó una “orden ejecutiva” para poner fin a la participación de Estados Unidos en la Asociación Transpacífica (TTP), y en semanas subsiguientes argumentó que su país había sido estafado (*ripped off*) largo tiempo por sus principales socios comerciales del mundo, ante la indiferencia e incompetencia de sus antecesores. A lo largo del año fue amenazando con imponer aranceles no sólo a China, sino también a México, Canadá, Alemania y otros países del G-7. Esto,

como parte de su promesa de poner otra vez a Estados Unidos a la cabeza del mundo (*first America again*). Su ignorancia sobre cómo había avanzado el predominio económico de su país en el siglo XX le impedía (y le impide) entender las causas de desequilibrio comercial estadounidense.

Estados Unidos fue desde 1946 hasta principios de la década de los sesenta, con algunas excepciones, superavitario comercial, además de acreedor de las economías capitalistas avanzadas; por eso se le ha llamado a eso “la era de la escasez de dólares”. Vuelve a incurrir en déficits comerciales permanentes de 1970 en adelante, y por tanto hubo abundancia de dólares en el mundo, que obligaron al gobierno de Nixon abandonar la convertibilidad del dólar en oro.

Con China Popular ha registrado Estados Unidos un déficit constante desde 1985 (de seis mil millones de dólares) hasta 2019 (345,204 millones): ¡aumento de 57.5 veces!, en tanto que el déficit total estadounidense aumentó “sólo” 4.6 veces en el mismo lapso de tiempo.¹²

IX. COMIENZA LA GUERRA COMERCIAL

El 22 de marzo de 2018 Trump firma la orden presidencial de poner en marcha la sección 301 del Acta de Comercio de 1974, que sirvió para castigar a las importaciones procedentes de China con una primera ronda de aranceles.

“Las guerras comerciales son fáciles de ganar”, afirmó Trump en uno de sus acostumbrados *tweets*. Meses después, no tendría empacho en responder a la pregunta de un periodista, que él jamás había dicho [lo escribió] que la guerra comercial con China sería fácil.

El 6 de julio de 2018, Estados Unidos impuso tarifas de 25% a importaciones chinas con valor de 34,000 millones de dólares, lan-

¹² Cálculos con cifras de: <https://www.census.gov/foreign-trade/balance/>.

zando así la más larga guerra comercial de la era de la posguerra. “Un año más tarde, más de tres cuartas partes de los \$660,000 millones del comercio de bienes entre ambas partes —cantidad más o menos igual al tamaño de la economía de Tailandia— quedó sujeto a tarifas arancelarias”.¹³

Halcones de Trump, como Steve Bannon y John Bolton, que salieron del gobierno; Mike Pompeo, secretario de Estado; William P. Barr, fiscal general; Mike Pence, vicepresidente; Peter Navarro, académico, y Robert Lighthizer, representante de comercio de Estados Unidos, han fomentado un nacionalismo extremo —y no pocas veces infundado— contra la República Popular China.

La imposición de aranceles a las importaciones desde ese país, como represalia de “la competencia comercial desleal, la obligación impuesta a las empresas estadounidenses para transferir tecnología a empresas chinas y el robo de propiedad intelectual”, han sido el primer paso de una peligrosa escalada de confrontación sinoestadounidense.

Para tratar de evitar la guerra comercial, una delegación china, encabezada por Liu He (刘鹤), uno de los viceprimeros ministros y miembro del Buró Político del Partido Comunista, llegó a Washington, D. C. en marzo de 2019 para negociar con su contraparte estadounidense.

Ante los reclamos de aquellos delegados, de que China ofrecía puras vaguedades, los chinos pidieron que el gobierno de Trump elaborara un documento sobre las demandas básicas para un eventual acuerdo bilateral. Lo hicieron, y presentaron un documento de varios capítulos, cada uno de los cuales llevaba como encabezado una relación de los reglamentos y leyes que China tendría que cambiar para eliminar su “competencia desleal”. En total, unas sesenta demandas de modificaciones legales y de procedimiento fueron la condición que puso Washington

¹³ *Beyond the Brink: Escalation and Conflict in US.-China Economic Relations*, CSIS, September, 2019.

para llegar a un arreglo, o de lo contrario se incrementarían los aranceles impuestos a un número también creciente de productos chinos de exportación.

Liu He no se comprometió, y llevó la propuesta a Beijing, donde en abril de 2019 hubo una reunión del comité permanente de siete miembros del buró político, en Zhongnanhai (sede y viviendas del liderazgo chino), para discutir si se aceptaban o no las demandas de Estados Unidos. En un cerrado debate, tres de los miembros de ese órgano supremo del poder se opusieron a ceder en lo más mínimo a tales demandas; ellos fueron Li Zhanshu, también presidente de la Asamblea Popular Nacional; Wang Huning, el ideólogo del PC y jefe del secretariado del comité central, y Han Zheng, primero de los viceprimeres. Otros tres se mostraron más flexibles: Li Keqiang, segundo en la jerarquía del partido y primer ministro del Consejo de Estado; Zhao Leji, secretario de la comisión central de inspección de la disciplina, y por tanto “zar” de la campaña anticorrupción, y Wang Yang, cuarto en la jerarquía partidista y promotor de la apertura económica de China.

Al final, “Xi Jinping —él mismo un ardiente nacionalista— consideró necesario endurecer la posición de China”,¹⁴ pero sin dejar de ofrecer acciones y tiempos concretos para aumentar las importaciones de Estados Unidos y así paliar su enorme déficit con la República Popular.

No obstante que el discurso y los mensajes del presidente Trump continuaron con la retórica amenazante, en octubre de 2019 se alcanzó en principio un acuerdo para una tregua en la guerra comercial, que se formalizó el 15 de enero de 2020, cuando el presidente Trump y Liu He, en representación del jefe de Estado chino, suscribieron en Washington el arreglo que cerró el primer capítulo de una dañina y prolongada disputa comercial y política.

¹⁴ Davies y Wei, *op. cit.*, 2020: 16 y 17.

En lo que respecta al perenne déficit de Estados Unidos con China, los resultados visibles son que éste disminuyó de 2018 a 2019 en 17.6%, pasando de representar el 48% del déficit estadounidense total en el primer año a 40% en el segundo. Es decir, un relativamente magro resultado.¹⁵

La economía china ha sido más abierta que la estadounidense. En 2019, el intercambio comercial total de China (exportaciones + importaciones) representó el 32.3% de su PIB, en tanto que ese mismo coeficiente fue de 19.3% en el caso de Estados Unidos. Tal apertura de China y su dinamismo económico han hecho de ella el principal motor de la economía mundial. En caso de que surgiera a nivel internacional un proteccionismo generalizado, la economía china resultaría más afectada que la de su competidor y actual rival.

X. ESCALADA DEL *BRINKMANSHIP* POR PARTE DE ESTADOS UNIDOS

Conviene recordar que el 2 de diciembre de 2018, al margen de la reunión cumbre del G-20 en Buenos Aires, Trump y Xi habían tenido una cena amistosa, en la que intercambiaron buenas intenciones para evitar una confrontación comercial entre sus países, que nunca se llevaron a cabo.

Dos días después de ese encuentro en Buenos Aires, el 4 de octubre el vicepresidente Mike Pence dio una conferencia en el conservador Instituto Hudson en Washington, D. C., en la que lanzó la acusación al gobierno chino de usar todas sus herramientas para afianzar sus intereses en Estados Unidos, a pesar —dijo— de que el presidente Trump había forjado en los últimos dos años fuertes relaciones personales con el presidente Xi; Pence dijo textualmente: “as we speak, Beijing is employing a whole-of-government approach, using political, economic, and military

¹⁵ Otro efecto del proteccionismo estadounidense fue que México pasara a ser en 2019, el primer socio comercial de Estados Unidos, desplazando a China.

tools, as well as propaganda, to advance its influence and benefit its interests in the United States”.¹⁶ Es decir, ya estaba tomada la decisión en las altas esferas del gobierno de Estados Unidos, de comenzar una escalada en la confrontación con China.

El brote de coronavirus en Wuhan a fines de 2019, que se mostró a mediados de enero de 2020 como una epidemia en gran escala, provocó en Washington unas primeras reacciones de simpatía por el pueblo y el gobierno chinos.

En marzo de 2020, Estados Unidos escala el ataque contra China acusando a su gobierno y al partido comunista de ocultar información sobre la pandemia, manipular a la Organización Mundial de la Salud y ser sospechosos de haber producido el virus del covid-19 en un laboratorio antiviral de Wuhan. Nunca presentó el gobierno de Trump pruebas sólidas al respecto.

Mike Pompeo se convierte en el vocero más vitriólico de China, al denunciarla de irresponsabilidad o mala fe en la propagación de la pandemia en todo el mundo. El secretario de Estado exigió que se permitiera la entrada a China a expertos de su país a fin de investigar directamente el origen y desarrollo del “virus de Wuhan”.

XI. SEGUNDA GUERRA FRÍA SINOESTADOUNIDENSE EN SU APOGEO

Es claro que el tipo de conflicto que Estados Unidos emprendió contra la República Popular China, en el marco del enfrentamiento bipolar entre ese país y la URSS, es diferente en algunos aspectos al desatado actualmente por el gobierno estadounidense contra China y su liderazgo comunista. No obstante, en varios libros y artículos de prensa internacional y nacional se escribe sobre una nueva Guerra Fría, por lo cual me atrevo a llamar a ese fenómeno “Segunda Guerra Fría”.

¹⁶ *Remarks by Vice President Pence on the Administration's Policy Toward China, The White House-Foreign Policy.*

El objetivo más evidente del gobierno de Estados Unidos para detener, y, si posible, revertir, la estrecha conexión de intereses con China Popular, es detener el ascenso de ese país como potencia, y exhibir a su partido comunista como enemigo de su propio pueblo (Xinjiang y Tíbet) y de otros países (Mar del Sur de China, Hong Kong). Este anticomunismo tardío no necesariamente se encuadra en una pugna ideológica similar a la de hace más de treinta años.

Por su parte, China resiste los embates estadounidenses, respondiendo golpe por golpe y enarbolando una política exterior nacionalista y reivindicadora del “siglo y medio” de humillaciones sufridas por esa nación. Además, el gobierno y el partido comunista chinos proclaman la autodeterminación y el respeto a sistemas político-económicos plurales, como premisas básicas de una coexistencia pacífica.

El gobierno de Estados Unidos monta una campaña en contra de China tanto por su política de competencia comercial desleal como por robo de patentes y por obligar a empresas extranjeras a transmitir tecnología a sus socios chinos. En fin, le molesta el plan “Made in China 2025”.

Adam Posen, director del Instituto Peterson, advirtió: “le estamos diciendo al pueblo chino que [sus esfuerzos] para hacerse rico es algo que vemos como injusto y que no lo podemos permitir. Este es un mensaje político muy potente que puede resultar bastante destructivo” (Davies y Wei, 2020: 33).

Wei Jinguo, ex viceministro de Comercio, predice que la guerra económica y comercial sinoamericana (*sic*) se extenderá al menos por treinta a cincuenta años más, y que la esencia de esa guerra es que Estados Unidos quiere destruir a China (*ibidem*, 35).

Se agregan otras medidas de represalia, adicionales a los aranceles, contra empresas chinas. El Departamento de Comercio ha elaborado, con pretextos varios, listas de empresas chinas (*Entity List*), a las que se prohíbe que proveedores radicados en Estados Unidos, y más recientemente se exige a productores establecidos en cualquier parte del mundo de cualquier nacionali-

dad, y que operen con licencias estadounidenses, que les vendan insumos o les compren productos a aquellas empresas.

Un ejemplo reciente de ese tipo de agresiones económicas es una lista de otras veinticuatro empresas chinas que se agregan al bloqueo económico, acusadas de coadyuvar a la construcción de bases militares en islas del Mar del Sur de China. Son compañías constructoras, de ingeniería de navegación, telecomunicaciones y desarrolladoras de infraestructura.¹⁷

El caso de coerción más notable es el aplicado contra Huawei. Washington ha usado todos los medios oficiales disponibles para bloquear el suministro, desde cualquier origen mundial, de microchips o de los materiales básicos para fabricarlos, a fin de ahogar la capacidad productiva de la segunda empresa más grande del orbe en telefonía y sistemas electrónicos de informática.

Durante el apogeo de la retórica amenazadora de Trump contra Huawei y otras corporaciones chinas, Xi Jinping hizo una gira por el occidente de su país, donde se localizan los bancos de tierras raras, de los que China es el principal proveedor del mundo, para lanzar el mensaje de que Beijing tiene recursos para contraatacar.

XII. ¿UNA GUERRA SIGILOSA? NO TANTO, ES TOTALMENTE ABIERTA. LO SIGILOSO SERÍA EL CAMINO HACIA UN ENFRENTAMIENTO MILITAR

La Guerra Fría sinoestadounidense (1950-1971) fue producto de una lucha ideológica y geopolítica: una guerra subrogada.

La apertura económica de China ha ofrecido atractivas ganancias y negocios a agentes económicos de Estados Unidos y a los demás países capitalistas avanzados, por casi cuarenta años. Lo que llevó a una euforia de acoplamiento en Estados Unidos, que

¹⁷ Commerce News, U.S. department of Commerce, Wednesday, August 26, 2020.

el historiador Niall Ferguson calficó de *Chimerica*, término que se parece a la palabra “quimera” en idioma inglés (*chimera*).

El acelerado crecimiento económico abierto de China, dentro de un híbrido de economía estatal con economía de mercado (“socialismo de mercado”), fue bien recibido por ideólogos y políticos estadounidenses. Pero cuando China comunista asciende a potencia económica global con capacidad competidora frente a Estados Unidos, entonces la visión de los optimistas cambia.

Algunos especialistas estadounidenses en China¹⁸ y el Pacífico occidental escribieron en los años noventa del siglo pasado, que así como Japón disputó en la primera mitad del siglo XX a Estados Unidos su hegemonía en esa cuenca, China lo hará en la primera mitad del siglo XXI. Éste es un símil carente de fundamento analítico serio, sobre todo por su conclusión implícita: China sería derrotada militarmente en forma contundente, como lo fueron los imperialistas militares japoneses.

He Yafei, ex viceministro de Relaciones Exteriores de China, interpretó de forma más mesurada lo que ha pasado con las relaciones sinoestadounidense, que según él fueron por cuatro décadas las de “rivales cooperantes”, y ahora lo son de rivales competidores (un juego de suma cero).¹⁹

Los riesgos actuales de una guerra en el sentido estricto de la palabra entre Estados Unidos y China son, a mi juicio, reducidos. La Guerra Fría de casi toda la segunda mitad del siglo XX nunca se calentó, debido a que las dos potencias nucleares en pugna hicieron imposible una tercera guerra mundial, gracias al equilibrio del terror: destrucción mutua asegurada (MAD), por sus siglas en inglés.

Hoy no existe esa capacidad mutua de destrucción, pero sigue vigente el carácter disuasivo de los arsenales nucleares. China está

¹⁸ Por ejemplo, Richard Bernstein y Ross H. Munro en *The Coming Conflict with China*, New York, Alfred A. Knopf, 1997.

¹⁹ Publicación digital <<https://thediplomat.com/2018/08/us-china-relations-from-cooperating-rivals-to-competing-rivals/>>.

muy por debajo de Estados Unidos en cuanto a poder nuclear, e incluso en poderío militar “convencional”; pero aun sin haber paridad como entre la antigua URSS y Estados Unidos, la disuasión para que no haya un enfrentamiento bélico entre países poseedores de armas nucleares, independientemente de la paridad o la disparidad, sigue siendo válida.

La pregunta que se hacen expertos e iniciados, es quién ganará en esta confrontación del siglo XXI entre la República Popular China y Estados Unidos. Alguien que ha tomado este enigma es Kishore Mahbubani, de ancestros indios, y un reconocido internacionalmente académico y exdiplomático de Singapur. En un libro que le publicaron en abril de 2020, intitulado *Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy*, él describe con mucha lucidez y abundancia de datos las fortalezas y debilidades de los dos países en pugna, y concluye de manera salomónica: el conflicto geopolítico e ideológico entre China y Estados Unidos es tanto inevitable como evitable (Chapter 9, *A Paradoxical Conclusion*).

En cuanto a si China podrá o no quitarle la supremacía a Estados Unidos, la idea que nos deja la lectura de este inevitable libro es que tal cosa ocurrirá en el largo plazo, siempre que no estalle antes una guerra real entre los dos, o que en China ocurra un cambio de régimen y de sistema político detonado desde dentro.

Finalmente, el desacoplamiento financiero entre China y Estados Unidos es algo que no se divisa en el horizonte de medio plazo. Por encima de decisiones políticas, iniciadas por el gobierno de Donald Trump y respondidas por el Xi Jinping, la interdependencia financiera sinoestadounidense no mengua. Al contrario, hoy es un negocio muy rentable para los agentes económicos, públicos y privados de ambas partes.

Dos ejemplos me parece que ilustran bien dicha interdependencia. Uno es que para junio de 2020 los tenedores extranjeros de valores chinos, incluidos los estadounidenses, habían absorbido alrededor de 200,000 millones de dólares; un incremento de 50% en acciones y 28% en bonos sobre 2019.

El otro caso es que los ofrecimientos iniciales públicos (IPO) en el mercado bursátil estadounidense, de parte de corporaciones chinas, ha repuntado hasta llegar en agosto de 2020 a unos ocho mil millones de dólares, luego de que había caído en 2019, por impacto de la guerra comercial. La interdependencia financiera y monetaria es más poderosa que las decisiones políticas para “desconectar” dos economías sumamente interconectadas.

CONVERSATORIO CHINA-ESTADOS UNIDOS, ¿LA GUERRA SIGILOSA?

Sergio LEY LÓPEZ*

SUMARIO: I. *La dimensión histórica.* II. *La dimensión económica.* III. *Qué podemos esperar.* IV. *Implicaciones para México.*
V. *Anexo.*

La relación Estados Unidos-China ha sido un tema largamente recurrente en la atención de sinólogos, politólogos, economistas e internacionalistas alrededor del planeta. Más recientemente, se ha convertido, también, en un asunto de interés general, dada la magnitud de los actores involucrados y el enorme impacto que dicha relación y las consecuencias derivadas de ese relacionamiento tienen sobre el resto del mundo.

Desde el acercamiento estratégico de principios de los setenta del siglo pasado, que propició, primero, el encuentro Nixon-Mao de 1972,¹ y, posteriormente, el establecimiento de

* Presidente de la Sección Empresarial para Asia y Oceanía del COMCE, y vicepresidente ejecutivo nacional de COMCE. Embajador de México en Indonesia 1997-2001; embajador de México en China 2001-2007.

¹ El primer paso concreto para la visita lo había tomado Washington un año antes, cuando en julio de 1971, Henry Kissinger, consejero de Seguridad Nacional, aprovechando un viaje a Pakistán, realizó una visita secreta a Pekín, donde se reunió con el premier chino, Zhou Enlai, con quien trazó el camino del acercamiento. En un ejercicio de *realpolitik*, Kissinger admitió la rivalidad ideológica entre ambos países, pero también resaltó el deseo de ambos de una distensión. Zhou aceptó la posibilidad del acercamiento, y se dejó abierta la opción de una visita oficial de Nixon. Del 21 al 28 de febrero de 1972, Richard Nixon viajó a

relaciones diplomáticas a partir del 1 de enero de 1979, los vínculos sinoestadounidenses han crecido sustancialmente.

Sin embargo, la llegada de la administración Trump ha catalizado un proceso de descomposición acelerada de los nexos bilaterales que ya venía encubándose desde antes. Si bien es cierto que con Trump los estándares mínimos de entendimiento y confianza mutua han desaparecido, la esencia de las contradicciones actuales y futuras no son responsabilidad exclusiva de Trump, sino más bien reflejo de un momento histórico complejo y único: la confrontación geoestratégica entre dos potencias en momentos totalmente diferentes de su desarrollo, una China en ascenso vertiginoso y un Estados Unidos maduro, con visibles señas de declive, pero sin intenciones de compartir el liderazgo global.

Este hecho incuestionable pauta cualquier debate en torno a la relación China-Estados Unidos, y nos permite entender con claridad que es un conflicto que no concluirá pronto, ni tan siquiera con una eventual salida de Trump en las elecciones de noviembre de este año. Este problema nos acompañará durante las próximas décadas, ya que tiene que ver con la primacía geopolítica global. La profundidad de las interconexiones entre ambos países, principal, pero no exclusivamente económicas, son un factor de complejidad añadido.

Lo que sí es posible y deseable es una reconducción del manejo de las relaciones bilaterales, al menos, al carril en que se desarrollaba antes de Trump, donde si bien los vínculos no estaban exentos de contradicciones, agudas por demás, existía la capacidad y la

Pekín, a Hangzhou y a Shanghái. El mismo día de su llegada a Pekín fue recibido por Mao Zedong. El por entonces secretario de Estado estadounidense, William P. Rogers, fue excluido de este encuentro a petición de los delegados chinos, y el único estadounidense presente, además de Nixon, fue el consejero de Seguridad Nacional (y después embajador de Estados Unidos en China), Winston Lord. Para evitar dejar en vergüenza a Rogers, Lord no apareció en las fotografías oficiales del encuentro. Aunque Nixon estuvo una semana en China, ésa fue la única ocasión en la que Mao lo recibió. Nixon sí pudo sostener varios encuentros con el primer ministro Zhou Enlai durante su estancia.

voluntad política de que la rivalidad no implicara, necesariamente, un riesgo sistémico a la estabilidad global. En otras palabras, se apostaba por la colaboración en temas trascendentes de la agenda global y bilateral, como terrorismo, cambio climático, control de armamentos, Irán, Corea del Norte, etcétera, sin renunciar a la defensa de los intereses nacionales de cada parte.

I. LA DIMENSIÓN HISTÓRICA

Mucho se ha escrito a propósito de la naturaleza y las motivaciones que subyacían en el fondo del proceso de acercamiento entre Estados Unidos y China. Éste, que podría pensarse era un tema superado, ha vuelto a ponerse en boga recientemente por el gobierno estadounidense,² que ha venido reiterando su cuestionamiento sobre la validez de la estrategia de acercamiento a la luz de los resultados obtenidos más de cuarenta años después.

Las motivaciones de Washington para el acercamiento y despegue de las relaciones con Pekín fueron básicamente de contenido geoestratégico y económico, y respondían tanto a

² El 20 de mayo de 2020, la secretaria de Prensa de la Casa Blanca publicaba el documento: “Enfoque estratégico de Estados Unidos con respecto a la República Popular China”, donde Washington se cuestionaba la política de acercamiento estadounidense hacia ese país, iniciada a principios de los años setenta. El documento comprende una profunda reevaluación sobre como Estados Unidos entiende y responde a China, desde el “realismo basado en principios”, a la vez que identifica y reconoce la competencia estratégica bilateral de largo plazo China-Estados Unidos. El documento está disponible en: <https://translations.state.gov/2020/05/20/enfoque-estrategico-de-estados-unidos-con-respecto-a-la-republica-popular-china/>.

Posteriormente, el 23 de julio, el secretario de Estado, Mike Pompeo, dio un discurso en la Biblioteca y Museo Presidencial Richard Nixon, en Yorba Linda, California, donde reitera los principios esenciales del documento anterior, ya citado, a la vez que expresa su frustración al constatar que China, contrariamente a lo deseado e imaginado por ellos, siguió su propio camino y no imitó a Estados Unidos. El discurso completo puede leerse en: <https://translations.state.gov/2020/07/23/secretario-de-estado-michael-r-pompeo-discurso-en-la-biblioteca-y-museo-presidencial-richard-nixon-la-china-comunista-y-el-futuro-del-mundo-libre/>.

las condiciones concretas del momento como a los intereses geopolíticos de Washington. En rigor, el atractivo de sumar a China a la contención de Moscú implicaba no sólo ahondar aún más en la división de las fuerzas comunistas internacionales, sino también descansaba en la posibilidad no sólo de acceder a un vasto y prometedor mercado en un plazo relativamente corto, así como en la perspectiva de influir desde adentro a una renuncia del camino socialista, teniendo en cuenta las expectativas en torno al rumbo político que estaba iniciándose en China. La presión de la situación regional sobre los intereses estadounidenses también apuntalaba la necesidad de Washington de afianzar las relaciones estratégicas con China. Por otro lado, el hecho de que Pekín tuviera firmados acuerdos comerciales con Japón, Francia y Alemania Federal, que suponían ventajas comerciales comparativas de estos países respecto a Estados Unidos. en la competencia por el gran mercado chino, fue factor catalizador para el establecimiento oficial de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la República Popular China, a partir del 1 de enero de 1979 y el posterior desarrollo de los vínculos bilaterales.

Por su parte, para Pekín, hacia fines de los años sesenta, con el estallido de conflictos armados en la frontera sinosoviética, el acercamiento a Occidente devino prioridad esencial para el trazado de su política exterior. Factores como la tendencia a la ideologización extrema de la vida nacional que determinó la ausencia de una estrategia de desarrollo coherente y la exacerbación de las contradicciones sinosoviéticas con el corte radical de sus vínculos económicos y comerciales, propiciaron dicho acercamiento. En otras palabras, la coincidencia estratégica con Occidente vino a sustituir los intereses unilaterales de Washington de incorporar a China a la confrontación con la URSS. Sin embargo, el inicio del proceso de reforma y apertura implicaba, de hecho, una orientación a disminuir la tirantez internacional. Las máximas autoridades del partido y el gobierno ganaron consenso en la comprensión de que las reformas que se realizaban al interior del

país eran un proceso extraordinariamente difícil y largo, y, por ende, la tarea de crear para ellas “una situación internacional favorable era también de larga duración”.³

En ese contexto general, a fines de la presidencia de Jimmy Carter, parecía que se abrían las más amplias perspectivas a la coparticipación norteamericana con China sobre una base antisoviética, pero se dejaron sentir las diferencias estratégicas entre las partes.⁴ Como decía M. Okserberg, por entonces especialista en problemas de China en el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, “...fue en ese tiempo que los chinos concluyeron que el incremento de la tirantez soviético-estadounidense no coincidía necesariamente con los intereses de China: podía arrastrarla de improvisto a un conflicto que no deseaba”.⁵

Deng Xiaoping entendió que la complementación a largo plazo de las aspiraciones nacionales pasaba, necesariamente, por abandonar los intentos donde China se había mostrado menos eficaz, para concentrarse en la creación de un ambiente externo favorable a la realización de las metas de su política interna. Como resultado de la comprensión de los nuevos requerimientos de su política exterior, el país comenzó a colocar en un segundo plano lo que hasta 1980 parecía una convergencia estratégica con Occidente, potenciando, todavía más, el factor económico, en el relacionamiento con estos países, por encima de cualquier otra consideración ideológica, política o estratégica. En otras palabras, el acercamiento chino a Estados Unidos y al resto de los países

³ Deng Xiaoping, *Obras escogidas*, vol. III, Beijing, Editorial en Lenguas Extranjeras 1986.

⁴ La dirigencia china comenzó a pensar si la estrategia de frente único se correspondía con las demandas que presentaba el fomento económico del país, puesto que la mencionada estrategia implicaba el mantenimiento a alto nivel de la confrontación con la URSS y supeditaba en medida considerable a este objetivo las demás orientaciones de la política exterior, lo que encerraba el peligro de desembocar en graves lesiones a la independencia de China.

⁵ Oksenberg, M., “Una década de relaciones sino-norteamericanas”, *Foreign Affairs*, vol. 61, New York, núm. 1, 1982, p. 191.

desarrollados se concibió, desde entonces, como una respuesta pragmática a la urgencia china de acceso a la inversión, a las tecnologías, al capital y a los mercados como punto de partida necesario para la implementación del programa de reforma y apertura.

Acorde a esta perspectiva, el impulso a la desideologización en los vínculos exteriores y el afianzamiento de la teoría de la multipolaridad a nivel de visión del mundo significó para Pekín, la sustitución del enfoque de la confrontación en los asuntos internacionales por una visión más constructiva que se asentaba en la voluntad de lograr fórmulas mutuamente ventajosas de coexistencia con los socios, a fin de asegurarse las mejores condiciones de desarrollo socioeconómico. De esta manera, el prestigio de la RPCCh no se concebía más como prestigio basado en categorías puramente políticas o ideológicas, sino se trataba de conseguirlo, en primer término, por medio del fortalecimiento económico, comercial, tecnológico y financiero propio, y no en el socavamiento y debilitamiento de las demás potencias. Es decir, el despliegue de la más amplia cooperación internacional y la integración de China en el sistema de vínculos internacionales son, como recalcan los propios líderes chinos de entonces, la mejor garantía de que en el porvenir, la China próspera y consolidada sería factor de paz y estabilidad en el mundo entero.

Desde entonces, China comenzó un proceso arduo en la búsqueda, diseño e implementación de un modelo que desde su propia singularidad le permitiera recuperar, al menos en parte, su lugar en el mundo: la vuelta a la normalidad histórica. Sobre esta base, en los últimos cuarenta años China se ha convertido en la locomotora del crecimiento global, con un promedio anual superior al 9% para el periodo 1979-2019. El año anterior, China contribuyó con un tercio del crecimiento del PIB mundial, frente al 11% de Estados Unidos o el 4% de la UE, manteniéndose como el país que más aporta, posición que ocupa desde 2006. Desde 2012, se posicionó como la segunda economía más grande del mundo, con un PIB nominal que ascendió, en 2019, a los 14.38 billones

de dólares, mientras que ya es, desde hace unos años, la principal economía en términos del PIB medido por la paridad del poder adquisitivo, cuyo valor superó los 27 billones de dólares, durante 2019, muy por encima de los veinte billones de Estados Unidos.⁶

China es, también, desde 2013, la principal economía comercial, representando el año pasado el 12% del comercio mundial, el 13.2% de las exportaciones y el 10.8% de las importaciones totales, cuando en 1978 ocupaba el puesto 29, y significaba apenas el 0.8% del comercio mundial. En cuanto al comercio de servicios, China pasó del puesto 34 en el mundo en 1982, al segundo lugar en 2014. En 2019, el valor total de su comercio de servicios ascendió a los 779 mil millones de dólares, de los cuales 282 mil millones fueron exportaciones de servicios comerciales, cuarto a nivel mundial, y 497 mil millones en importaciones, segundo, muy próximo a desplazar a Estados Unidos.⁷

Por otra parte, China pasó de ocupar el puesto 122 mundial en la captación de inversión extranjera directa (IED) en 1979, al cuarto lugar en 2019, medido por la acumulación de IED. Sólo el año anterior captó flujos de IED por valor de 141, 225 millones de dólares, con una acumulación que superó los 1,769,486 millones de dólares, lo que representa crecimientos con respecto al 2018, del 8.7%. Con respecto a 1980, el crecimiento del acumulado de inversión extranjera captada por China ha crecido en un 164,656.6%, mientras que en el mismo periodo el de Estados Unidos, que sigue siendo el país que más IED capta, creció un 11,298.3%. Un dato que es todavía más llamativo, si cabe, es que China se ha transformado en uno de los mayores exportadores de capital, y sus inversiones en todas las regiones del planeta han crecido de una

⁶ Los datos sobre el PIB están basados en las estimaciones del FMI para 2019, mientras que el cálculo de la tasa de crecimiento del PIB para el periodo 1979-2019 es cálculo del autor sobre la base de los datos del portal Internet Datamacros.

⁷ Todas las cifras relacionados con el comercio, tanto de mercancías como de servicios, son datos oficiales de la OMC, tomados de https://www.wto.org/spanish/news_s/pres20_s/pr855_s.htm.

manera exponencial. China ya es, por la acumulación, la tercera economía que más invierte en el extranjero, con un valor total que el año anterior ascendió a los 2, 099,400 millones de dólares, un crecimiento del 5.9% con respecto a 2018.⁸

Sin duda, su renovado poderío ha tenido un impacto global dramático a nivel económico, financiero, comercial, e incluso tecnológico. China ha tratado de manejarse con cautela, pero las dimensiones y rapidez de su crecimiento, sin parangón en la historia, interfieren, quíeralo o no, con los equilibrios geoestratégicos de larga data cimentados sobre la base de los intereses de un puñado de países desarrollados, con Estados Unidos a la cabeza, disparando sus ansias, temores y hostilidad.

Es imperativo señalar que en los últimos cuarenta años China no tuvo la intención de patear el tablero estratégico; por el contrario, se adaptó a las condiciones que otros diseñaron y acomodaron a sus propios intereses. Es decir, jugó con las reglas del juego que le impusieron. Sin embargo, desde el principio su modelo se caracterizó por el alejamiento de paradigmas anteriores, buscando en sus propias condiciones las respuestas a las necesidades específicas de su desarrollo, aunque con una actitud siempre pragmática, abierta al diálogo, y al estudio de experiencias ajenas, donde encontró elementos que adaptó e incorporó a su propia estrategia de desarrollo.

Tras lustros de cooperación mutuamente beneficiosa en numerosos campos, Washington abrió camino a la contención, transformándose en abierta confrontación bajo el mandato de Donald Trump. En las explicaciones para justificar la irritación con China desde Estados Unidos se señala como uno de los elementos de mayor peso su frustración, por el hecho de que China ha seguido un modelo propio de desarrollo, y no muestra ningún interés en copiar o adoptar el modelo “democrático” occidental.

⁸ Los datos relacionados con la inversión directa, tanto entradas como salidas, son tomados de la UNCTAD, y están disponibles en: <https://unctadstat.unctad.org/wds/TableViewer/tableView.aspx>.

El berrinche resultaría risible si no fuera por la actitud hegemónica, antidemocrática y hasta supremacista que implica una defensa tan poco seria del supuesto principio de la “invencibilidad” del modelo liberal occidental. La raíz del problema tiene que ver con el derecho que tiene o no tiene China o cualquier otro país, a adoptar el camino de desarrollo que mejor se adapte a sus condiciones, con plena capacidad de rechazar o aceptar, total o parcialmente, las experiencias ajenas. La persistencia china en establecer un modelo propio, adaptado a sus condiciones nacionales y con base en las premisas que soberanamente decidan, incluyendo entre ellas la búsqueda y ejecución del socialismo con peculiaridades chinas, sirve de argumento para instigar la implantación del conflicto. La administración Trump, a la que internamente le funcionó a las mil maravillas la polarización social como estrategia electoral, ambiciona trasladarla ahora al ámbito global señalando a China como el enemigo, el socio desagradecido que puede poner en peligro el *statu quo* y el modelo de vida norteamericano. Y cualquier excusa vale para ello: desde la violación a los derechos humanos, la novedosa trampa de la deuda, hasta la bochornosa y racista manifestación del “virus chino”.

II. LA DIMENSIÓN ECONÓMICA

La relación bilateral China-Estados Unidos, basada en el espíritu de los Tres Comunicados Conjuntos, avanzó sostenidamente, hasta crear una interdependencia económica, que ha actuado, históricamente, como un factor clave de contención en la escalada de las tensiones y las contradicciones de todo tipo, de las que nunca estuvo exenta esta vinculación. De una relación enfocada en los temas estratégicos pasó a otra, donde el peso se puso en los asuntos económicos y comerciales.

La configuración de las Cadenas Globales de Valor, la fragmentación de la manufactura y el proceso de globalización comercial, así como la consolidación del dólar como reserva de valor

global y el rol de China como gran ahorrador, pueden no comprenderse desconectadas de la integración entre la primera potencia económica mundial (Estados Unidos) y la de mayor crecimiento en las últimas décadas (China). Hasta hace relativamente poco tiempo este proceso era percibido tanto en Washington como en Pekín como una necesidad que respondía a los intereses fundamentales de cada parte, y que les era mutuamente ventajosa.

Desde la época de la administración Obama los implementadores de políticas habían asumido como una prioridad la necesidad de contener a China; como ejemplos baste citar al TPP original y Asia como pivote de la política exterior estadounidense, y, con ello, las contradicciones económicas y geoestratégicas crecieron rápidamente. El cambio responde a una visión por parte de la elite política asociada a una reducida parte del gran capital estadounidense, que considera la emergencia china y su accionar a nivel internacional, pero sobre todo su capacidad creciente de disputarle a Washington el predominio en la próxima revolución industrial, una amenaza real para Estados Unidos.

Una ojeada al primer incremento arancelario deja al descubierto las verdaderas intenciones de Washington, ya que éste cubría sobre todo productos de los sectores aeroespacial, tecnologías de las telecomunicaciones, robótica, informática y mecánica, todos implicados en el plan “Hecho en China 2025”,⁹

⁹ El plan “Hecho en China 2025”, la apuesta gubernamental de Pekín por mantener un crecimiento sostenido basado en la innovación, la inteligencia artificial, la realidad virtual y el *Big Data*. El plan es consecuencia de la orientación estratégica establecida por los dirigentes del PCCh de crear capacidades de primera calidad en materia de innovación, y trasladar la base estructural de la economía hacia industrias más centradas en el conocimiento, y que se valgan de la innovación para mantener la ventaja competitiva. En efecto, el escenario principal en el que hoy se establece el pulso entre las empresas estadounidenses con las chinas es en el del llamado “tecnologías disruptivas”, las que están revolucionando la forma de producir, consumir y comunicarnos. El plan “Made in China 2025” (MIC 2025) es una estrategia nacional anunciada por el Consejo de Estado chino en mayo de 2015, con el objetivo central de aumentar, consolidar y balancear la industria de manufactura de China para convertir a este país en una potencia mundial con capacidad de influencia en los estándares internacionales y cadenas

considerado por Estados Unidos. como una intolerable señal del interés de Pekín de desafiar el predominio estadounidense en todos los sectores donde se juega el futuro tecnológico y la batalla por el dominio de sistemas revolucionarios, como la red 5G,¹⁰ piedra angular de la revolución digital y de las tecnologías, que deberá asegurar una posición de predominio internacional para las empresas y gobiernos. En general, la visión que prevalece, incluso en Washington y Pekín, es que en esta cuestión Estados Unidos y China mantienen una competencia en la que el primero lleva aún la delantera, pero donde la segunda reduce aceleradamente la ventaja.

En definitiva, la actitud de Washington es un reconocimiento implícito al hecho cierto de que después de cuarenta años de reforma, China ha dejado de ser un actor marginal en estas lides, para convertirse en muchos de estos campos en el único país hoy con la capacidad tecnológica (véase anexo) y de economía de escala para disputarle el liderazgo a Estados Unidos.

Si alguien albergaba alguna duda sobre las verdaderas intenciones de la “Guerra Comercial” contra China, la persecución

de suministro, así como ser líder de la innovación a nivel internacional. De igual forma, a través de la modernización de su estructura productiva, el gobierno central busca revertir los efectos de la desaceleración económica en el mediano plazo. Este plan, elaborado por el Ministerio de Industria y Tecnologías de Información (MIIT, por sus siglas en inglés), tiene objetivos muy específicos prospectados no sólo hacia 2025, sino hacia 2049, año en que se cumplirá el 100 aniversario de la fundación de la República Popular China.

¹⁰ Implica mayor velocidad y facilidad de conexión, mayor rendimiento y cobertura para conectar a las personas y los objetos. El objetivo es responder a la demanda de Internet móvil y al incremento del consumo de vídeo en celulares. La industria de las telecomunicaciones también espera que el 5G permita satisfacer la creciente demanda de conectividad vinculada con la digitalización de la sociedad y de la economía. Entre las numerosas aplicaciones para las que los operadores y los fabricantes de dispositivos esperan que se imponga el 5G como sistema preferencial de conectividad figuran los automóviles conectados y autónomos, la robotización, la industria 4.0, la telemedicina —y, en general, la salud conectada— y las ciudades inteligentes. Estimaciones mundiales auguran que hacia 2035 generará 3,5 mil millones de dólares de rendimiento y 22 millones de empleos en todo el planeta.

dentro de Estados Unidos y en el exterior, bajo coacción de Washington, de la que han sido objeto las principales empresas tecnológicas chinas, como Huawei y ZTE, terminó por disiparlas. Lo que está en juego no es ni remotamente un tema de acceso al mercado; se trata de una guerra de normas donde la ventaja comercial de definir estándares favorece hoy a proveedores tecnológicos chinos, y la intervención estadounidense busca entorpecer ese camino e intentar emparejar el terreno de juego para sus propias empresas, que hoy marchan, ciertamente, rezagadas en algunos aspectos de esa competencia. Éste es, sin duda, el meollo de la cuestión.

Aunque las partes negociaron un acuerdo a inicios de enero de este año,¹¹ el mismo acuerdo se centraba en medidas paliativas para enfrentar el déficit, y recogía el compromiso chino de mayores compras en Estados Unidos, pero no profundizaba en los temas esenciales del diferendo, plenamente conscientes ambos de sus limitaciones sobre el otro.

Estados Unidos quiere cambios estructurales en el modelo chino, una mayor apertura, menos involucramiento del Estado y del partido en las políticas industriales y en el control del mercado, y un menor peso del sector estatal. Ésas son, en definitiva, las demandas reales de Washington; pero saben que lejos de debilitarse, el modelo chino con el PCCh al frente, se fortalece. En el mejor de los casos, Pekín podría ofrecer ciertos ajustes para una mayor apertura del mercado chino en sectores estratégicos, como

¹¹ Enero 2020: las partes, tras largas y duras negociaciones, decidieron implementar para la fase 1, un acuerdo que buscaba poner fin a la guerra comercial. Los nueve capítulos del documento abarcan aspectos que han formado parte sustancial de la controversia: desde la propiedad intelectual a la transferencia de tecnología o la exportación de productos agrícolas. Aunque se mantenían tasas del 25% sobre unos 250 mil millones en importaciones industriales chinas, el acuerdo preveía la compra adicional, por parte de China, de mercancías por valor de doscientos mil millones de dólares incluidos dieciséis mil millones adicionales a los veinte mil millones anuales en exportaciones agrícolas estadounidenses. A cambio, Estados Unidos no impondrá más aranceles a China, y reducirá ligeramente los aranceles impuestos en septiembre. El inicio de la “fase dos” va a depender de cómo funcione este primer acuerdo parcial.

finanzas, industria automotriz, energía, etcétera; pero en cualquier caso lo harán desde la óptica de lo que consideren más oportuno y necesario para sus propios intereses. A cambio, no quiere restricciones a las compras de tecnologías avanzadas,¹² y busca que Estados Unidos la reconozca como una economía de mercado.¹³ El

¹² La administración Trump desde el principio propuso actuar en dos ámbitos: barreras a la inversión china en empresas norteamericanas de tecnología y bloqueo a las exportaciones norteamericanas de alta tecnología dirigidas a China. Para lo primero, el Departamento del Tesoro aplica una normativa que prohíbe la compra de empresas tecnológicas e impone un techo de 25% a la propiedad de inversionistas chinos en empresas norteamericanas de “tecnologías industrialmente significativas”, y ese techo puede variar en función de consideraciones especiales. A su vez, el National Security Council y el Departamento de Comercio siguen desarrollando programas para reforzar el control de estas exportaciones, en particular las dirigidas a China. Como es comprensible, la postura china alega el derecho a invertir con libertad en los Estados Unidos, sin restricciones administrativas o de índole política. El argumento norteamericano alude al hecho de que la frontera entre la inversión privada y el Estado en China sería demasiado tenue y, por ende, cualquier inversión china en Estados Unidos tendría detrás al Estado. Sin embargo, no se trata de un tema esencialmente nuevo. Ya desde 2012 un informe del Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes promovía la prohibición nacional de los equipos fabricados por Huawei y ZTE, e incluso advertía contra el peligro del uso de sus teléfonos inteligentes. Desde entonces y hasta ahora algunos factores se han mantenido imperturbables en la estrategia de desinformación estadounidense:

— El carácter selectivo de las compañías blancas de ataque.

— La beligerancia del lenguaje, compañías chinas como brazos técnicos del espionaje a gran escala de Pekín y, por ende, la idea central asociada de que estas compañías representan un peligro contra la seguridad nacional.

— La falta de pruebas. Desde entonces, los teléfonos y la actividad de las empresas chinas de telecomunicaciones, en especial Huawei y ZTE, han estado bajo el escrutinio técnico y político a través de audiencias en el Congreso, e inspecciones de equipos, y en todos los casos las conclusiones han sido las mismas, “no hay evidencia concluyente” de participación en espionaje o de que éstas sean un peligro directo contra la seguridad nacional de Estados Unidos.

¹³ Cuando China ingresó a la OMC en 2001, se le impuso el estatus especial de “economía en transición”, con el argumento de que no contaba con una economía de mercado, otorgándosele un trato similar al que se había concedido a las economías europeas antes vinculadas al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Este dato era crucial para las acusaciones *antidumping* (AD) que los socios de la OMC pudieran establecer en contra de productos chinos,

acuerdo de enero no sólo no recogía las exigencias chinas, sino que por esas mismas fechas Washington imponía nuevas restricciones a las exportaciones de alta tecnología a China, que endurecían las ya vigentes.

Finalmente, el acuerdo naufragó, al menos en parte, por el brote de la epidemia del coronavirus en China y su posterior propagación mundial y la escalada de las tensiones en la relación bilateral que le siguieron, pero evidenció que aun en el peor de los escenarios, todavía hay oportunidades para la negociación, como ha insistido una y otra vez China.

Como consecuencia, todo indica que Estados Unidos quiere apostar por la estrategia de “desacoplamiento”, que perseguiría revertir la interdependencia económica alcanzada. Si antes Washington impuso a Pekín más globalización, en el entendido de

pues los precios de éstos no responderían nunca a condiciones de mercado. Según las acusaciones AD, el país afectado podría usar los precios de un tercer país para calcular la magnitud del daño a su producción local. Esto abriría la posibilidad de tomar el dato del país más ineficiente en ese producto, el de mayor costo, de modo de amplificar la diferencia con el valor del producto chino, mucho más barato, y aplicar el *antidumping* por esa diferencia. Este estatus especial concluyó el 11 de diciembre de 2016, y China esperaba que de allí en adelante ya no se le aplicara más ese trato discriminatorio. Sin embargo, un día después, el secretario de Comercio estadounidense señaló que no veía motivos para cambiar su política en este ámbito ni tampoco existían reglas internacionales que lo forzaran a ello. La Unión Europea se manifestó en igual dirección. Esta posición se ha mantenido invariable hasta nuestros días. China estima, por el contrario, que en el documento que consagró el ingreso de China a la OMC, el apartado a.ii del artículo 15 de su ingreso explica con claridad que en la fecha indicada de diciembre de 2016, el estatus de China como economía de mercado debería ser de aplicación automática. Vale la pena destacar que cualquier negociación comercial de China tendiente a un acuerdo de libre comercio o a un esquema especial de cooperación económica y de inversiones tiene como requisito previo que la contraparte le reconozca el “estatus de economía de mercado”, y, por ende, renuncie a este trato discriminatorio en eventuales denuncias de AD a exportaciones chinas. La estrategia china opera entonces sobre dos líneas: una, hacer valer sus derechos en la OMC, y la otra, sumar reconocimientos unilaterales a su condición de economía de mercado a través de acuerdos comerciales o de cooperación económica. El tema en la OMC sigue en el plano de las disputas comerciales.

que el crecimiento económico, en un contexto de mayor interacción con las potencias occidentales, terminaría por debilitar las posiciones del Partido Comunista y a la vez fortalecería las tendencias liberales y determinaría un cambio de rumbo político-ideológico, ahora opta por lo contrario: menos globalización, menos interacción, estrategia que no pocos ya se han apresurado a calificar como de “nueva Guerra Fría”, pero que carece de elementos para equipararla a lo acontecido con la desaparecida Unión Soviética.

Las primeras manifestaciones de esta política ya son visibles: los intercambios comerciales entre las partes cayeron, el año pasado, a su punto más bajo desde 2012. Los productos hechos en China que llegaron al mercado estadounidense retrocedieron en un -16.2% (unos 13,842 millones de dólares menos), mientras que la caída de los productos estadounidenses que llegaron al mercado chino lo hicieron en -21% (unos 32,768 millones de dólares menos). China pasó de ser el principal socio comercial de Estados Unidos, por volumen comercial total, puesto que había venido sosteniendo de manera ininterrumpida desde 2015, al tercer lugar, ahora por detrás de México y Canadá.

Según el Comité Nacional de Relaciones entre Estados Unidos y China y la consultora Rhodium Group, en un reporte, destaca que la inversión en ambas direcciones entre Estados Unidos y China cayó a su mínimo en siete años. Durante 2019, la inversión directa china fluyó a Estados Unidos a un ritmo promedio de aproximadamente dos mil millones trimestrales, cifra que se desplomó a doscientos millones de dólares en el primer trimestre de 2020, lo que es casi un alto total. Sin embargo, respecto a la participación de Estados Unidos en China, en 2019 las empresas estadounidenses invirtieron 14,000 millones de dólares, por encima de los 13,000 millones de 2018. Aunque en 2020 es previsible una reducción, ésta es asociada en mayor medida a una consecuencia directa del impacto de la crisis sanitaria provocada por epidemia del covid-19, más que a una retirada masiva de empresas estadounidenses del mercado chino. De hecho, en el informe citado se

establece que los anuncios de nuevas inversiones estadounidense en China en el primer trimestre de 2020 sumaron 2.3 mil millones de dólares, inferior al promedio de 3.5 mil millones que mantuvieron durante todo 2019. El informe reconoce que no hay cambios significativos en las operaciones de las empresas estadounidenses en China, aunque alerta que un agravamiento en las tensiones podría significar pérdidas importantes para dichas compañías. A pesar de la presión de Trump y sus reiterados llamados a las propias empresas de Estados Unidos y a la de otras economías, como la taiwanesa, para que salgan de China, prometiéndoles ventajas impositivas y de otro tipo si se instalan en territorio estadounidense, las estadísticas evidencian una poca disposición, al menos hasta ahora, a seguir esas decisiones, marcadas por la lógica política y estratégica, en tanto no queda claro que se puedan implementar adecuadamente.

Hay consenso en asumir que la restauración de ciertas industrias no es posible a corto y mediano plazo desde una óptica estrictamente empresarial y económica, pero esa lógica parece no caber en la doctrina de “America First”. Washington hoy clama por romper las cadenas de suministros globales y hasta liquidar de facto a la OMC si ello supone un freno para Pekín. Sin embargo, ni la guerra comercial ni la estrategia de desacople, más allá de las importantes dificultades que han creado y crearán para China, no significan una erosión significativa en el singular modelo de desarrollo chino, ni en el papel central de China, en la “globalización corregida” (Xulio Ríos, 2020) que se nos viene.

El desacople es, en definitiva, una expresión más de la Estrategia Nacional de Seguridad de 2017, China como el principal enemigo del “mundo libre”. Obviamente, no se trata de un tema de déficit comercial, que Estados Unidos tiene con más de cien economías, sino de minar las bases estructurales que aportan el vigor y la solidez al modelo chino, empezando por su soberanía. Desde Pekín se apuesta por ganar tiempo, e insisten en la necesidad de reconducir las relaciones hacia la base de las negociaciones que permitan ganar cierto nivel de confianza estratégica, a

la vez que reconocen que tienen margen para ceder en temas no esenciales, como incrementar compras de mercancías estadounidenses y mantener impulso a la reforma en los sectores claves que terminen por mejorar aún más el ambiente de negocios para las compañías extranjeras.

III. QUÉ PODEMOS ESPERAR

No hay duda de que los desacuerdos y las contradicciones serán la esencia de los vínculos bilaterales de aquí en adelante. Trump ha tenido éxito en posicionar, como nunca antes, una percepción muy negativa de China en Estados Unidos. Encuestas recientes mostraban que sólo el 26% de los estadounidenses tenían una visión positiva sobre China. Según una encuesta reciente del Pew Research Center, el 91% de los estadounidenses encuestados consideran a China como una amenaza; el 62% de ellos la considera la principal amenaza, mientras que un 29%, como una amenaza menor. La visión negativa sobre China pasó del 48% en 2018 al 60% al final de 2019, y tras la desinformación y la manipulación sobre el origen y desarrollo de la pandemia del covid-19 llegó al 66% en abril, y a un alarmante 73% en julio, la mayor proporción desde que comenzó este tipo de estudios en 2005. Todo indica que esta tendencia se mantendrá, con Trump y sus principales seguidores, reiterando una y otra vez sus posicionamientos contrarios a China.

Queda claro que de aquí a las elecciones presidenciales de noviembre de este año no habrá cambios significativos en lo que respecta a la actitud de Washington hacia China. La “desconfianza estratégica” y la “verificación” seguirán siendo los factores esenciales de la política de Trump, en parte, porque desde los sectores más conservadores en Estados Unidos están convencidos de que es el único camino para obstaculizar y, si es posible, descarrilar el desarrollo chino; pero también por las implicaciones de política interna. Jugar la carta “china” le ha sido a Trump a lo largo de

toda su administración un punto positivo de atracción y movilización de una parte importante de su base social.

Por otra parte, Biden y los demócratas, en esencia, también se sumarán, con entusiasmo, a la diatriba anti China, al menos hasta noviembre. No hay espacio para un discurso moderado, mucho menos para uno de conciliación o de mantenimiento del *statu quo*. Con las encuestas que evidencian que la retórica condenatoria y la proyección de la visión de enemigos ha calado en parte del electorado, sólo cabe esperar más ataques desde todos los frentes. Y China lo sabe.

Más allá de los resultados de las elecciones de noviembre, la identificación de China como principal enemigo estratégico no parece que va a sufrir variación; por ende, la confrontación y la visión de competidores será muy posiblemente la que termine imponiéndose. En cualquier caso, hay consenso en considerar que la etapa de crispación en las relaciones bilaterales será prolongada. Sin embargo, entre el candidato demócrata y el republicano hay diferencias tanto en doctrina como en estilo, a saber:

— En general, para la administración Trump, China es una “potencia revisionista”, su “competidor estratégico”, y sobre esa base perciben las relaciones bilaterales como de suma cero, ganador-perdedor. Si bien Biden y los demócratas han destacado el “desafío de China”, todavía tienen pendiente definirlo. La plataforma del Partido Demócrata 2020 cree que el desafío que presenta China “no es principalmente de carácter militar”. Como en el pasado, cabe esperar de los demócratas cooperación en temas de interés mutuo como cambio climático, no proliferación de armas y potencialmente acciones de ambas partes que aseguren que la “rivalidad no ponga en riesgo la estabilidad global”.

— Posiblemente continuarán los esfuerzos por el reequilibrio económico y el desacoplamiento tecnológico parcial. La posición de Trump y sus partidarios parece clara, y no creo que variará demasiado. La guerra tecnológica, presentada como guerra comercial, continuará siendo siempre una herramienta de poder, aunque sus resultados concretos ciertamente son insuficientes. Si bien Bi-

den no está de acuerdo con el enfoque de la administración Trump sobre los lazos económicos con China, esencialmente con el uso de aranceles para hacer frente a los desequilibrios comerciales, también enfatiza las premisas del “comercio justo”; “seguridad económica es seguridad nacional”; ha prometido salvaguardar la industria nacional y los empleos; fortalecer la protección de propiedad intelectual, la tecnología y la seguridad en la cadena de suministro de la economía estadounidense.

— El tema de los derechos humanos. Trump lo suele utilizar como parte de su diatriba anti-China, pero no es lo esencial en su política hacia Pekín. En cambio, un supuesto gobierno demócrata será, como en el pasado, especialmente duro y celoso con este tema, que consideran esencial en su aspiración de influir en un cambio de signo político en el modelo chino.

— A diferencia de Trump, un Ejecutivo demócrata estará en mejores condiciones de trabajar con sus socios europeos y algunos asiáticos en el diseño de ciertas políticas de contención hacia China, derivadas de los temores o desconfianzas propios de esas naciones hacia Pekín. Éste es un cambio sustancial y, posiblemente, uno de los que más alerta podría tener al liderazgo chino.

IV. IMPLICACIONES PARA MÉXICO

Para un país como el nuestro, la situación requiere un manejo cuidadoso de sus relaciones internacionales. No es un desafío menor que nuestros dos principales socios económicos estén enfrentados en una guerra tecnológica con implicaciones comerciales y de todo tipo. De momento, México parece sacar beneficios tangibles del enfrentamiento, posicionándose como el principal socio comercial de Estados Unidos, con unas exportaciones que crecieron un 3.5% en 2019 con respecto al año anterior, y unas importaciones que decrecieron en un -4,7%. Sin embargo, con una administración tan susceptible al tema de los déficits y tan volátil e imprevisible en sus estrategias económicas y comerciales,

lo que a priori es considerado como un paso hacia delante podría convertirse en un factor de desencuentro de mantenerse el actual liderazgo en Washington. Una mejor relación y una retórica menos agresiva con respecto a México son factores que potencian las ventajas comparativas mexicanas, sobre todo las relacionadas con la cercanía geográfica, el acceso preferencial que da el TMEC, y las asociadas a la manufactura, como mano de obra competitiva, calificada y productiva, núcleos de suministros sólidos en algunas industrias priorizadas, etcétera.

En momentos que Estados Unidos pretende facilitar e impulsar la relocalización de sus empresas de China a territorio nacional, o al menos hacia la región de América del Norte, México puede verse favorecido. Sin embargo, se trata de un proceso, en el mejor de los casos, lento, y para nada consolidado. Al día de hoy, la mayor parte de las empresas estadounidenses y de otras regiones con bases manufactureras en China apuestan por mantenerse en el mercado chino, y las que salen optan mayormente por trasladarse a otros países de la región asiática, por la importancia de mantenerse cerca de las cadenas de suministros y por las facilidades y ventajas fiscales que éstos ofrecen a la inversión extranjera. Por otra parte, México, como en ocasiones anteriores, debería jugar con inteligencia, y a la vez que mantener relaciones pragmáticas y activas con ambos socios, quedar al margen de las tentaciones de tomar partido en la disputa estratégica, y apostar por seguir comprometidos con el multilateralismo.

V. ANEXO

El avance de China en temas tecnológicos, en el desarrollo de capacidades I+D, educación y ciencia, ha sido una prioridad de las autoridades chinas y esencia del cambio del modelo de desarrollo en el que el país está ya plenamente sumido. A continuación, algunas evidencias del vertiginoso cambio tecnológico chino:

— En China, cada año se gradúan cinco veces más estudiantes STEM (ciencias tecnológicas, ingenierías y matemáticas) que en Estados Unidos.

— En 2015, el gasto chino en investigación, desarrollo e innovación (I+D+I) superó al de la Unión Europea.

— El gasto de China en investigación y desarrollo (I+D) representa el 21% del gasto mundial. El dato, de por sí ilustrativo, es además relevante, porque esa participación excede a la de China en el PIB mundial.

— El gasto chino en I+D en 2019 sumó 2,214 billones de yuanes (321,300 millones de dólares), el 2.23% del PIB, el pico máximo histórico y un aumento de 12.5% con respecto al crecimiento del año anterior. El gasto de China en I+D ha registrado un crecimiento de dos dígitos por cuatro años consecutivos, con el ritmo de crecimiento del año pasado acelerando en 0,7 puntos porcentuales con respecto al del anterior. La inversión en investigación básica se situó en 133,560 millones de yuanes en 2019, representando el 6% del gasto total. El gasto en I+D de las empresas aumentó un 11.1% interanual a 1,69 billones de yuanes, lo que representa el 76.4% del total. Mientras tanto, el gasto en I+D de las instituciones de educación superior aumentó un 23.2% con respecto al año anterior a 179.660 millones de yuanes, lo que representa el 8.1% del gasto total del país en I+D. La inversión en I+D en el sector de fabricación de alta tecnología alcanzó los 380,400 millones de yuanes, o el 2.41% de los ingresos operativos totales del sector, lo que representa un aumento de 0,14 puntos porcentuales con respecto a 2018. En 2019, seis regiones de nivel provincial, a saber: Guangdong, Jiangsu, Beijing, Zhejiang, Shanghai y Shandong, invirtieron cada una más de 100,000 millones de yuanes en I+D. El gasto en I+D en las regiones occidental y central del país registró el año pasado crecimientos interanuales del 14.8 y el 17.7%, respectivamente, muy por encima de aquel de la zona oriental, que aumentó un 10.8%.

— China está experimentando un incremento en el número de empresas relacionadas con la inteligencia artificial (IA) a me-

didada que los empresarios acuden en masa para capturar el crecimiento en el terreno. Hasta el 20 de agosto, el país registró más de 210,000 nuevas empresas de IA en 2020, cifra que representó un aumento interanual del 45.27%. Cerca de 950,000 empresas en China tienen negocios relacionados con la inteligencia artificial, robots, procesamiento de datos, computación en la nube, reconocimiento de voz e imagen y procesamiento del lenguaje natural. El tamaño del mercado de *software* y aplicación de IA de China alcanzará a 12,750 millones de dólares en 2024, según la firma de inteligencia de mercado global International Data Corporation.

— China posee nueve de las veinte empresas tecnológicas más importantes a nivel global, aunque es cierto que las once restantes son todas estadounidenses. El desarrollo infraestructural 5G en China es el más avanzado a nivel mundial. Hasta agosto 2020, el país ya había construido quinientas mil estaciones base 5G, y el número de conexiones de terminales 5G ha superado los cien millones. 5G ha estado liderando el desarrollo de aplicaciones en industrias y campos, como puertos, maquinaria, automóviles, acero, minería y energía. El uso de 5G en áreas clave, como Internet industrial, redes de automóviles, atención médica y educación, se está acelerando.

— En 2019, la escala del área de Internet industrial de China alcanzó los 2,13 billones de yuanes, y se espera que esta cifra supere los cinco billones de yuanes en 2025. Mientras que la escala de la industria clave de inteligencia artificial (IA) de China ha alcanzado los 51,000 millones de yuanes (unos 7,500 millones de dólares) a fines de 2019, a la vez que la cantidad de empresas de IA superó las 2,600.

— En el Índice Mundial de Innovación 2020, China ocupó el lugar 14, que venía ocupando desde la medición anterior. Actualmente, el gigante asiático cuenta con diecisiete clústeres tecnológicos de primer nivel mundial, entre los que destacan Shenzhen-Hong Kong-Guangzhou y Beijing, y ocupa el segundo y el cuarto puesto, respectivamente, dentro del Índice Mundial de Innovación.

— Huawei ha declarado 3,147 patentes esenciales estándar (SEP, por sus siglas en inglés) de 5G, y ocupa el primer lugar en el número de SEP entre las empresas 5G de todo el mundo, informó ifeng.com. De acuerdo con los últimos datos de IPlytics, una empresa alemana de datos de patentes, las SEP declaradas por la compañía tecnológica china representaron el 15.05 por ciento del total mundial, cifra que convierte a Huawei en líder dentro del sector de las comunicaciones 5G. De acuerdo con el informe financiero de Huawei, durante el año fiscal 2019 la compañía gastó 131,66 mil millones de renminbi (18.49 mil millones de dólares estadounidenses) en investigación y desarrollo, valor que representó el 15.3% de sus ingresos totales. Los datos también muestran que, incluyendo a Huawei y a ZTE, las empresas chinas tienen una participación del 34.02% dentro del total global de las SEP 5G, ocupando el primer lugar en cantidad. En declaración de patentes esenciales estándar 5G, a Huawei le siguen Qualcomm, Nokia, Samsung, LG, ZTE, Ericsson, CATT, NTT DOCOMO e InterDigital.

— En 2018, China superó a Estados Unidos en publicaciones científicas. Esa tendencia ya viene desde 2016, momento en que los investigadores chinos fueron responsables del 18.6% de las publicaciones científicas globales

— Desde hace cinco años, China es el país que registra mayor cantidad de patentes. Según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual, entre 1970 y 2000 sólo tres países (Estados Unidos, Japón y Alemania) concentraban dos tercios de registros de patentes en todo el mundo. En su informe oficial de 2019, señalaba que “China explica en gran medida la difusión mundial de las actividades de innovación científica y tecnológica”.

— Durante 2018, la solicitud de patentes de China ascendió a 1.54 millones, lo que representa casi la mitad mundial, según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual. La participación de China en el total mundial aumentó 11.6% interanual hasta el 46.4%. Una de cada diez solicitudes recibidas por la Administración Nacional de Propiedad Intelectual de China eran

solicitudes no residentes, es decir, provenían de empresas e innovadores extranjeros. El año pasado, el número de solicitudes de patentes en Estados Unidos fue de 597,141, para ocupar el segundo lugar a nivel mundial. Esto representaba una disminución del 1.6% respecto al año anterior, también la primera caída en diez años. Estados Unidos fue seguido por Japón (313,567) y Corea del Sur (209,992).

— En el 2018, China ocupó el primer lugar en términos de patentes, marcas registradas y aplicaciones de diseños industriales. La actividad de archivo en China creció un 11.6% para las patentes, un 28.3% para las marcas y un 12.7% para los diseños industriales

— Cada año, en China se gradúan 34,000 doctores en materias científicas y técnicas.

— Hace quince años, las empresas extranjeras tenían doscientos centros de I+D+I en China. En 2018 eran alrededor de 1,800.

— Hace diez años, China explicaba el 1% de las transacciones globales de *e-commerce*. Hoy es responsable del 42%, y procesa once veces más pagos móviles que Estados Unidos.

— La inversión de capital de riesgo, una pieza clave en el desarrollo de la industria tecnológica, pasó de 3 mil millones en 2013 a 44 mil millones de dólares en 2016, lo que incrementó la participación china en este rubro hasta el 27%, mundial. Estados Unidos mantuvo con 70 mil millones el liderazgo global; sin embargo, China crece a una tasa promedio anual varias veces superior a la de cualquier otro país, incluyendo Estados Unidos. De hecho, en 2018 China aumentó quince veces su crecimiento en este rubro en relación con 2013, lo que representa el mayor aumento de cualquier economía en el mundo (*Science Daily*).

ENTRE LA “COMPETENCIA ENTRE GRANDES POTENCIAS” Y LA “GLOBALIZACIÓN CON CARACTERÍSTICAS CHINAS” EN EL SIGLO XXI. OPCIONES PARA MÉXICO

Enrique DUSSEL PETERS*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Contexto de la “competencia entre grandes potencias”*. III. *Casos para entender la “nueva relación triangular” ALC-China-Estados Unidos y las implicaciones para México*. IV. *Conclusiones y propuestas*. V. *Bibliografía*.

I. INTRODUCCIÓN

Desde la declarada “competencia entre grandes potencias” (*great power competition*) por parte de Estados Unidos en diciembre de 2017 en contra la República Popular China, las relaciones bilaterales han escalado en 2020 a situaciones hasta hace poco inimaginables, como se verá más abajo. En este ámbito del debate internacional y en América Latina y el Caribe (ALC) y en México, el documento buscará ir más allá de la discusión de coyuntura y examinar las razones de corto, mediano y largo plazo en la relación entre Estados Unidos y China y las opciones para terceros países en ALC y México, por ejemplo. Con estos objetivos, el análisis se dividirá en tres

* Profesor del posgrado en economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); coordinador del Centro de Estudios China-México de la Facultad de Economía de la UNAM, y coordinador de la Red Académica de América Latina y el Caribe sobre China (Red ALC-China), *dusselpeters.com*.

secciones. La primera elaborará en torno a la relación entre Estados Unidos y China, en aras de comprender las condiciones y retos entre las principales dos economías globales en el siglo XXI: las tensiones entre ambas serán de largo plazo, más allá de la presidencia de republicanos o demócratas; el apartado, en forma esquemática, presenta un grupo de conceptos relevantes para terceros países —léase ALC, México, pero también de otros continentes— que tendrán que acostumbrarse a estas tensiones entre ambas potencias y tomar decisiones estratégicas en el largo plazo al respecto. La segunda sección examina un grupo de aspectos puntuales resultantes de estas tensiones en ALC y en México. La última sección resume las principales conclusiones y retoma un grupo de propuestas de política, particularmente desde la perspectiva de terceros países, concretamente ALC y México.

II. CONTEXTO DE LA “COMPETENCIA ENTRE GRANDES POTENCIAS”

Es indispensable en la actualidad desarrollar un grupo de conceptos para comprender el espectacular desarrollo socioeconómico de China desde 1949: en forma esquemática se presentan dos conceptos relevantes.¹

Por un lado, la “omnipresencia del sector público” en China. Pudiera definirse al sector público en China, y a su omnipresencia, bajo el liderazgo del Partido Comunista Chino (PCC), como la suma de instituciones del gobierno central, ciudades, provincias y municipios que —sorprendentemente para algunos— compiten entre sí; esta institución no existe como tal en ALC y en otras partes del mundo, y, como veremos más abajo, es fundamental para comprender la estrategia desarrollista y nacionalista de China en la tercera década del siglo XXI, y al menos desde 1949. Sobre la base de la existencia del PCC —que coexiste con otros ocho par-

¹ Para un análisis más detallado véase Dussel, Peters (2015, 2018 y 2020).

tidos legales— y de una compleja relación entre el Comité Central, el Congreso Nacional, la Comisión Militar Central, el Comité Permanente del Buró Político, el Congreso Popular Nacional, además de la Asamblea Popular Nacional de China y el Ejército Popular de Liberación, el gobierno popular central concentra estrategias a corto, mediano y largo plazos como pocos países del mundo. El Consejo de Estado —como principal órgano ejecutivo del poder del Estado y de la administración del Estado, y ejecutor del derecho,² compuesto del premier, los vicepremieres y el secretario general, entre otros—, además de la Comisión Nacional de Desarrollo y Reforma, reflejan la importancia cualitativa del gobierno central en términos de formulación, financiamiento, implementación y evaluación de estrategias, planes a largo plazo, y la regulación de instrumentos específicos para cumplir con las metas respectivas. La estructura anterior es cualitativamente pertinente para entender las posibilidades del sector público al momento de definir, ejecutar,³ financiar y evaluar las metas de desarrollo nacional, entre otros temas. No obstante, el sector público de China no debe pensarse como un “monolito vertical primitivo”, sino como una serie de “instituciones transicionales” (Qian 2001, 2003; Tejeda Canobbio 2012), dinámicas que compiten entre sí, con metas de desarrollo nacional y, como en otros países, con deficiencias e instancias de corrupción. El Consejo de Estado y la Comisión Nacional de Desarrollo y Reforma, por ejemplo, son importantes instituciones públicas que permiten concentrar las metas de desarrollo —con instrumentos y financiamiento—

² “La propiedad de las empresas estatales será ejercida por el Consejo de Estado en nombre del Estado; en los casos en los que haya otra disposición en cualquier ley, esta disposición tiene prioridad” (Weng, 2014).

³ Puede acceder a un análisis detallado de las leyes de propiedad de China y sus cambios recientes en Weng (2014), y en particular en Zhang (2008), sobre la Ley de Propiedad de China de 2007. Según se indica en Zhang (2008:7), la nueva Ley de Propiedad tiene una gran importancia para China, ya que, históricamente, “el modo de vida, los derechos y las obligaciones de la persona no se decidían de un modo tendiente a favorecer a la persona, sino que se determinaban según las necesidades de los gobernantes o del gobierno”.

junto con otras instituciones públicas a nivel nacional, provincial, municipal y de las ciudades.⁴ La fortaleza y la coherencia relativa del sector público —sin minimizar la competencia, las deficiencias y la corrupción— son así fundamentales para entender las metas de desarrollo a largo plazo, como la organización, el crecimiento del PIB, los cambios de las exportaciones a favor del sector interno, y las iniciativas para mejorar la inversión extranjera directa y la inversión extranjera directa en el exterior (OFDI), además de la eficiencia de la energía y la mejora del medio ambiente, entre otros aspectos. El tema de la competencia dentro del propio sector público, de igual forma, es un elemento intrínseco del propio PCC y bastante desconocido: se trata probablemente del principal incentivo de los funcionarios dentro del PCC a sus diferentes niveles, que —con base en los criterios del crecimiento económico y del incremento del nivel de vida de la población, así como directrices y prioridades establecidas por el gobierno central y el propio PCC en su momento— exigen una constante evaluación con base en el efectivo desempeño territorial —y por ende de sus respectivos funcionarios— y un proceso sorprendentemente competitivo y de ascenso/descenso estrictamente dentro del propio PCC (Vogel, 2011, 698/ss.). Más allá de la relevancia cualitativa del sector público en China, es importante tener conciencia de su importancia cuantitativa histórica y en la actualidad. Desde una perspectiva macroeconómica, la propiedad del sector público —y más allá del pequeño grupo de empresas paraestatales (*state-owned enterprises*, SOE)— es cercana al 50% del PIB, y con una tendencia a la baja,⁵ además de una importante participación en las

⁴ Esta coherencia relativa dentro del sector público es especialmente pertinente desde una perspectiva de América Latina: en términos de políticas económicas, por ejemplo, la región de América Latina y el Caribe está repleta de casos en los que las políticas fiscales, de comercio, de inversión, de tipo de cambio y de crecimiento del PIB son incoherentes, y dependen de distintos ministerios y/o ministros con metas distintas. En otros casos, esas políticas económicas carecen de instrumentos y financiamiento, por lo que no tienen relevancia.

⁵ Para un análisis cualitativo y cuantitativo sobre el tema véase Dussel Peters (2015), Naughton (2017) y Piketty *et al.* (2019).

empresas intensivas de capital y tecnológicamente avanzadas; no existe ninguna economía —entre las principales internacionales y en ALC— donde el sector público sea cuantitativamente tan significativo.⁶ La participación del sector público es incluso mayor en los servicios y en el sector bancario y financiero (Hernández Cordero, 2016; Piketty *et al.*, 2019) —como uno de los principales instrumentos para incentivar y promover desarrollo de largo plazo y según las prioridades nacionales en el corto, mediano y largo plazo—. Según estas estimaciones, la propiedad del sector público (no sólo del gobierno central) ha caído en la industria y en la manufactura, y pudiera ser superior al 95% en otros sectores como el bancario y el financiero. La inmensidad de iniciativas, instrumentos, financiamiento y prácticas micro, meso, macro y territoriales, desde esta perspectiva, en muchos casos no requieren de políticas definidas en otros países (“políticas industriales”, por ejemplo [Dussel Peters 2015], aunque reflejan una compleja red de instrumentos del sector público, tanto para las empresas que son de su propiedad como otras, incluso extranjeras (USITC 2007).

En segunda instancia, es crítico comprender que China, al menos desde 2013, presenta una crecientemente sofisticada alternativa de “globalización con características chinas”. Esta creciente presencia global —en el contexto de profundas reformas sociales, económicas y políticas desde finales de la década de 1970-1979— también se ha reflejado en el aumento de actividades y responsabilidades de China en el Consejo de Seguridad de las Naciones

⁶ El tema es crucial desde una perspectiva latinoamericana y después de varias décadas de privatizaciones y reducción del sector público: si incluimos una definición “maximalista” de las empresas estatales y de otras formas de propiedad pública, representan casi el 4% de las empresas de China. Ciudades como Beijing y Shanghái, pero también provincias como Guangdong, contaban en 2012 más de 34,000, 16,500 y 40,700 empresas, respectivamente (suma de empresas estatales, empresas de propiedad colectiva y empresas corporativas), varias de estas grandes empresas transnacionales. Temas como producción, empleo, demanda y oferta, así como ciencia y tecnología, entre muchas otras, son desde esta perspectiva incomprensibles sin un claro planteamiento de la “omnipresencia del sector público” en China en la actualidad (y en el futuro).

Unidas; en el reconocimiento de la relevancia de China en el sistema financiero internacional mediante la participación en 2016 del *renminbi* en la canasta de monedas que componen los derechos especiales de giro (SDR, por sus siglas en inglés), y en un creciente liderazgo en el G20. Desde una perspectiva internacional, es significativo el lanzamiento por parte de China en 2013 de la Franja y la Ruta (BRI, por sus siglas en inglés), y originalmente denominada Una Franja-Una Ruta, esta última a cargo del vicepremier y miembro del Comité Permanente del Buró Político Central del Partido Comunista Chino, Zhang Gaoli, así como de otros cuatro líderes de alto nivel. Ambas estrategias tienen como objetivo central, incrementar la cooperación de China con más de sesenta países de Asia, África y Europa, específicamente mediante cinco vínculos: políticas, caminos y carreteras, comercio, tipo de cambio y un último de pueblo-pueblo (Long, 2015). El establecimiento del Nuevo Banco de Desarrollo con los países BRICS (Brasil, la Federación de Rusia, la India, China y Sudáfrica), así como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB, por sus siglas en inglés), son potentes instrumentos de esta nueva y activa estrategia global, denominada como un proceso de globalización con características chinas y alternativa al proceso de globalización actual liderado por Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, entre otros. Las conclusiones del XIX Congreso Nacional del Partido Comunista Chino (PCC) a finales de 2017, y las dos sesiones de marzo de 2018 —la XIII Asamblea Popular Nacional (APN) y la del XIII Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPCh)— son significativas, y reiteran buena parte de los planteamientos arriba señalados (Anguiano Roch, 2017): además de una visión socialista de largo plazo al 2035 y al 2050 de la República Popular China, y de elevar el pensamiento de Xi Jinping en el propio PCC, se destacó la importancia de la BRI desde una perspectiva china y de largo plazo en torno a las relaciones internacionales y bajo el lema de “Una comunidad global con un futuro común”. Es decir, la BRI es una estrategia china de largo plazo y de crítica funcionalidad para el mundo, inclu-

yendo ALC; es importante que la región conozca los detalles de su potencial. En este contexto de creciente presencia y ambición global, China explícitamente reconoce el potencial de diferencias y fricciones con Estados Unidos, destacando su “autosuficiencia” (The State Council Information Office 2019/a: 4) e interés en la cooperación bilateral, aunque también señala la importancia de principios fundamentales, y que “China no llegará a compromisos en temas importantes de principios. China no quiere una guerra comercial, pero no teme una y peleará una si es necesario” (The State Council Information Office 2019:3). En América Latina y el Caribe (ALC), un grupo de iniciativas chinas llaman la atención. Por un lado, China ha presentado dos “libros blancos” hacia ALC en 2008 y 2016, respectivamente (GRPC 2011, 2017). Al menos cuatro planteamientos son relevantes en esta “nueva fase de cooperación integral” (GRPC 2017:3). Primero, la propuesta parte de “persistir en el intercambio y el aprendizaje mutuo” (GRPC 2017:5) en múltiples rubros de interés bilateral (de la cultura y la política hasta el comercio, la IED y el intercambio académico), enfatizando la importancia de mecanismos de diálogo y consulta. Segundo, en el ámbito económico-comercial (GRPC 2017:7-11) destacan trece áreas prioritarias, incluyendo la promoción del comercio de “productos de alto valor agregado y de alto contenido tecnológico” (GRPC 2017: 7), la “cooperación en inversión industrial y capacidad productiva” (GRPC 2017:7), la “cooperación en infraestructura” (GRPC 2017: 8) en la “industria manufacturera” (GRPC 2017:9) y la “cooperación entre las cámaras e instituciones de promoción de comercio e inversión” (GRPC 2017:10). Estas múltiples iniciativas chinas en la última década orientadas hacia ALC no han recibido una respuesta puntual y regional por parte de ALC: muchas disputas internas regionales y en la CELAC, su incapacidad de fortalecerse institucionalmente —la CELAC, y, por ende, el Foro CELAC-China, rotan anualmente, y su secretaría *pro tempore* depende de los países que asumen anualmente, y su respectiva cancillería— y la exigencia de una respuesta altamente especializada ante las propuestas chinas, también han generado

frustraciones en la parte china, tal como se refleja en el Programa de Trabajo del Foro CELAC-China 2019-2021.

La reacción del “viejo rico en la aldea global” ha sido fulminante; Estados Unidos, sin lugar a dudas, es el principal punto de referencia histórico, político, cultural y económico en ALC, más allá de la irrupción de China en la región. La cancelación del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés) por la Administración Trump en 2017 —originalmente planteado por la administración Obama como una barrera en contra de China y destacando la alianza Estados Unidos-Japón— y su relanzamiento por los restantes once países —bajo el título: Tratado Integral y Progresista de Asociación Transpacífico (CPTPP, por sus siglas en inglés)—, así como la ríspida renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre Canadá, Estados Unidos y México— han generado una importante incertidumbre global y en ALC (véase, por ejemplo, el *Foreign Affairs* de 2019, enero-febrero).

Desde esta perspectiva, las tensiones entre Estados Unidos y China van más allá de la “guerra comercial” desde 2018, y abiertamente desde 2019.⁷ En Estados Unidos se ha presentado un cambio estructural con respecto a China: históricamente, el sector público —y particularmente su legislativo— había sido más crítico de China, mientras el sector privado y los organismos empresariales habían sido más abiertos en aras de beneficiarse del comercio y opciones de inversión. Desde 2018, la creciente competencia de China en sectores como inteligencia artificial, electrónica, telecomunicaciones y en proyectos de infraestructura (AmCham China 2019) ha generado una áspera crítica por parte de los organismos empresariales estadounidenses hacia China.⁸

⁷ Para un cronograma del escalamiento de la “guerra comercial” desde inicios de 2018, véase <https://www.china-briefing.com/news/the-us-china-trade-war-a-timeline/>.

⁸ El argumento se presentó en forma particularmente clara por Susan Shirk en el China Development Forum de 2019 organizado por el Development Research Center del Consejo de Estado en Pekín (marzo, 2019), con impor-

La participación de las exportaciones de nivel tecnológico medio y alto de China a Estados Unidos se duplicó durante 1995-2017, mientras que la participación de las importaciones chinas de Estados Unidos aumentó apenas ligeramente, haciendo crecer la brecha tecnológica *vis à vis* China.

El presidente Trump, buscando realizar una de sus promesas de campaña, presentó en diciembre de 2017 su Estrategia de Seguridad Nacional (NSS 2017), y explícitamente señala que “China y Rusia retan el poder, influencia e intereses estadounidenses, buscando erosionar su seguridad y prosperidad” (NSS 2017:2); aquí se reconoce también por primera vez el concepto de “competencia entre grandes potencias” (“big power competition”) (NSS 2017:27), y que China busque atraer a ALC “en su órbita a través de inversiones y financiamiento estatal” (NSS 2017:50). En octubre de 2018, el vicepresidente Pence (2018) reiteró los argumentos destacando cambios profundos en la política de Estados Unidos hacia China y a través de medidas como el control de inversiones y exportaciones chinas a Estados Unidos y control de exportaciones a China para impedir la creciente presencia china. El secretario de Estado, Pompeo, por otro lado, ha señalado reiteradamente durante 2018-2020, que minimizará su relación con países como El Salvador, Panamá y República Dominicana debido a su reciente reconocimiento diplomático de China, y ha urgido a la región a tener cuidado ante las múltiples trampas —en el comercio, financiamiento, tecnologías, etcétera— que China le tiende a ALC; en términos prácticos, crecientemente ha exigido, una relación de “exclusividad”, es decir, o con Estados Unidos o con China.

tantes coincidencias por parte de los anteriores secretarios del Tesoro, Larry Summers, y Robert Rubin. AmCham (2019:II), organismo representante de las empresas estadounidenses en China, por ejemplo, destaca en forma tajante, que “desgraciadamente, diálogos bilaterales y otros mecanismos no han generado los resultados necesarios para sostener relaciones económicas saludables, equilibradas y mutuamente beneficiosas entre nuestras dos economías”.

III. CASOS PARA ENTENDER LA “NUEVA RELACIÓN TRIANGULAR” ALC-CHINA-ESTADOS UNIDOS Y LAS IMPLICACIONES PARA MÉXICO

En lo que sigue se describen un grupo de temas de coyuntura, que reflejan las condiciones y retos de la “nueva relación triangular” (Dussel Peters, Hearn y Shaiken 2013) entre Estados Unidos, China y ALC/México.

1. *La creciente relevancia económica de China*

El producto interno bruto (PIB) es uno de los conceptos más relevantes de la economía, y busca medir el valor monetario de mercancías y servicios de unidades socioeconómicas (usualmente un país o región) en un periodo específico (mes, trimestre o anual). Como en buena parte de las ciencias sociales, el concepto no se libra de limitaciones y debates: no incluye actividades no monetarizadas —por ejemplo, el trabajo en casa, y particularmente de mujeres—, y tiene dificultades para registrar rápidamente nuevas actividades, y así permitir su comparación con periodos anteriores. También es relevante comprender su diferencia con los conceptos de riqueza —que mide la posesión de recursos, y no un flujo como el PIB— y hasta de desarrollo: Amartya Sen y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), por ejemplo, buscan cuantificar desde hace varias décadas en su Reporte de Desarrollo Humano todo un grupo de variables explícitamente más allá de las limitaciones del PIB. El PIB, como tal, adicionalmente, no incluye la distribución del ingreso —una persona bien pudiera concentrar más ingreso que todos los hogares del decil más pobre—, y no incluye a la población: China y Estados Unidos cuentan con casi 1,400 y 330 millones de habitantes, respectivamente. No obstante sus serias limitaciones, el PIB sigue siendo un indicador importante, entre otros, para comprender el desempeño cuantitativo de una economía en el tiempo y en comparación con otras. El PIB, por otro lado, puede medirse

al menos desde tres perspectivas: a) en precios corrientes (por ejemplo, medido según el PIB de 2020), b) en precios constantes, y buscando incluir particularmente a la inflación para comparar 2000 con 2020, por ejemplo, y c) el PIB medido por la paridad de poder adquisitivo (PPP): con base en la capacidad de comprar en un país —cuánto cuesta un bien en México, Estados Unidos y China— se establece un tipo de cambio entre países y su posterior cálculo para el PIB. Las diferencias del PIB según estas mediciones son muy significativas. Según los cálculos del FMI (2020) sobre el PIB medido según el PPP, China ya es la principal economía desde 2014: en 2019 el PIB de China fue un 27% superior al estadounidense. Los indicadores de desarrollo mundiales del BM (BM 2020), que miden el PIB corriente, reflejan que en 2019 el PIB de China representó el 69.9% del estadounidense; en 2000 apenas fue el 11.8%; con base en la tasa de crecimiento promedio anual (TCPA) del PIB corriente de 2000-2019, la economía china sería superior a la estadounidense en 2024. El mismo banco de datos del BM, pero ahora sobre el PIB constante (en dólares de 2010), destaca que la economía china en 2000 y 2019 representó el 17.69%, y 63.14% de la de Estados Unidos, respectivamente; con base en la TCPA de 2000-2019, el PIB constante de China sería mayor al estadounidense en 2026. Dada la superior población en China, sin embargo, el PIB per cápita de China bajo este rubro apenas superaría al de Estados Unidos a mediados del siglo XXI. Las estimaciones anteriores no incluyen el impacto de la pandemia global, considerando que seguramente cerrará incluso aún con mayor rapidez las diferencias en el PIB entre ambos países. Desde esta perspectiva, China ya es o se convertirá en breve en la principal economía mundial.

2. La profundidad de la ruptura entre Estados Unidos y China durante 2017-2020

Todo indica que las tensiones irán en aumento entre ambos países, y por lo menos hasta las elecciones en noviembre de 2020

en Estados Unidos; existen importantes aspectos estructurales en Estados Unidos (véase la sección anterior) para comprender que sus diferencias y tensiones serán de largo plazo. Los frentes en estas tensiones son múltiples: de la Organización Mundial de la Salud en plena crisis global del covid-19 (con la seria amenaza de la administración Trump de retirar su financiamiento a la OMS), al cierre de Institutos Confucio en Estados Unidos ante presiones por parte del Departamento de Estado, así como el retiro de visas a periodistas, tensiones con respecto a Taiwán y el apoyo militar de Estados Unidos y el comercio, además del caso emblemático de Huawei. Las acusaciones por parte de la administración Trump del “virus chino” y de su creación en laboratorios chinos —con la explícita amenaza de solicitar reparaciones— también es de la mayor relevancia ante la pandemia global. Desde esta perspectiva, “la tregua comercial” acordada entre Estados Unidos y China el 15 de enero de 2020 es “ilusa” (Bown, 2020): China se comprometió a incrementar sus compras estadounidenses hasta en un 400% en un grupo de rubros agrícolas durante 2019-2021; ante la crisis del covid-19 y el desplome del comercio internacional, y particularmente entre Estados Unidos y China, los acuerdos de enero son absolutamente imposibles. Sería entonces comprensible que la administración Trump no esperara hasta 2022 para llegar a esta conclusión, sino que utilizara el argumento desde ya en el ámbito de la campaña electoral. Adicionalmente, desde inicios de 2020 ambos países vienen restringiendo e imposibilitando que periodistas chinos en Estados Unidos y estadounidenses en China ejerzan sus labores bajo la calidad migratoria específica: el Departamento de Estado, en marzo de 2020 exigió que un máximo de cien periodistas chinos obtuvieran visas con tal fin (con lo que alrededor de sesenta periodistas chinos perdieron esta calidad migratoria); China canceló la visa de prácticamente todos los periodistas del *New York Times*, *Washington Post* y *Wall Street Journal*, y el 9 de mayo 2020 la administración Trump volvió a escalar el tema: periodistas chinos que trabajaran para empresas no estadounidenses (*sic*) obtendrían una visa de trabajo de máximo no-

venta días. El caso de Huawei sigue haciendo olas y estando en el centro de las tensiones Estados Unidos-China. Si bien las tensiones entre Huawei y Estados Unidos iniciaron formalmente al menos el 1 de diciembre de 2018 con la detención de Meng Wanzhou, alta funcionaria de Huawei e hija del dueño de Huawei, Ren Zhengfei, aquéllas han continuado al día de hoy: apenas el 15 de mayo de 2020 el Departamento de Comercio de Estados Unidos exigió una licencia de exportación para cualquier empresa proveedora de semiconductores de Huawei cuyos productos contaran con *software* o diseño estadounidense y/o de origen estadounidense. Esta nueva ley, a ser implementada desde el 29 de junio de 2020, es más restrictiva que medidas anteriores —orientadas a fabricantes de semiconductores estadounidenses—, y afecta a buena parte de la red de proveeduría de Huawei, incluyendo a empresas de Taiwán (TSMC) y de otras nacionalidades, con repercusiones para otras potenciales empresas en el futuro, bajo el argumento de la “seguridad nacional” (estadounidense). El objetivo es explícito: impedir el éxito de Huawei con su tecnología 5G como base global de las telecomunicaciones en el corto y mediano plazo. Por último, apenas el 11 de mayo de 2020 la administración Trump ordenó a un fondo de inversión de trabajadores del gobierno federal (TSP) de Estados Unidos no invertir en acciones chinas: las implicaciones para los flujos financieros (también de China en Estados Unidos) pudieran ser dramáticos en el corto plazo. Todo lo anterior invita a examinar la relación Estados Unidos-China como una relación entre dos grandes economías en plena competencia y con implicaciones más allá del comercio. Desde esta perspectiva, y apoyada por las principales empresas estadounidenses, la administración Trump ha actuado en coherencia con sus planteamientos desde finales de 2017. Por último, la potencial amenaza del Comité sobre Inversión Extranjera de Estados Unidos (CFIUS) en afectar adquisiciones de Tencent en Estados Unidos, un reporte del Tesoro de Estados Unidos para diciembre de 2020 que pudiera impactar a bancos chinos y de Hong Kong vinculados con funcionarios sancionados de Hong Kong, así como probables medidas del De-

partamento de Defensa en contra de Semiconductor Manufacturing International Corp, uno de los fabricantes más importantes de semiconductores en China, la administración Trump pareciera adquirir una actitud “magnánima”: aceptó que las operaciones en Estados Unidos de TikTok (propiedad de ByteDance) fueran parcialmente adquiridas por Oracle (con el 12.5%) y Walmart (7.5%), es decir, ByteDance continuará concentrando el 80% de TikTok, y sólo restringió a la aplicación WeChat para que no fuera bajada en Estados Unidos.

3. *Tensiones puntuales en México*

Apenas el 23 de abril de 2020 se dio a conocer el resultado de la licitación pública del tramo I del Tren Maya: las empresas ganadoras —de entre 14 propuestas— se integraron en el consorcio de la portuguesa Mota-Engil México, China Communications Construction Company (CCCC), así como tres pequeñas empresas mexicanas: Eyasa, Gavil Ingeniería y Grupo Cosh, por un monto de 15,538 millones de pesos. El proceso —acompañado por la Oficina de las Naciones Unidas de Servicios para Proyectos (UNOPS)— incluirá un grupo de servicios desde Palenque (Chiapas) hasta Escárcega (en Campeche), destacando la rehabilitación de 227 kilómetros de vías ferrocarriles ya existentes. Es relevante para el proyecto que el 21 de abril de 2020 la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCCT) asignó a Fonatur la construcción, operación y explotación de la vía férrea del Tren Maya por treinta años —tanto para el transporte de pasajeros como de carga—, y será la responsable de la liberación del derecho de la vía, de definir los precios del servicio en condiciones equitativas en términos de calidad y precio, así como de la preservación y conservación (ambientales, históricos, culturales o artísticos) de los territorios donde se realizará la obra. Las transnacionales Mota-Engil y CCCC son el núcleo del tramo I en términos del financiamiento, conocimiento y tecnología para la realización del proyecto. CCCC —empresa que fue inhabilitada

por el Banco Mundial por prácticas fraudulentas en un proyecto de infraestructura en Filipinas por seis años (2011-2017)— es una empresa pública creada en 2006 y parte de China Communications Construction Group (CCG). Su origen se remonta a inicios del siglo XX. Según su reporte de 2019 —la empresa cotiza en la Bolsa de Valores de Hong Kong— CCCC contó con un capital social e ingresos cercanos a los 42,000 y 160,000 millones de dólares, respectivamente, además de 112,000 trabajadores. CCCC es una de las 127 empresas chinas que dependen directamente de la Comisión para la Supervisión y Administración de Activos Públicos (SASAC, por sus siglas en inglés) y bajo el Consejo de Estado de China. Se trata entonces de un enorme conglomerado industrial especializado en el diseño y construcción de proyectos de infraestructura: puertos, túneles, estructuras y maquinaria marina, hasta servicios de comercio; con décadas de experiencia en docenas de miles de kilómetros en el diseño y construcción de líneas ferroviarias y múltiples construcciones y servicios adjuntos. La construcción ferroviaria de 228 kms, desde esta perspectiva, no es un reto técnico notorio: desde 2000 ha participado en quince proyectos diversos de infraestructura en América Latina y el Caribe. El tema es de la mayor relevancia en la relación México-China, considerando que por el momento las empresas chinas no han logrado culminar exitosamente algún proyecto de infraestructura —y a diferenciarse de inversión extranjera directa— en México: el último caso fue el de Chicoasén II, donde la empresa Sinohydro ganó la licitación para la construcción de una hidroeléctrica en Chiapas en enero de 2015, y tuvo que suspenderse desde julio de 2016.

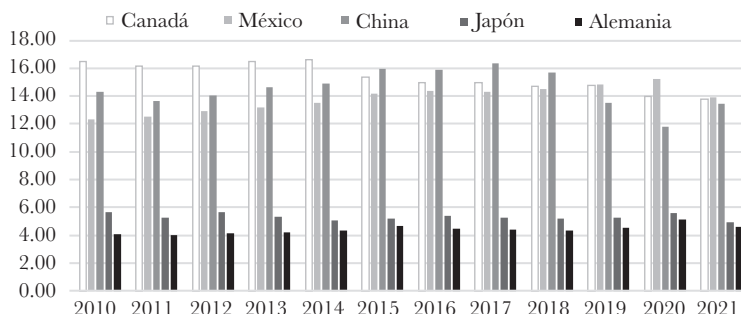
4. *México, primer socio comercial de Estados Unidos desde 2019, por encima de Canadá y China*

Por primera vez desde que Estados Unidos registra sus estadísticas comerciales en tiempos recientes, el comercio con Mé-

xico representó el 14.83% en 2019, y fue de 14.77% y 13.49% para Canadá y China, respectivamente. ¿Cuáles fueron las principales razones para este reacomodo del comercio estadounidense? En primer lugar, el comercio de Estados Unidos cayó en 2019 en -1.5% y resultado de la dinámica en sus exportaciones e importaciones de -1.2% y -1.7% , respectivamente. En segundo lugar, el comercio de Estados Unidos con México apenas aumentó un 0.5% en 2019 (resultado de un 3.5% de las importaciones estadounidenses de México y de un -3.4% de sus exportaciones a México), ¿a qué se debe entonces el primer lugar? Los efectos de la “guerra” comercial de la administración Trump con China han tenido impactos que por el momento no han sido analizados suficientemente: si en 2017 China alcanzó su máxima participación en el mercado estadounidense, con un 16.34% del total de Estados Unidos, cayó dramáticamente a un 13.49% en 2019, con una tasa de crecimiento de -15.3% para 2017-2019: las importaciones estadounidenses provenientes de China cayeron en un -16.2% , pero también sus exportaciones en un -11.3% . El comercio de Estados Unidos con Canadá fue incluso menos dinámico que el mexicano, y con eso le bastó para recuperar el segundo lugar. El impacto de las tendencias anteriores deberá ser analizado en el corto plazo para comprender sus implicaciones; el fortalecimiento de la región de América del Norte, y particularmente la integración comercial entre Estados Unidos y México, ¿están generando una región competitiva o se trata de actividades proteccionistas del “viejo rico” que todavía puede tomar medidas en contra de China y la Unión Europea? Las empresas exportadoras establecidas en México claramente se han beneficiado, más aún con el recientemente firmado TMEC. Existen al menos dos posturas extremas que buscarán examinar estas tendencias. Por un lado —y seguramente organismos empresariales y todo un grupo de funcionarios— que echarán las “campanas a volar”: gracias a los esfuerzos de políticas y de las empresas, México es un líder exportador. Por otro lado, la versión que señala que las exportaciones tienen un mínimo grado de integración nacional, con lo que el dinamismo exportador es

irrelevante para la economía mexicana: el PIB de México creció al -0.3% en 2019, y es, al mismo tiempo, el primer socio comercial de Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS: COMERCIO DE BIENES
 CON PAÍSES SELECCIONADOS (2010-2020/07)
 (PORCENTAJE SOBRE EL TOTAL)



FUENTE: Elaboración propia con base en el US Census (septiembre 2020).

5. Tensiones Estados Unidos-China y amenazas en el sector financiero

En los últimos días, sin embargo, estas tensiones han incluido un sector que hasta el momento había sido “prohibido”: el sector financiero, sabiendo que se trata de las dos principales economías globales, y de que hasta antes de 2019 eran sus respectivos principales socios comerciales. El contexto es relevante: la administración Trump busca desde mediados de 2020 cuestionar y prohibir —todavía no como ley— que fondos de inversión estadounidenses inviertan en activos de empresas chinas: el precedente legal es el caso del fondo de inversión pública (Federal Retirement Thrift Investment), que fue explícitamente increpado por la administración Trump en mayo de 2020. Como resultado, en mayo 20 de 2020 el Senado de Estados Unidos aprobó una Ley (Holding Foreign Companies Accountable Act), en la que se exige que todas

las empresas serían dadas de baja de las bolsas de valor de Estados Unidos —incluyendo de países que no permiten hacer pública la auditoría de empresas locales de países como Bélgica, China y Francia— si las empresas que realizan la auditoría no cumplen con las exigencias de contaduría estadounidenses durante al menos tres años. Esta Ley exige inspecciones estadounidenses por parte de la PCAOB (por sus siglas en inglés), sabiendo que la legislación china, desde marzo de 2020, sólo permite el acceso a esta información si así lo permite el Consejo de Estado de la República Popular China. Todo lo anterior pareciera ser un problema burocrático y secundario: alrededor de doscientas empresas chinas, lideradas por Alibaba, han logrado financiamiento por alrededor de 35,000 millones de dólares, y representan un mercado cercano a un billón de dólares. Existen especulaciones de que estas empresas chinas bien pudieran trasladar sus actividades en mercados de valores en Hong Kong, aunque con importantes costos. La administración Trump toca un sensible y nuevo sector en la relación Estados Unidos-China y a nivel global: el sector financiero. No sería espectacular esperar el siguiente escalamiento y respuesta por parte de China: la simple intención por parte de China de “indicar” comprar menos bonos del Tesoro de Estados Unidos —con importantes implicaciones por su devaluación ante los acreedores chinos—, y así llegar a una de las “desintegraciones” (*decoupling*) más significativas entre Estados Unidos y China. A marzo de 2020 China había comprado el 15% de los bonos del Tesoro y deuda de Estados Unidos, con importantes efectos en la tasa de interés en Estados Unidos y a nivel global.

IV. CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

El análisis propone comprender las crecientes tensiones entre Estados Unidos y China en el marco de diversos acontecimientos, al menos en la última década: la creciente presencia socioeconómica global de China, y particularmente en su proceso de escalamiento en cadenas globales de valor de alta tecnología y valor agregado,

su propuesta al menos desde 2013, de un “proceso de globalización con características chinas”, y la explícita respuesta estadounidense en términos del reconocimiento de una “competencia entre grandes potencias” y diversas estrategias y medidas hacia China y hacia terceros países, incluyendo ALC. El planteado concepto de “nuevas relaciones triangulares” pareciera ser funcional —particularmente para países en ALC y México, sin descartar a otros— ante los retos de corto, mediano y largo plazo de ALC y México.

El segundo apartado elabora sobre un grupo de acontecimientos recientes en las tensiones entre Estados Unidos y China y destaca el significativo escalamiento de su enfrentamiento, que bien pudiera llegar en breve a un punto de no retorno. Desde esta perspectiva, la creciente “desintegración” entre ambos países va mucho más allá de la “guerra comercial” —particularmente las medidas de “limitación” hacia estudiantes y académicos, así como medidas unilaterales en contra de empresas específicas (*entity list*), inversiones y en el ámbito financiero— y muy seguramente continuará profundizándose en el futuro, más allá del impacto de la pandemia global. En la mayoría de los casos China ha respondido.

Desde una perspectiva latinoamericana y de México, la creciente exigencia de una relación “exclusiva” —o con China o con Estados Unidos— es un sinsentido, considerando la importante presencia de ambos países en la región, y explícitamente en México; en la mayoría de los países de ALC, incluso, China y Estados Unidos son el primer y segundo socios comerciales, por ejemplo; en otros ámbitos, como la inversión, Estados Unidos sigue siendo la fuente preponderante. Los efectos de esta confrontación han sido considerables en la región, también creando inesperadas oportunidades, como lo pudieran ser los nuevos espacios comerciales generados ante el desplome comercial entre Estados Unidos y China, que hasta 2017 habían sido sus respectivos principales socios comerciales; el apartado analiza, por ejemplo, el reciente desempeño del comercio estadounidense y las razones por las cuales México se convirtió en el primer socio

comercial de Estados Unidos en 2019. El análisis también advierte otra perspectiva: considerando que en algunos casos de inversión o proyectos de infraestructura los respectivos países huéspedes han tenido malas experiencias, nuevos proyectos de infraestructura y hasta emblemáticos políticamente —como pudiera ser el caso del Tren Maya en México— se convierten en proyectos cuyo éxito —o fracaso— puede poner en cuestión la relación bilateral; la empresa CCCC, desde esta perspectiva, juega un papel crítico en México en la actualidad y en los siguientes años, hasta su culminación.

Existen cuantiosas propuestas de política en los respectivos ámbitos de la relación México-China elaborados por el Centro de Estudios China-México de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre otras instituciones; en el caso de Dussel Peters, Levy-Dabbah (2018), se señalan docenas de propuestas vinculadas al ámbito político (nacional y regional/latinoamericano), explícitamente incluyendo a Estados Unidos, así como propuestas para la cultura, el comercio, las inversiones y el turismo.

Más allá de estas iniciativas y aspectos puntuales, sin embargo, es esencial, por un lado, mejorar la cantidad y calidad de las instituciones públicas, privadas y académicas sobre China. Asombra el bajo nivel de infraestructura, conocimiento y capacidad de análisis sobre estas instituciones en México —así como en la mayoría de ALC— a inicios de la tercera década del siglo XXI, que además no han incrementado necesariamente su calidad ni su cantidad en la última década; en varios casos, incluso, han disminuido las instituciones empresariales y académicas en este reciente periodo. Sin estas instituciones —que además de formar a especialistas tanto para empresas como para la academia y el sector público, también permiten un constante diálogo sobre temas especializados y presionar al sector público, si fuera el caso— no es viable una mejoría cualitativa en la relación entre México y China en el futuro. Ante la debilidad de estas instituciones, por otro lado, es comprensible la falta de seguimiento a una agenda concreta y específica en las instituciones bilaterales existentes, específicamente la Comisión Binacional, el Grupo de Alto Nivel (GAN), el Grupo de Alto Nivel-

Economía (GANE) y el Grupo de Alto Nivel-Inversión (GANI). Si bien estas valiosas instituciones han continuado con su quehacer formal, en la realidad han estado muy lejanas de lograr su cometido para concretar una “asociación estratégica integral” definida entre ambas naciones y con la visita de Xi Jinping a México en 2013. Por el contrario, estas instituciones en la década anterior y bajo la administración actual se han concentrado en temas de forma y de menor sustancia y contenidos; temas de política bilateral, una visión estratégica en los importantes *ítems* del comercio, inversión, proyectos de infraestructura, turismo, y en el marco del nuevo TMEC, por ejemplo, no han sido siquiera planteados. No existen minutas públicas ni un seguimiento detallado a los compromisos y en coordinación entre el mismo Ejecutivo, mucho menos con otros sectores sociales y especializados. Crecientemente, incluso en el caso mexicano, al menos, es notable la falta de integración de estas instituciones con especialistas en las organizaciones empresariales y en la academia; se “cumple” con las formas, pero no se aborda una agenda urgente en el corto, mediano y largo plazos.

Al mismo tiempo, y en forma autocrítica, también es relevante reconocer la falta de interés y conciencia sobre la importancia de plantear y resolver una agenda estratégica *vis à vis* China; a diferencia de otros temas —como la agenda con Estados Unidos—, en el caso de China el asunto sigue siendo un tema aparentemente de/para “especialistas”. Como se argumenta en el documento, sin embargo, el entablar una agenda estratégica en el corto, mediano y largo plazo con la República Popular China no es una “opción”, sino una absoluta y urgente necesidad —incluso para los países de ALC sin relación diplomática con China—, considerando que se trata ya de la primera economía mundial, o muy cercana a serlo, como se examinó en el documento. Incluso se pudiera argumentar que el planteamiento de una agenda estratégica en el tiempo con China también pudiera esclarecer las opciones efectivas en la actual y futura “nueva relación triangular”, y, así, explícitamente, generar un espacio de independencia *vis à vis* las recientes posturas de la administración Trump.

V. BIBLIOGRAFÍA

- AmCham China White Paper. 2019, American Business in China*, Pekín, AmCham China.
- ANGUIANO ROCH, Eugenio (2017), “El 19 Congreso Nacional del Partido Comunista Chino”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex* 3.
- BM (BANCO MUNDIAL) (2020), *World Development Indicators*, Washington, D. C., BM.
- BM (BANCO MUNDIAL) y DRC (DEVELOPMENT RESEARCH CENTER OF THE STATE COUNCIL) (2012), *China 2030. Building a Modern, Harmonious, and Creative High-Income Society*, BM, Washington, D. C.
- BOWN, Chad P. (2020), *US-China phase one tracker: China's purchases of US goods*, Washington, D. C., PIIE.
- CDF (CHINA DEVELOPMENT FORUM) (2019), China Development Forum, CDF, disponible en: <http://cdf-en.cdrf.org.cn/>.
- DUSSEL PETERS, Enrique (2015), “The Omnipresent Role of China's Public Sector in its Relationship with Latin America and the Caribbean”, en DUSSEL PETERS, Enrique y ARIEL ARMONY (eds.), *Beyond Raw Materials. Who are the Actors in the Latin America and Caribbean-China Relationship?*, Buenos Aires, Red ALC-China, Friedrich Ebert Stiftung y University of Pittsburgh/CLAS.
- DUSSEL PETERS, Enrique (2018), “Una globalización con características chinas”, *Nueva Sociedad*, febrero.
- DUSSEL PETERS, Enrique (2019/a), “Latin America's Socioeconomic Relationship with China: Is Development Still Possible?”, en VANDEN, Harry E. y PREVOOST, Gary (eds.), *Oxford Research Encyclopedia of Politics*, Oxford, Oxford University Press.
- DUSSEL PETERS, Enrique (2019/b), *China's Recent Engagement in Latin America and the Caribbean: Current Conditions and Challenges*, Atlanta, The Carter Center.
- DUSSEL PETERS, Enrique (2020), “Las «nuevas relaciones triangulares» de América Latina y el Caribe: entre el «proceso de globalización con características chinas» y tensiones con Esta-

- dos Unidos”, en GRABENDORFF, Wolf y SERBIN, Andrés (eds.), *Los actores globales y el redescubrimiento de América Latina*, Quito, Friedrich Ebert Stiftung-Ecuador y CRIES, mimeo.
- DUSSEL PETERS, Enrique; HEARN, Adrian H. y SHAIKEN, Harley (eds.) (2013), *China and the New Triangular Relationships in the Americas. China and the Future of US-Mexico Relations*, University of Miami/CLAS, University of California/CLAS and UNAM/CECHIMEX, México.
- DUSSEL PETERS, Enrique y LEVY-DABBAH, Simon (2018), *Hacia una agenda estratégica entre México y China*, México, Agendasia, UNAM/CECHIMEX.
- FMI (FONDO MONETARIO INTERNACIONAL) (2020), *IMF Data-Mapper*, Washington, D. C., FMI.
- GRPC (GOBIERNO DE LA REPÚBLICA POPULAR CHINA) (2011), “La política de China hacia América Latina y el Caribe”, *Cuadernos de Trabajo del Cehimex*, México, núm. 3, UNAM-Cechimex.
- GRPC. (2017). “Documento sobre la política de China hacia América Latina y el Caribe”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex* 1.
- GOBIERNO DE LA REPÚBLICA POPULAR CHINA (GPRC) (2017), “Documento sobre la política de China hacia América Latina y el Caribe”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex*, núm. 1.
- HERNÁNDEZ CORDERO, Rubén (2016), “El Banco Popular de China y su política crediticia”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex* 39.
- LONG, Guoqiang (2015), “«One Belt, One Road»: A New Vision for Open, Inclusive Regional Cooperation”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex* 4.
- NAUGHTON, Barry (2017), “Is China Socialist?”, *Journal of Economic Perspectives*, 31(01).
- NSS (NATIONAL SECURITY STRATEGY) (2017), *National Security Strategy of the United States*, Washington, D. C., The President of the United States.
- PENCE, Michael (2018), *Remarks by Vice President Pence on the Administration's Policy Toward China*, Washington, D. C., The Hudson Institute.

- PIKETTY, Thomas, Li Yang y Gabriel ZUCMAN (2019), “Capital Accumulation, Private Property, and Rising Inequality in China, 1978-2015”, *American Economic Review* 109(7).
- QIAN, Yingji (2001), “Government Control in Corporate Governance as a Transitional Institution: Lessons from China”, en STIGLITZ, Joseph E. and YUSUF, Shahid (eds.), *Rethinking the East Asian Miracle*, Washington, D. C., World Bank.
- QIAN, Yingyi (2003), “How Reform Worked in China”, en RODRICK, Dani (ed.), *In Search of Prosperity. Analytic Narratives on Economic Growth*, Princeton, Princeton University Press.
- TEJEDA CANOBBIO, Enrique (2012), “Lecciones de política económica e industrial para México. La industria electrónica china y derechos de propiedad”, *Cuadernos de Trabajo del Cechimex*, 13.
- THE STATE COUNCIL INFORMATION OFFICE (2019/a), *China’s Position on the China-US Economic and Trade Consultations*, Beijing, The State Council Information Office of The People’s Republic of China.
- THE STATE COUNCIL INFORMATION OFFICE (2019/b), *China and the World in the New Era*, Beijing, The State Council Information Office of The People’s Republic of China.
- USITC (UNITED STATES INTERNATIONAL TRADE COMMISSION) (2007), *China: Description of Selected Government Practices and Policies Affecting Decision Making in the Economy*, Washington, D. C., USITC Publication 3978
- VOGEL, Ezra F. (2011), *Deng Xiaoping and the Transformation of China*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press.
- WENG, Charlie Xiao-Chuan (2014), *Chinese Property Law*, Shanghaiái, KoGuan Law School (Jiao Rong University).
- ZHANG, Mo (2008), “From Public to Private: The Newly Enacted Chinese Property Law and the Protection of Property Rights in China”, *Legal Studies Research Paper Series*, 2008-39.

EL CONFLICTO CHINA-ESTADOS UNIDOS, ¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

Arturo OROPEZA GARCÍA*

SUMARIO: I. *A manera de introducción.* II. *Una confrontación anunciada.* III. *Líneas generales de la relación. La visión norteamericana.* IV. *Líneas generales de la relación. La visión de China.* V. *El conflicto China-Estados Unidos. Los retos de su interpretación.* VI. *¿Hacia una Guerra Fría o choque de civilizaciones?* VII. *Bibliografía.*

I. A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Al inicio de la tercera década del siglo XXI circula una pregunta cada vez más acuciente sobre el ya evidente desencuentro entre China y Estados Unidos, por medio de la cual se cuestiona la naturaleza y la dimensión de este choque de hegemonías, al propio tiempo que sobre las consecuencias que esto implica para el orden global, la integración regional y los proyectos nacionales.

El tema no es nuevo, pues de un modo u otro ha sido una inquietud que ha estado presente a lo largo del siglo XX, de manera especial en su segunda parte, y ahora de forma preocupante a partir de las primeras décadas del presente siglo. No obstante, la complejidad de los elementos que lo comprenden y la dimensión de sus posibles repercusiones han estado operando como un obs-

* Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM; vicepresidente de Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico (IDIC).

táculo para que los actores internacionales o la propia academia se pronuncien con mayor claridad respecto a un fenómeno de dimensión histórica.

Es cierto que el tema no ha sido fácil. El mundo occidental que hoy se cuestiona por medio de su espejo asiático, en los últimos siglos ha demostrado una falta de acierto y sensibilidad para con la interpretación de un actor oriental confuso, que se escabulle a su propia definición en una era de múltiples cambios.

A lo anterior se agrega que Occidente tampoco pasa por su mejor momento, y lleno de reclamos sociales y económicos a veces parece deambular incierto hacia un futuro que ha dejado de serle claro, como sí lo fue en 1989 ante la caída del Muro de Berlín, o en 1991 ante la disolución de la Unión Soviética, cuando creyó que era el fin de una larga historia y el inicio de una supremacía occidental sin competencia.

El pasado inmediato tampoco ayuda. Entre el siglo XIX y el siglo XX, ante el cambio geopolítico y geoeconómico mundial, nunca estuvo presente el debate de las civilizaciones o las culturas. Inglaterra propugnaba que el siglo XX sería suyo como lo fue el XIX, pero su confrontación con Alemania, Francia, Estados Unidos y otros se fundaba en el predominio de la geopolítica entre un grupo de pares que rivalizaban por el poder económico y el liderazgo político del mundo, como sucedió en los siglos inmediatos anteriores. Incluso el debate con la Unión Soviética, que fue creciendo con los resultados de las guerras mundiales, tuvo el agregado ideológico de un pensamiento (el comunismo), que en origen era occidental, y de un país (Rusia), que a pesar de ubicar su territorio en una proporción del 70% en Asia, se ha asumido como europeo la mayor parte del tiempo.

Por ello, la confrontación entre China y Estados Unidos, evidenciada claramente en 2020, se presenta como una inquietud de la mayor importancia para la sociedad global, que llena de preguntas y falta de respuestas se cuestiona respecto a cuál es la dimensión del conflicto, la naturaleza de su disputa, los objetivos que se pretenden, el tamaño de los contrincantes y, de manera especial,

cuáles serán las consecuencias para una comunidad global golpeada por una pandemia sanitaria que ha puesto al descubierto sus atrasos y limitaciones, en un siglo que a tres décadas de llegar a su primera mitad se presenta con retos inéditos de no fácil solución.

El choque China-Estados Unidos, entonces, se muestra con un déficit en su interpretación, de fondo y de forma, que afecta en mayor medida a la nación norteamericana, y con ella a un orden occidental que no ha sabido traducir el papel de una cuna civilizatoria (Asia del Este), que desde el siglo XIX, en que se enfrentan por primera vez, siguen sin resolver un choque civilizatorio cuyo desenlace reclama el compromiso y la madurez de ambas partes.¹

II. UNA CONFRONTACIÓN ANUNCIADA

1. *El emplazamiento de Estados Unidos*

En la primavera de 1993 se publicó en el *Foreign Affairs* un artículo de Samuel Huntington que después se convertiría en libro, que desde su aparición fue expuesto a un sinnúmero de críticas de naturaleza política, sociológica, histórica, étnica, etcétera, tanto de forma como de fondo, aunque el mayor número de ellas se derivaron de su propio título, que llamado “El choque de civilizaciones” *escandalizó* por su análisis realista a una buena parte de la

¹ “Los Estados Unidos están solo al comienzo de su poder. El siglo XXI será un siglo americano”, declara George Friedman, a lo cual agrega Nye: “El ascenso global de China es un largo proceso que está muy lejos de significar el fin del siglo americano” (Nye, Joseph Jr., *Is the American Century Over?*, 2015, pp. 70-113). Mahbubani, por su lado, declara: “Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanudación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente” (Mahbubani, Kishore, *¿Pueden pensar los asiáticos?*, 2002, p. 18). A lo cual añade Martin: “Existe abundante evidencia de que la economía global americana se erosiona constantemente...”. “El mundo que construyó Estados Unidos desde 1945 está en declinación” (Jacques, Martin, *When China Rules the World*, 2012, p. 11).

intelectualidad y a la política de su tiempo. A casi tres décadas de su aparición, Merkel señala que “El choque de civilizaciones, la profecía más criticada se hizo realidad”.²

El pasado 23 de julio de 2020, el gobierno norteamericano, a través del secretario de Estado, Mike Pompeo, en la Biblioteca Richard Nixon de Yorba Linda, en los Ángeles, California, en un discurso que se calificó de histórico, declaró a China como un Estado marxista-comunista enemigo de la economía, de la libertad y del futuro de las democracias occidentales, formalizando con ello un litigio geopolítico al más alto nivel después de una larga trayectoria de encuentros y desencuentros.³ El evento, planteado como una respuesta política al debate sostenido de manera abierta por la administración del presidente Trump con la República Popular China, formó parte de una estrategia más amplia de posicionamiento, que se integró de un discurso sobre la *postura ideológica* a cargo del asesor de Seguridad Nacional, Robert O’Brien, respecto al tema del *espionaje*, de parte del director del Federal Bureau of Investigation (FBI), Christopher Wray, y del rubro de *economía*, por el procurador general, William Barr.

Tuvo que pasar más de un cuarto de siglo, de Huntington a Trump, para que Estados Unidos reaccionara sobre la advertencia del libro. Tuvo que pasar cerca de medio siglo (1972-2020) desde que Nixon inauguró respecto a China la estrategia política de *Contención sin aislamiento*, para que en el seno de la biblioteca nixoniana se reconociera virtualmente, primero, el fracaso del manejo de su política internacional con el país más poblado del mundo, y, segundo, para aceptar que la implementación de la estrategia referida a comercio, desarrollo económico y el tema geopolítico, habían sido

² Wolfgang, Merkel, *Choque de civilizaciones: la profecía más criticada se hizo realidad*, abril, 2015.

³ Desde luego, aparece un número muy amplio de antecedentes a este dife-
riendo; *v. gr.*: la guerra comercial de lavadoras, paneles solares, acero, etcétera, des-
de 2016; la declaración de “Competencia entre grandes poderes” en 2017, den-
tro de la estrategia de seguridad nacional; la declaración del vicepresidente
Mike Pence de 2018 sobre las implicaciones de China, etcétera.

insuficientes para administrar su relación con un país que se ha venido presentando desde siempre como la civilización más antigua del planeta.

De lo anterior surgen las primeras reacciones a partir de esta *agresiva* estrategia del presidente Trump, ¿estará Estados Unidos construyendo una respuesta adecuada a la realidad que plantea la China de hoy?, y si esto es así, ¿su reacción resulta todavía oportuna para conseguir los objetivos que se plantea de detener el avance geopolítico y económico de China, que amenazan su liderazgo global?, o ¿esta reacción se presenta como tardía ante una inercia ganadora que no acaba de entenderse?

2. *El emplazamiento de China*

La formalización de China respecto a sus pretensiones de liderazgo y reivindicación global frente a los Estados Unidos y Occidente inició con el presidente Xi Jinping poco después de la clausura del XVIII Congreso Nacional del Partido Comunista Chino (PCCh) en octubre de 2012, donde había sido elegido como nuevo secretario general de su Comité Central, cuando se dirigió al Museo Nacional a visitar la exposición *El Camino de la Revitalización*,⁴ y en el marco de dicho evento incorporó por primera vez en la dogmática política de China la idea de la construcción del *Sueño Chino*, que ratificó en su discurso de toma de posesión como presidente del país en marzo de 2013, al señalar la necesidad de buscar un sueño que conduzca a la revitalización de la nación china, “El sueño más grandioso abrigado por ésta desde el inicio de los tiempos modernos”.⁵

⁴ La narrativa de la *revitalización* es muy conocida, y tiene un significado poderoso en la historia de China. Evoca los recuerdos y la idea del Reino del Medio, del Estado tributario que dominaba a su mundo antiguo del cual era soberano entre bárbaros y súbditos (Economy, Elizabeth, *The Third Revolution*, 2018, p. 3).

⁵ Jinping, Xi, *El sueño chino de la gran revitalización de la nación china*, 2014, p. 35.

Xi le rinde pleitesía y reconoce al líder de la Primera Reforma y Apertura, Deng Xiaoping, pero a través de la propuesta política de la construcción de un sueño chino deja en el ánimo del PCCh, la Asamblea Popular Nacional (ANP), y de toda China, que la etapa de la primera apertura (1978-2012) estaba agotada y requería de una revitalización para el cumplimiento de sus metas.

El mundo está cambiando —reconocía Xi— y China también. De ahí que el desarrollo del socialismo con peculiaridades chinas deba avanzar siguiendo los cambios de la situación y de las condiciones. Sólo cuando China avance sin cesar con los tiempos estará llena de vigor. Estamos dispuestos a tomar como referencia todos los logros de la civilización humana —aunque aclaraba— pero no copiaremos la modalidad de desarrollo de ningún país —para sostener finalmente— La reforma de China supone el autoperfeccionamiento y el desarrollo del sistema del socialismo con particularidades chinas.⁶

Como parte de esta inquietud desde que llega al poder en 2012-2013, y dentro de la formulación de una nueva estrategia y visión del desarrollo chino (Segunda Reforma y Apertura), el 7 de septiembre de 2013 lanza en el centro de Asia la convocatoria para construir el nuevo esquema de Asociación OBOR/BRI o nueva ruta de la seda; propuesta que amplía en octubre de ese año en el Parlamento de Indonesia con la estrategia marítima del mismo proyecto. El 8 de mayo de 2015, al lanzamiento del Camino de la Seda le siguió el programa económico denominado “Made in China 2025”, anunciado por el Consejo de Estado como una herramienta para consolidar al país en el camino de la alta industrialización, y en octubre de 2017 y marzo de 2018 operan el PCCh y la APN, respectivamente, una profunda reforma de la organización del poder, a través de un cambio constitucional que consolida a Xi Jinping como un emperador en vida por tiempo indefinido y *sin limitación alguna*.

⁶ *Ibidem*, p. 36.

Desde su llegada al poder, Xi no deja lugar a dudas respecto al nuevo papel que China jugará en el siglo XXI, dejando claramente establecido su propósito de lograr que se convierta en el líder mundial en 2049, a cien años del triunfo de su revolución,

Ha llegado el momento de mostrar otra actitud —declara Xi— tomar la bandera del liderazgo del futuro y de manera intrépida y sin titubeos proponer al mundo la construcción del sueño chino, de una nueva era, a través de la fuerza de la gran civilización china. Para 2049 —sentencia—, China será una potencia mundial con liderazgo global para la construcción de una comunidad global de destino común.⁷

Dentro y fuera de China queda en el aire un debate sin resolver sobre si este emplazamiento fue acertado o prematuro, y si la reacción norteamericana todavía está a tiempo de detener lo que algunos autores definen como “la inevitabilidad asiática” (Sachs, Morris, Huntington, etcétera).

Por otro lado, quedan también atrás los lenguajes dobles y los análisis ambiguos de ambas partes. En un terreno de reconocimiento de pretensiones mutuas, la conciliación de las contradicciones pudiera tener una mayor oportunidad de concretarse.

III. LÍNEAS GENERALES DE LA RELACIÓN. LA VISIÓN NORTEAMERICANA

1. *Política norteamericana de 1784 a 1949*

Primera y segunda etapas

La mayor parte del tiempo China ha sido para Estados Unidos una preocupación no resuelta, un *Talón de Aquiles*, que según

⁷ Xi Jinping en el XIX Congreso Nacional del Partido Comunista Chino en 2017. Disponible en: http://spanish.xinhuanet.com/2017-11/03/c_136726335.ht.

Halberstam le cuesta trabajo entender y administrar en el marco de sus pretensiones. Salvo a finales del siglo XVIII, cuando inició su primera etapa y contactó con China a través de su puerto de Cantón (Guangzhou), que era la entrada *oficial* hacia el comercio internacional de la época; y, desde luego, el periodo de la segunda etapa, que va de 1839 a 1949, donde Estados Unidos tuvo la oportunidad de actuar como hegemonía dominante junto con un buen número de naciones europeas, la nación norteamericana no se ha sentido *cómoda* en su relación con el país asiático.

En la segunda etapa ya participa de manera tangencial con Inglaterra en la Primera Guerra del Opio (1839 a 1842), resultando beneficiada en 1844 con la firma del Tratado de Wangxia, que le brindó la mayoría de las prerrogativas que se generaron de esta guerra; por ejemplo, el libre mercado a sus bienes y productos, igualdad de condiciones a manera de nación más favorecida y la oficialización de una presencia diplomática en las zonas autorizadas dentro del territorio chino. Derivado de estos tratados, el país asiático perdió territorio (Hong Kong), soberanía, poder internacional y, desde luego, sufrió la humillación de su dignidad imperial. De 1856 a 1860 interviene de manera más comprometida en la Segunda Guerra del Opio, al igual que en 1899, forma parte de la expedición *punitiva* que ocho naciones occidentales (Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda, Alemania, Austria, Rusia, Hungría) y una asiática (Japón), implementan a fin de *castigar* la rebelión de los Boxers, auspiciada como una reivindicación indirecta por parte de un orden imperial que vivía las postrimerías de una larga trayectoria milenaria.

Estados Unidos forma parte activa en el siglo XIX de encuentros beligerantes contra China, en sociedad con las diversas potencias occidentales de la época, participación que *institucionaliza* a finales del siglo a través de una política que propone de *Puertas Abiertas*, diseñada por el entonces secretario de Estado, John Hay (1899), a través de la cual se establece en el marco de la decadencia del imperio y el asedio militar, una política de libre comercio

para todas las naciones occidentales en condiciones de *igualdad* sin limitación alguna; esta política prevaleció hasta 1949.⁸

De igual modo, en 1858 Estados Unidos firmó un segundo tratado con China (Tratado de Tianjin), que le siguió dando ventajas de comercio; de 1875 a fin de siglo administró a modo la migración asiática acorde a sus necesidades; en 1898 controla las Filipinas, que le daban una plataforma geoestratégica respecto a China, Japón y Corea, etcétera. Sin embargo, los sucesos que se desencadenaron a partir de la primera mitad del siglo XX, como la caída de la dinastía Qing en 1911, el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, la fiebre española en 1918, la Gran Depresión en 1929, la Segunda Guerra Mundial en 1939, trastocaron un tablero de control que se volvió anárquico y disruptivo.

En la parte política, y ante la agitación social que sufría China al final de su imperio, desde 1927 se inclinó por apoyar a las fuerzas nacionalistas encabezadas por Chiang Kai-shek. Respecto a esta decisión, comenta Fairbank: “La ignorancia y el sentimentalismo norteamericano llegaron a tal punto que el presi-

⁸ Con la llegada militar a China de parte de los ingleses en 1839 y de Estados Unidos a Japón en 1854, junto con las demás expresiones beligerantes con las que se controlaron de manera directa e indirecta a los tres países más importantes de la cuenca civilizatoria de Asia del Este: China, Japón y Corea, se consolida *el primer choque de civilizaciones*, que no encuentro, ante el predominio y ascenso de las potencias marítimas frente a la declinación de civilizaciones milenarias asiáticas que enfrentaban un periodo de franca decadencia.

Con el tiempo ha quedado evidenciado, sobre todo ante la realidad geopolítica y económica asiática que se presenta en esta primera mitad del siglo, pero también con el ascenso y confrontación de Japón en materia económica y militar en la primera parte del siglo XX, y económica en la década de los ochenta y noventa, que este encuentro Occidente-Oriente no fue sólo una confrontación militar de ganadores-perdedores. Que junto con ello perviven más allá de los resultados de coyuntura, raíces culturales muy poderosas, que se han querido negar en múltiples ocasiones o que se han pretendido minimizar hasta el día de hoy, pero que a causa de su propia fortaleza vuelven a surgir entre las nuevas condiciones geopolíticas, haciéndose presentes al día de hoy en la confrontación China-Estados Unidos como una segunda versión de un choque de civilizaciones no resuelto.

dente Roosevelt se imaginó al gobierno nacionalista llenando el vacío de poder que se crearía en Asia Oriental tras la caída de Japón”, y agrega que

El desastroso irrealismo de la política norteamericana quedó muy bien ilustrado por el emisario imperial del presidente Roosevelt, el General Patrick J. Hurley, de Oklahoma, un norteamericano extravagante y simplón que hace recordar a Ronald Regan. Sus torpes esfuerzos por evitar la guerra civil a través de una mediación dieron paso a la influencia que Chiang Kai-shek ejerció sobre él. El General Hurley se opuso a todo el personal de la Embajada al defender la ayuda norteamericana a Chiang contra viento y marea. Para cuando esta llegó, por su puesto, Hurley había desaparecido de esa escena, pero su política aún era seguida en Washington y provocó que los norteamericanos fueran con razón alejados de China.⁹

El despliegue de la política norteamericana en China durante el periodo que va de 1911 a 1949 lo hizo sobre una fuerza nacionalista a la cual le invirtió amplios recursos económicos, militares y políticos, entre los que sobresale el envío de equipo pesado (aviones, tanques, camiones, etcétera); apoyo económico (más de cien millones de dólares); el triunfo de Estados Unidos sobre la fuerza militar japonesa estacionada en China, que en ese momento controlaba al norte del país; la presencia de cerca de 53 mil marines en la parte norte de China; su triunfo indiscutible en la Segunda Guerra Mundial, etcétera.¹⁰ Nada de esto fue suficiente para lograr el resultado deseado en 1949, y menos aún para que un año después ese fracaso se convirtiera en el reto de una nueva guerra de alta intensidad, o incluso en la amenaza de una tercera guerra mundial.

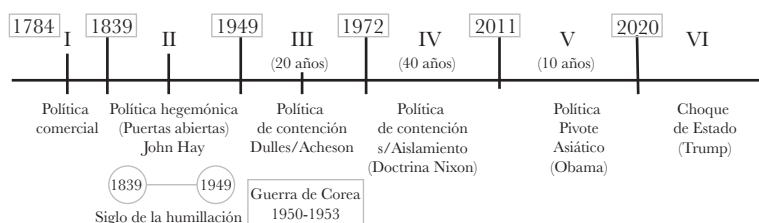
El final de esta segunda etapa de las relaciones sinoestadounidenses no tiene un sabor de triunfo a pesar de erigirse Estados Unidos como el país ganador indiscutible de la Segunda Guerra Mun-

⁹ Fairbank, John King, *China: una nueva historia*, 1996, pp. 394-397.

¹⁰ *Idem.*

dial en 1945. La derrota de Chiang Kai-Shek y el Kuomintang por parte del Ejército Rojo de Mao Zedong en 1949, a pesar del apoyo norteamericano, dejarían una sensación política de fracaso de la cual Estados Unidos no pudo recuperarse en mucho tiempo.

ETAPAS DE LA RELACIÓN DE ESTADOS UNIDOS CON CHINA



FUENTE: Elaboración propia.

2. La guerra olvidada (Guerra de Corea 1950-1953)

En la línea de no entendimiento de la idiosincrasia china, el secretario de Estado, Acheson, establece en 1950 el perímetro defensivo vital para la seguridad asiática de Estados Unidos omitiendo a Corea y a la entonces Formosa (Taiwán),¹¹ bajo la creencia de que China, un país sumido en la pobreza y recién recuperado de una revolución interna de casi cuatro décadas, en ningún momento representaba un peligro para la hegemonía norteamericana, y de ningún modo se sumaría a una contienda militar de alto riesgo en un territorio que no era el suyo.

La guerra de Corea estalla en junio de 1950, pero no es hasta octubre cuando el ejército chino lanza una ofensiva de más de trescientos mil soldados mientras el general MacArthur trataba de convencer al presidente Truman de que China no entraría al conflicto. En ese mismo año, ante la disciplina y la tenacidad del

¹¹ Morison et al., *Breve historia de los Estados Unidos*, 2017, pp. 753 y 754.

enemigo, el mismo general Mac Arthur declaró: “Nos enfrentamos a una guerra enteramente nueva”.¹²

Atrás quedaron las experiencias militares multinacionales sobre China desde la Primera Guerra del Opio hasta el conflicto de los Boxers. En un inusitado frente a frente, la administración norteamericana se ve impelida a replantearse ¿contra quién estaba peleando? ¿por qué China interviene en un conflicto externo en el que nunca se le previó? ¿de su audacia en el comparativo de sus escasos recursos económicos y militares? ¿de su disciplina y disposición al sacrificio de no detenerse frente a la primera potencia militar y nuclear del mundo?

El impacto de un enemigo de difícil interpretación ocasionó una división de opinión entre los múltiples actores políticos y militares del país. Por otro lado, las consecuencias de ese disenso derivaron en una especie de *choque*, que llevaron al poder político a no replantearse el tema por casi dos décadas, durante las cuales nadie quiso responsabilizarse de un empate con sabor a derrota frente a una China roja a la que desde entonces se le vio con distancia y recelo, hasta la vuelta al asunto de parte del presidente Nixon.

Para muchos estadounidenses —comenta Halberstam— excepto quizá para buena parte de los que habían combatido allí, Corea se convirtió en algo así como un agujero negro en términos históricos. Durante el año que siguió al alto al fuego no quisieron saber nada de la guerra, mientras que en China sucedió lo contrario... Para los chinos la guerra de Corea era un éxito motivo de orgullo, una parte estimable de la nueva historia de un viejo país. Para ellos representaba no solo una victoria, sino algo más importante, una especie de emancipación de la nueva China con respecto a la antigua, que se había visto durante tanto tiempo subyugada por las potencias occidentales... así, el resto del mundo se había visto obligado a tratarla como una potencia mundial en ascenso.¹³

¹² Oropeza, Arturo, *El Acuerdo de Asociación Transpacífico ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?*, México, 2014, p. 204.

¹³ Halberstam, David, *La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*, 2009, p. 839.

La guerra de Corea, la guerra olvidada, fue en muchos sentidos un combate frontal entre China y Estados Unidos, donde a pesar de que por el lado asiático se sumaba la fuerza militar de Corea del Norte, que fue la que dio inicio al ataque en contra de Corea del Sur, en los hechos, desde sus inicios se convirtió en una guerra militar y geopolítica entre más de un millón de soldados voluntarios chinos, en contra de más de trescientos mil soldados estadounidenses.¹⁴

Desde luego, en el tablero de la guerra aparece desde el inicio la intromisión política de la entonces Unión Soviética; de igual modo que en la defensa, se organiza un grupo de quince países, que bajo el sello de las Naciones Unidas se solidarizan con Corea del Sur y con Estados Unidos, aunque este último quintuplicaba los recursos militares del conjunto de estas naciones;¹⁵ pero la tensión, la apuesta y el resultado de la misma fue un *tour de force* entre una nación asiática pauperada como lo era China, en contra del poder económico, militar y geopolítico del momento que representaba Estados Unidos.

A mediados del siglo XX, después de cien años de dominio occidental, la relación bilateral da inicio a una nueva etapa, significada, entre otros, por dos hechos sobresalientes: el primero, por el triunfo del movimiento comunista de Mao Zedong al final

¹⁴ Los números varían según la fuente consultada: China: 1.450,000 soldados (Xiaobing, Li, *A History of the Modern Chinese*, 2009, p. 105); Estados Unidos: 326,863 soldados (Tommy R. Mize, *U. S. Troops Stationed in South Korea, Anachronistic*, 2012); Corea del Sur: 602,902 soldados (Millett, Allan Reed [ed.], *The Korean War, Volume 3*, 2001, p. 692); Corea del Norte: 266,600 soldados (Shrader, Charles, *Communist Logistics in the Korean War*, 1995, p. 90) Aunque nadie sabe con seguridad cuántas personas murieron en esta guerra, se estima que le costó al ejército de Naciones Unidas 94,000 muertos, de los que casi 34,000 fueron norteamericanos (más 105,000 heridos), además de 257,000 soldados de Corea del Sur y cerca de 244,000 civiles. Por el otro bando, se estima que Corea del Norte tuvo 520,000 muertes, mientras que China, 900,000 (Fernández, Carlos y Borque, Emilio, *El conflicto de Corea*, 2013, p. 62).

¹⁵ Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda, Francia, Canadá, Sudáfrica, Turquía, Tailandia, Grecia, Países Bajos, Colombia, Etiopía, Filipinas, Bélgica y Luxemburgo (Fernández, Carlos y Borque, Emilio, *op. cit.*, p. 38).

de la Revolución de 1949, seguido de la derrota del Kuomintang, y segundo, por el empate con visos de fracaso para Estados Unidos derivado de su participación en la Guerra de Corea.

La experiencia asiática de Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX sigue siendo parte de un debate no resuelto entre la postura de MacArthur de haber lanzado una guerra total contra China y no contemporizar con ella, “ya que la contemporización solo da lugar a nuevas guerras aún más sangrientas”,¹⁶ y la del general Bradley, quien señaló que seguir el consejo de MacArthur “Nos habría hecho participar en una guerra errónea, en el mal lugar, en el mal momento y con el mal enemigo”.¹⁷

3. *Política norteamericana de 1953 a 2020*

En estos casi setenta años de relaciones bilaterales podríamos distinguir cuatro etapas más del acercamiento de Estados Unidos con China. La tercera, referida al despliegue de una política de contención sin apertura implementada de 1953 a 1972, producto de los resultados negativos de la Guerra de Corea y los inicios de la Guerra Fría. La cuarta, liderada por Nixon, en la que permanece la contención, pero se abre una puerta para su participación e integración mundial (contención sin aislamiento, 1972-2011). Una quinta, que se dibuja tenuemente por su inacabada construcción por parte de un Obama ya preocupado por los éxitos del milagro chino (Pivote Asiático 2011-2020), y la última, que bien puede definirse como un choque de Estado, encabezada por Trump y definida oficialmente en el discurso de Pompeo del 23 de julio de 2020.

La tercera etapa es seca, tirante; la medición de dos enemigos que se observan a la distancia, a la cual se suma una lucha política interna entre demócratas y republicanos, en la que la derrota con China se utiliza para desplazar a los gobiernos de-

¹⁶ Halberstam, David, *op. cit.*, p. 809.

¹⁷ Morison *et al.*, *op. cit.*, p. 756.

mócratas que se habían mantenido en el poder cerca de veinte años. Cuando regresan los demócratas al gobierno en 1961 con el presidente Kennedy, el tema seguía siendo un pendiente incómodo que el presidente Eisenhower no intentó resolver, y al que el presidente Kennedy prefirió postergar ante el temor de las reacciones políticas internas. Cuando las presiones aumentaban de parte de su embajador en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), le llegó a decir:

Tienes ante ti una tarea nada fácil, y lo sabemos. En realidad no tiene ningún sentido la idea de que Taiwán representa a toda China; pero si perdemos ese combate, si la China roja llega a la ONU en nuestro primer año de mandato, el tuyo y el mío, esa derrota nos llevará por delante a los dos. Tenemos que aguantar un año. El año que viene ya veremos.¹⁸

Como sabemos, ya no hubo un segundo mandato; pero además de continuar con una política de no tocar el tema de China, de seguir con una estrategia que consistía esencialmente en el silencio o la cautela, sin aprender la lección, en el mismo año decidió aumentar la apuesta al conflicto armado en Vietnam autorizando el envío de diecisiete mil soldados adicionales.¹⁹

¹⁸ Halberstam, David, *op. cit.*, p. 862.

¹⁹ A los trabajos fallidos en Asia del Este por parte de Estados Unidos en el siglo pasado debe agregarse de manera relevante su desastrosa guerra con Vietnam, sobre la cual también puede decirse que giró alrededor de su incompreensión de la zona y del tema chino. Partiendo de una “herencia” francesa (1954), o de una equivocación de apoyar a Francia con las guerrillas comunistas de la zona de Indochina, Estados Unidos se quedó como el principal responsable de “detener” el avance comunista en la región, dentro de una conflagración que todavía no deja en claro los beneficios que se pretendían, pero que a todos los actores, directos e indirectos de la zona, les heredó una profunda huella sobre la peor cara del imperio norteamericano. La guerra de supuesta baja intensidad se incrementó y se alargó dolorosamente en el tiempo, donde, como dice Howard Zinn, “de 1964 a 1972, la nación más poderosa en la historia del mundo realizó a su máximo esfuerzo militar, incluyendo todo tipo de armas, con excepción de bombas atómicas para derrotar al movimiento nacionalista revolucionario de un

El cambio del presidente Johnson a la muerte de Kennedy no mejoró la estrategia. En 1965, su asesor en seguridad, M. Bundy, deja clara la percepción que se tiene de China en esa época, al declarar que la China comunista era un problema distinto al de la Unión Soviética, y que tanto su explosión nuclear (en referencia a su prueba en 1964) como su actitud agresiva (“cañones verbales”, les llamaba Mao), la convertían en un problema grave para todos los pueblos pacíficos. Bajo esta idea, Johnson justificaba la intervención norteamericana en Vietnam diciendo que “Sobre esta guerra —y sobre todo el continente asiático— se cierne otra realidad: la prolongada sombra de la China comunista. Pekín espolea a los mandatarios de Hanoi [...] La contienda de Vietnam forma parte de unas pautas más amplias con objetivos de agresión”.²⁰

Además de la falta de un mejor entendimiento respecto a China, Johnson se encarga de hacer patente otro elemento que pesaba sobre la relación bilateral, que era el del racismo. Sobre este tema, Halberstam comenta que a Johnson le gustaba ser apreciado como un “Tejano alto y fuerte en silla de montar”, en el marco de un racismo innato y casi inconsciente de la población estadounidense, que ya había llevado a tantos oficiales y jefes militares a creer, al principio de la guerra de Corea, que como los asiáticos eran más bajitos y sus países menos importantes y con menos logros industriales y tecnológicos, también eran *militarmente inferiores*, y no podrían hacer frente a la tecnología y a las tropas estadounidenses. Sobre esto, agrega Halberstam que errores de cálculo de este tipo habrían tenido consecuencias trágicas en Corea al principio de la guerra, cuando los mandos estadounidenses habían subestimado la capacidad de combate del ejército norcoreano, e incluso más tarde, cuando MacArthur se equivocó de medio a medio con respecto a las intenciones de los gobernantes chinos y la combatividad de su ejército. Como otro ejemplo

diminuto país de campesinos, y fracaso” (Oropeza, Arturo, *op. cit.*, 2014, pp. 204 y 205).

²⁰ Kissinger, Henry, *China*, 2012, p. 222.

de esta visión, apunta que cuando Johnson mencionaba a Vietnam en las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, lo refería como “Un pequeño y andrajoso país de tercera categoría”.²¹

Mahbubani agrega sobre este punto que “Cuando los políticos norteamericanos toman decisiones sobre China, ellos pueden asegurar que las toman de manera racional, no emocional. Pero para un observador externo es claro que las reacciones americanas sobre China tienen un profundo contenido emocional”, y afirma: “Es un hecho que *el peligro amarillo* ha estado presente en la civilización occidental por siglos”.²²

4. *Política de contención sin aislamiento (1972-2011)*

La cuarta etapa a partir de Nixon representa uno de los esfuerzos más importantes de ambos países por lograr un acercamiento positivo en el marco de sus mutuas diferencias. La presencia de Mao Zedong, Zhou Enlai, Richard Nixon y Henry Kissinger, cuatro hombres de Estado de gran sensibilidad, inauguraron una etapa de contención sin aislamiento a través de la cual China dio inicio a su integración al orden internacional de posguerra con su aceptación a la Organización de las Naciones Unidas en 1971, y de manera progresiva en los demás organismos brettonianos, dando paso a una nueva era global, cuyos resultados pueden verse claramente en este inicio de la tercera década del siglo XXI.

Nixon, político de amplia experiencia, por ocho años fue uno de los vicepresidentes más jóvenes del país durante el mandato de Eisenhower (1953-1961), tocándole ser testigo de dos de las guerras que libró Estados Unidos en Asia: Japón en 1941 y Corea en 1950; de igual modo, fue actor principal durante el desarrollo y fin de la Guerra de Vietnam. Personaje polémico de amplia sen-

²¹ Halberstam, David, *op. cit.*, pp. 866 y 867.

²² Mahbubani, Kishore, *Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy*, 2020, p. 259.

sibilidad internacional, desde octubre de 1967 escribe un ensayo titulado “Asia después de Vietnam”, que se convirtió en un documento de consulta obligada sobre el Este asiático en general y de China en particular para la política y la academia norteamericanas durante mucho tiempo. Con este estudio, escrito ocho años antes del fin de la Guerra de Vietnam, Nixon rompe el silencio que prevalecería por dos décadas en el gobierno norteamericano sobre el tema de China, en el marco de una guerra fría en la que en 1969, por ejemplo, Rusia invadía a la entonces Checoslovaquia y se sucedían choques militares entre Rusia y China en los ríos Ussuri y Xinjiang, con la presencia militar de un millón de soldados en las fronteras de cada bando.

El documento genera un parteaguas de la visión asiática, no sólo por el momento en que se produce, sino también porque reconoce que Vietnam estaba distorsionando la visión de Estados Unidos sobre una región que no estaba condenada al comunismo y era mucho más que Vietnam y la misma China. De manera importante defiende la influencia de la visión atlántica, pero acepta, junto con Kipling, que el asiático era *muy diferente*, y que la democracia no necesariamente era una opción para ellos.²³

En cuanto al asilamiento de China, apuntaba que dada su dimensión, simplemente no podía dejársele fuera de la familia de las naciones; no puede dejarse por siempre, subrayaba, en este pequeño planeta, a mil millones de personas enojadas en aislamiento. Cuando comentaba el tema con Kissinger, agregaba:

Pues parémonos a pensar qué podría suceder si cualquier país con un sistema de gobierno decente tomara el control de este territorio continental. ¡Dios mío! [...] No existiría potencia en el mundo capaz... Me refiero a que poner a 800 millones de chinos a trabajar en un sistema decente [...] y se convierten en la primera potencia del mundo.²⁴

²³ Nixon, Richard, “Asia after Vietnam”, *Foreign Affairs*, vol. 46, núm. 1, pp. 112 y 117.

²⁴ Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 280.

En su visión de 1967, Nixon propone a dos años de ser presidente, la política que prevalecería sobre China por casi medio siglo, de una *contención sin aislamiento*, respecto a la cual sugirió en su momento que no se concediera sin condiciones, sino a través de una política y objetivos de corto y largo plazo. “Cometeremos un gran error, advertía, si en las medidas de largo plazo fallamos en las de corto al no leer las lecciones de la historia”. Desde entonces también opinaba que la política del *detente* con integración sólo era la mitad de la solución del problema. Junto con ella debería buscarse el respeto a la ley, el diálogo, la persuasión, la presión, etcétera, dentro de una estrategia que llevara a la descontaminación del pensamiento *envenenado* de Mao.²⁵

Cuando Nixon llega a la presidencia en 1969, convierte al tema de China en un punto estratégico de su agenda, que impulsa en sociedad con Kissinger hasta abrir a China la puerta de la ONU, reunirse con Mao en una cita histórica el 21 de febrero de 1972 y dejar arreglado el camino para la formalización de sus relaciones en 1979. Nixon sale abruptamente del poder dos años después de su encuentro con Mao. Los ocho presidentes que le siguieron, cada uno a su manera, han tratado de contener a China, al mismo tiempo que integrarla al orden occidental sin perder la hegemonía. A la luz de lo que sucede en esta tercera mitad del siglo, parecería que en el camino se olvidó la otra mitad de las medidas que sugería Nixon respecto a China.

5. 2011-2020

La quinta etapa política entre China y Estados Unidos (2011-2020), el cambio de *Pivote Asiático*, es la aceptación de la administración del presidente Obama de que algo seguía pasando en China y en Asia del Este, y que no lo estaban controlando, y que el Pivote colocado en Asia Menor, donde habían puesto el mayor número de sus recursos, estaba fracasando.

²⁵ Nixon, Richard, *op. cit.*, p. 121.

El modelo de Política Exterior de la Administración Obama —comenta García— mantiene un gran parecido con el diseño que establecieron el presidente Richard Nixon y Henry Kissinger a partir de 1969, enfrentándose también al gran problema de tener una gran división social producida por un conflicto largo como Irak y como fue Vietnam.²⁶

Bajo esta primera influencia, y con apoyo del informe Armitage-Nye II, de febrero de 2007, titulado “The U.S.-Japan Alliance: Getting Asia Right through 2020”, la administración Obama acelera la terminación de la guerra con Irak, al propio tiempo que busca un acercamiento de contrapeso con Rusia e incrementa las medidas de contención respecto a China. El lanzamiento de esta política la realiza el 16 y 17 de noviembre de 2011 en una larga visita por Asia, donde manda un mensaje a través del cual ratifica a Japón como el *administrador* de la hegemonía norteamericana en la región, al igual que habla de una profundización en su alianza estratégica con Australia y demás países asiáticos del Pacífico, dejando en claro el mensaje de la ampliación de sus recursos militares en la zona.²⁷ Por su parte, su secretaria de Estado, Hillary Clinton, a través de su artículo “America’s Pacific Century”, ratificaba que el futuro de las políticas sería decidido en Asia del Este, no en Afganistán o Irak, y que los Estados Unidos estarían en el centro de la acción.²⁸

Sobre el papel de Obama frente a China, apunta Napolioni:

A fines de 2009, Barack Obama visitó China, el encuentro de los dos presidentes estuvo lleno de ambigüedades, la discusión de los principales temas de la relación fueron los mismos que han prevalecido entre Washington D. C. y Beijing... Uno tuvo la impresión a lo lar-

²⁶ García, David, *La política exterior de Estados Unidos hacia China y la dinámica de seguridad en Asia: impacto regional y global*, 2015, pp. 262 y 263.

²⁷ La administración Bush estableció el noreste de Asia como el centro de la política de seguridad nacional, pero no se dio un proyecto acabado.

²⁸ Foreign Policy, *America’s Pacific Century*, 11 de octubre, 2011.

go de la breve visita que Obama estaba negociando sobre *cáscaras de huevo*. El midió sus palabras, y aunque se armaba del su clásica jovialidad, siempre mantuvo una distancia con su interlocutor Hu Jintao.²⁹

Mientras se *montaba* la estrategia del cambio del pivote asiático de Obama, China siguió creciendo a un ritmo anual promedio de 8.3%, mientras que Estados Unidos lo hizo a una tasa del 1.5%. Las exportaciones chinas globales pasaron de 1.2 billones de dólares a 2.1 billones de dólares, y el déficit comercial de Estados Unidos frente a China se elevó de 143 billones de dólares a 251 billones de dólares.³⁰

Comentarios generales a la política de contención sin aislamiento

La política del *detente*, y al mismo tiempo la asimilación de China al orden occidental, fue intentada por Estados Unidos de múltiples maneras. Por ejemplo, de 1945 a 1991, durante la Guerra Fría, en un esfuerzo por contener tanto a la URSS como a la República Popular China, como ya se indicó, en 1971 se dan las condiciones para que se incorpore China a la ONU; en 1980 al Banco Mundial (BM) y al Fondo Monetario Internacional (FMI), y en 2001, a la Organización Mundial del Comercio (OMC), como un proceso de integración a las principales instituciones globales bajo la idea de que la asimilación de China sería parecida a la firma de un contrato de adhesión económico, político y jurídico hacia el *Western Model*.

Junto con ello, dentro de una línea de contención regional, en 1966 se promueve, junto con Japón, la creación del Banco Asiático de Desarrollo (ADB), para promover el crecimiento económico de Asia-Pacífico y Asia del Este, en una reafirmación del liderazgo geopolítico norteamericano y de Japón como su *administrador*

²⁹ Napoleoni, Loretta, *Maonomics*, 2011, p. 179.

³⁰ Datos del Banco Mundial y Comtrade.

asiático.³¹ Un año después, se apoya la creación de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), a fin de agrupar la geopolítica de las hoy diez naciones de Asia-Pacífico. En 1989, diez años después de la reforma y apertura de Deng Xiaoping, se apoya la iniciativa australiana sobre el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), que iniciado con doce países, hoy se integra por un número de veintiún naciones con el reto de consolidar el crecimiento y la prosperidad de los países de la región. En 2009, dos años antes del lanzamiento de la estrategia de Obama del cambio del Pivote Asiático, promueve el avance del Grupo Pacific Four (Brunei, Chile, Nueva Zelanda y Singapur), con el objetivo de lanzar el proyecto de Asociación Transpacífico, para unir siete naciones asiáticas con cinco países americanos en torno a un Tratado de Libre Comercio entre ambos lados del Pacífico.

Los esfuerzos geopolíticos anteriores son parte de una política de contención que Estados Unidos construyó para administrar los esfuerzos de China por recuperar su protagonismo asiático. Sin embargo, esta estructura poco a poco está siendo acotada por una nueva ingeniería impulsada por China, donde, por ejemplo, la presencia del ADB está siendo debilitada por una oferta financiera asiática encabezada por el nuevo Banco Asiático de Inversión e Infraestructura (AIIB), al cual le acompaña el Fondo de la Ruta de la Seda y la poderosa Banca China de Desarrollo. Respecto a ASEAN, en 2010 China firmó un Trata-

³¹ Estados Unidos ha mantenido la seguridad y la estabilidad de Asia-Pacífico a través de un entramado de alianzas, tratados y acuerdos comerciales y económicos cuya piedra angular ha sido el Tratado de Defensa Mutua con Japón, firmado en 1960. Además, han existido un buen número de tratados bilaterales con Filipinas (1952), con Corea del Sur (1954), y un compromiso defensivo con Taiwán a través de la Taiwan Relations Act of 1979, que sustituía al tratado defensivo de 1954. A ello se unieron dos acuerdos multilaterales, con la SEATO (Southeast Asia Collective Defense Treaty, que incluía a Francia, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia y Filipinas) entre 1953 y 1977 (la alianza con Filipinas y Tailandia se mantendría gracias al llamado Pacto de Manila) y el ANZUS (1952) con Australia y Nueva Zelanda (citado de García, David, *op. cit.*, 2015, p. 281).

do de Libre Comercio (ASEAN +1), que lo integra de manera directa al comercio y a la economía de la zona; de igual modo, en noviembre de 2019, junto con Corea del Sur, Japón, Australia y Nueva Zelanda, con la misma ASEAN acuerdan la mayor zona de libre comercio del mundo bajo el esquema de integración llamada Asociación Económica Integral Regional (RCEP por sus siglas en inglés), o ASEAN +5. En cuanto a la APEC, compuesta por dieciséis naciones asiáticas y cinco americanas, a sus más de tres décadas de existencia sus logros siguen siendo más simbólicos que estructurales, y su desarrollo a últimas fechas ha estado siendo determinado por la política económica de China y la poca eficacia de Estados Unidos. En cuanto al TPP, ahora llamado Tratado Integral y Progresista de Asociación Transpacífico (CPTPP), como se sabe, la participación de Estados Unidos fue cancelada los primeros días de la llegada de Trump al poder.

El escenario anterior se confronta obligadamente con los avances de integración alcanzados por China en la región asiática; por ejemplo, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), que desde 2001 agrupa a ocho países de Asia, y de manera central a China y Rusia; la Organización de Cooperación de China y los países de Europa del este (16+1), que como lo dice su acrónimo, involucra a China con dieciséis naciones del este europeo; los BRICS, que la entrelazan con Rusia, India, Brasil y Sudáfrica. De manera central aparece en esta nueva zona de la integración asiática la propuesta china lanzada en 2013 llamada el Nuevo Camino de la Seda o Belt and Road Initiative (BRI), a través de la cual, rompiendo todo paradigma de integración, China oferta una asociación estratégica de amplio espectro (comercio, infraestructura, tecnología, ecología, educación, inversión, etcétera) a más de setenta países de Asia, de Europa del Este y del norte de África, que representan aproximadamente el 70% de la población mundial, 55 del PIB global y 75 % del gas y petróleo del mundo, para edificar de manera conjunta una nueva era de destino común.

Lo que hizo u omitió hacer cada país en la esfera de su competencia a partir de la apertura de la Doctrina Nixon todavía es materia de debate y sigue a la espera de un mayor número de

análisis que expliquen de mejor manera los elementos del milagro chino, así como los yerros del declinamiento norteamericano. La mayoría de las investigaciones sobre el tema siguen siendo verdades parciales de un fenómeno más amplio y complejo. No obstante, las cifras indican que de 1978 a 2018 el PIB chino en dólares a precios actuales aumentó 95 veces, y el estadounidense, ocho veces. Que China pasó de 1.7 a 16.3 por ciento del PIB mundial, y que Estados Unidos decreció de 27.4 a 24.4 por ciento,³² sin contar el reto tecnológico que hoy es la amenaza que más preocupa a la clase política de Estados Unidos.³³

En algunas de las argumentaciones que se formulan sobre este hecho (Fairbank, Mahbubani, Johnson, Huntington, Mishra, etcétera) aparece una estrategia norteamericana, que a lo largo del siglo XX se caracterizó por una falta de conocimiento de la entidad china; por no reconocer su historia, su etnicidad, su naturaleza política y su potencial económico. Algunas otras (Martin, Schumann, Mandelbaum, Haber, etcétera) aducen que en una idea equivocada de *venta de saldos*, Estados Unidos se dedicó a partir de 1978 a relocalizar su industria, su inversión y su tecnología hacia China, en una clara idea de bajar sus costos a cambio de precarizar la mano de obra asiática, bajo la idea de que la apertura china tan sólo era la oferta laboral de un país con el 70% de pobreza extrema que no representaba en el tiempo una amenaza a la estabilidad y al liderazgo norteamericano.³⁴

³² Anguiano, *Guía para conversar sobre el tema China-Estados Unidos ¿la guerra sigilosa?*, 2020.

³³ Respecto a la tecnología 5G, declara Trump: “No podemos permitir que ningún otro país supere a Estados Unidos en esta poderosa industria del futuro. Estamos liderando en muchas industrias de ese tipo, y simplemente no podemos permitir que eso suceda. La carrera hacia 5G es una carrera que Estados Unidos debe ganar y, francamente, es una carrera en la que ahora están involucradas nuestras grandes empresas. Les hemos dado el incentivo que necesitan. Ganaremos la carrera” (Gingrich, Newt, *Trump vs. China*, 2019).

³⁴ Ya en 1998 Martín y Schumann adelantaban respecto a la sustitución industrial que sucedía en Occidente con su traslado hacia China “Sólo ingenuos teóricos o políticos cortos de vista creerán que se puede, como está ocurriendo actualmente en Europa, privar año tras año a millones de personas de trabajo

Todo el cierre de puertas y ventanas de Trump de hoy contrasta con la *feria* de inversiones, relocalizaciones, permisividad tecnológica, laxitud en el cumplimiento de la normativa comercial internacional, etcétera, que permitió el gobierno norteamericano y sus grandes corporaciones a nombre de una supuesta globalización con la cual disfrazaron sus afanes de lucro.

Mientras china utilizó la política de Contención sin Aislamiento para reconstruir un proyecto de Estado confuciano, Estados Unidos y Occidente vivieron a plenitud una era de precarización asiática, que al mismo tiempo que concentró la riqueza de sus empresas transnacionales quebró por otro lado sus modelos industriales de manufactura y resquebrajó el orden global brettoniano. Una mezcla de supremacía mal entendida, desprecio, debilidad e ignorancia respecto a la entidad de China, es la suma de una estrategia geopolítica que hoy le presenta a Estados Unidos la factura de sus fallos.

IV. LÍNEAS GENERALES DE LA RELACIÓN. LA VISIÓN DE CHINA

Comenta Octavio Paz que los Estados Unidos fueron fundados a la inversa del resto de las naciones, no en respuesta a un pasado común, una tradición, sino por una visión del futuro. Agrega que fueron fundados por un mesianismo singular: en contra de la historia, y por esto es tan difícil hablar con un país que espontáneamente mira todo lo que es extraño como algo condenado por la historia. El pasado —agrega Paz— para ellos es el otro nombre del pecado original, y esta es la gran falla de los Estados Unidos.³⁵

Por el contrario, para los chinos el pasado es pertenencia, es seguridad, es a lo que hay que volver de manera reiterada en

y seguridad social sin pagar en algún momento el precio político por ello”, y concluían con una opinión premonitoria en su tiempo: “La sociedad occidental de la exigencia colisiona con las ambiciosas sociedades asiáticas de la renuncia”. Martin, Hans *et al.*, *La trampa de la globalización*, 1998, pp. 12 y 17).

³⁵ Paz, Octavio, *Itinerario*, 1998, p. 192.

busca de futuro. Descubrir y no obrar (uno mismo), ser más fiel y amar a la antigüedad; convoca Confucio al pueblo chino desde hace dos milenios y medio; agregan que su pensamiento no ha nacido sabio, sino que se limita a amar la antigüedad y a esforzarse seriamente por emularla.³⁶

Dos líneas de explicación que recurren a conjugaciones diferentes en el tiempo. Dos historias que los explican a través de visiones distintas, que mucho han dificultado su mutua comprensión.

Para situar la burocracia china en una perspectiva occidental —apunta Fairbank— recordemos primero que en 1800 la gran cuenca de río Ohio-Mississippi-Missouri del medio Oeste norteamericano estaba deshabitada en su mayor parte, a excepción de unos pocos millones de nativos, mientras que del sistema del río Yangtsé dependía la subsistencia de por lo menos doscientos millones de personas. China había inventado la burocracia hacía dos mil años, mientras que la legislación de la administración pública norteamericana comenzó a grandes rasgos en la década de 1880, a continuación de la Administración Grant y solo cien años antes de la de Ronald Reagan. Nuestro breve siglo de experiencia —resalta Fairbank— apenas ha comenzado a develarnos las dificultades institucionales que en China constituyen una historia antigua.³⁷

1. *Primera etapa, 1784-1839*

Las relatorías sinoestadounidenses han emergido en momentos diferentes como resultado de la era axial jasperiana,³⁸ que los

³⁶ Bauer, Wolfgang, *Historia de la filosofía china*, 2009, p. 60.

³⁷ Fairbank, John King, *op. cit.*, p. 223.

³⁸ Más allá de esta confrontación, que nace con los propios tiempos, dada la trascendencia de estas dos cosmovisiones, lo cierto es que el mismo Jaspers, junto con Lasaulx y Viktor von Strauss, generan la teoría de la era axial, que de manera objetiva explica Armstrong: “Desde más o menos el 900 hasta el 200 AEC (antes de nuestra era común) en cuatro regiones distintas vieron la luz las grandes tradiciones mundiales que han continuado nutriendo la humanidad: el Confucianismo y Taoísmo en China; Hinduismo y Budismo en la India; Mono-

coloca en tiempo y lugar divergentes, pero también en cosmovisiones distintas, que han complicado el diálogo de dos grandes países que por su dimensión han sufrido encuentros inevitables en el marco de sus múltiples ascensos y declinaciones.

Para China, en una primera etapa de ese encuentro (1784-1839), Estados Unidos se presenta como una nación *bárbara*, que acudía como las demás a sus costas (Guangzhou) en busca de comercio, a la cual trataba como a todas las demás los últimos dos mil años, bajo la diplomacia del *kowtow* o de la subordinación, que además de permitir muy contadas veces la visita a su capital, cuando esto ocurría el visitante tenía que postrarse ante el emperador y tocar el suelo con la frente en tres ocasiones. Las facilidades que se daban a los comerciantes occidentales, además de ser muy limitadas, eran consideradas desde siempre como un favor especial del emperador, que como hijo del cielo mostraba su benevolencia al permitirles participar en el comercio chino.³⁹

Esta primera etapa bilateral, dominada por el poder y la diplomacia china, contrasta con un segundo periodo de relaciones, donde el equilibrio se cambia totalmente en favor de las naciones europeas y los Estados Unidos en el marco de un imperio que sucumbiría finalmente en la primera década del siglo XX.

2. Segunda etapa, 1839-1949 (el siglo de la humillación)

Desde la Primera Guerra del Opio en 1839 hasta el triunfo de su Revolución en 1949, China padece un siglo de humillacio-

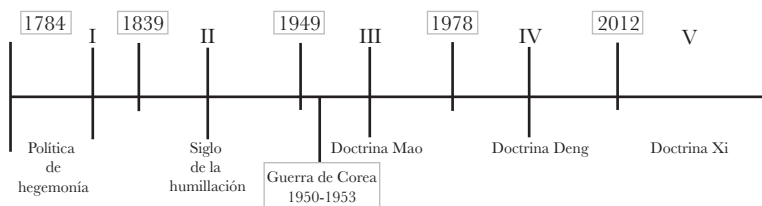
teísmo en Israel y Racionalismo filosófico en Grecia. Fue el periodo de Buda, Sócrates, Confucio y Jeremías, los místicos de las Upanishads, Mencio y Eurípides. Durante este periodo de intensa creatividad unos genios espirituales y filosóficos abrieron el camino a un tipo totalmente nuevo de experiencias humanas”, “La era axial —concluye Armstrong— fue uno de los periodos más influyentes de los cambios intelectuales, psicológicos y religiosos de la historia que recordamos” (Armstrong, Karen, *La gran transformación. El mundo en la época de Buda, Sócrates, Confucio y Jeremías*, 2006, p. 14, en Oropeza, Arturo, *China. La construcción del poder en el siglo XXI*, 2019, p. 27).

³⁹ Kissinger, Henry, *op. cit.*, pp. 54 y 55.

nes caracterizado por múltiples invasiones; la mayoría de ellas compuestas por más de dos países, donde Estados Unidos, como ya se indicó, participó de manera directa en el manejo y ampliación de sus intereses hegemónicos. Esta actitud, sobre todo a partir de la revuelta de los Boxers y su política de migración, genera en 1906 el primer boicot de China respecto a los productos de Estados Unidos y la semilla de un sentimiento antiamericano que desde entonces participa con diversas modulaciones en las negociaciones entre los dos países.

En esta segunda etapa la visión y manejo político de China respecto a Estados Unidos se divide en tantas como naciones acuden al ocaso chino, en el cual en algunos momentos llegan a participar hasta nueve países al mismo tiempo. Inglaterra, como punta de lanza, carga con la mayor atención y resentimiento a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, seguido por Japón ante su invasión militar en 1894 y 1895. No obstante, el curso de las guerras mundiales en el siglo XX cambia el papel de los actores y acontecimientos. Por un lado, Inglaterra traslada sus prioridades bélicas a la defensa de sus intereses europeos, al igual que la mayoría de las hegemonías occidentales. Japón, por el contrario, aprovecha el vacío que esto provoca e invade a China nuevamente en 1931 y de 1937 a 1945.

ETAPAS DE LA RELACIÓN DE CHINA CON ESTADOS UNIDOS



FUENTE: Elaboración propia.

3. *Tercera etapa, 1949-1978*

El manejo de la diplomacia china se rompe junto con el imperio a principios del siglo XX, y por primera vez en milenios vive una orfandad al propio tiempo que una larga lucha interna, que transita entre Sun Yat-sen, los Señores de la Guerra, Chiang-Kai-shek y el Kuomintang y Mao Zedong y el nacimiento del Partido Comunista Chino (1921). Las tareas de recuperación del orden interno impiden el manejo de la tradición diplomática de China. Todo esto cambia en 1949, cuando un hijo de campesinos de la provincia de Hunan se alza con el poder al triunfo de la Revolución china, y ese mismo año, desde el discurso de la *humillación*, declara que

China siempre ha sido una gran nación valiente y trabajadora, la cual había caído en los últimos tiempos a causa de la opresión y la explotación del imperialismo extranjero y los gobiernos reaccionarios del país. Por alrededor de un siglo nuestros antepasados nunca pararon de luchar de manera inflexible en contra de estos enemigos... Nuestros antepasados nos ordenaron luchar por los deseos incumplidos y por ello debemos actuar consecuentemente... China no será más una nación insultada y humillada. Nosotros estamos nuevamente de pie.⁴⁰

Con la llegada de Mao al poder da inicio un tercer periodo de las relaciones sinoestadounidenses bajo una visión muy distinta a la de las dos etapas anteriores, donde aparece un cambio súbito de la postura diplomática, que bien podría dividirse en dos fases: la primera, donde surge un profundo nacionalismo y franca hostilidad hacia Estados Unidos (1949-1965), y la segunda, en la que se da un gran vuelco y se construye el puente hacia el histórico diálogo de inicios de los setenta. Las dos etapas, desde luego, determinadas por el sello de un líder implacable y

⁴⁰ Gingrich, Newt, *Trump vs China*, 2019, p. 175.

protagónico en combinación con el ejercicio de una diplomacia ancestral.⁴¹

Sin embargo, el año de 1949 no se parecía a ningún otro que hubiera vivido china. Si bien había sido derrotada antes por los jin, por los mongoles y por los manchúes, había caído bajo la fuerza de la espada, donde la institución imperial y, sobre todo, su fuerza civilizatoria habían sido los elementos principales de su restauración. Ahora no era así, y una fuerza *superior* desconocida en términos tecnológicos, militares e institucionales la vencían sin saber exactamente por qué. Por ello, la relación sinoestadounidense encontró en Mao un líder dolido por las humillaciones recibidas y un resentimiento contra aquellos que las habían causado, sobre todo a partir de la segunda década del siglo XX, en la cual Mao se une a un proceso interno de revolución que no tenía claros sus fines, pero el cual se declaraba enemigo de un pasado que le había evitado estar a la altura del reto de aquellas naciones occidentales que los habían derrotado, como sucedió con Estados Unidos.

⁴¹ Durante la larga trayectoria de su imperio, China se inclinó por resolver sus conflictos externos a través de las diferentes facetas de la negociación, dejando la lucha armada como un último recurso. “Las palabras de los chinos fueron desde siempre suaves, sus contenidos siempre débiles —reza una inscripción antigua— con sus palabras suaves y sus contenidos débiles, [así] se dice, los chinos atraen a los pueblos que viven lejos...” (Oropeza, Arturo, *China. BRI o el nuevo camino de la seda*, 2018, p. 124). También es muy conocida la política de los cinco cebos o artilugios para convencer a sus contrapartes: “Ofrecerles [...] vestimenta y carruajes con grandes ornamentos para enviciar sus ojos; ofrecerles finos manjares para enviciar sus bocas; ofrecerles música y mujeres para enviciar su oído; ofrecerles elevados edificios, guerreros y esclavos para enviciar sus barrigas [...] y, para los que iban a rendirse, el emperador [debería] favorecerlos haciéndoles los honores con una recepción especial en la que el propio emperador les sirva vino y comida para enviciar su mente” (Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 41). Estas estrategias se practicaban desde un nivel de superioridad, en el que China nunca dejó de asumirse como un reino dominante rodeado de bárbaros a los cuales consideraba vasallos, fundado en el carácter del emperador como hijo del cielo (Tian) dentro de un mundo chino (Tianxia) construido desde siempre.

Al triunfo de la Revolución, Mao recibió un país de 554 millones de habitantes con 80% de analfabetismo⁴² y un PIB per cápita de 637 dólares.⁴³ Ante este difícil escenario, recurre a una combinación de un nacionalismo exacerbado junto a una diplomacia agresiva que invocando al primer emperador chino, Qin Shi Huang, buscó el *reposicionamiento psicológico* del poder de China.⁴⁴

Mao apuesta a la igualdad psicológica (la única a su alcance), y desde su primer discurso habla del regreso de una China imperial, que está de pie, y le informa a todo el mundo que no permitirá una segunda humillación; que no le teme a las potencias nucleares, y que está “dispuesto a asumir centenares de millones de víctimas”.⁴⁵ Estados Unidos no le cree al principio, y, como se adelantó, tanto MacArthur como Truman y Acheson dejan fuera del perímetro de su seguridad nacional a la península de Corea, abriendo una oportunidad bélica que no debió darse, que Mao aprovecha para lanzar una ofensiva impensable.

Utilizando el *pretexto* que le brindan las dos Coreas, la Unión Soviética y Estados Unidos, cada uno en su circunstancia, Mao aprovecha la oportunidad para dar un golpe de timón que reposiciona de inmediato a China como una potencia mundial capaz de demostrarlo en el terreno militar a pesar de sus enormes carencias, una decisión que le devuelve un poder global a pesar de

⁴² Información estimada por la División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Naciones Unidas: Perspectivas de la Población Mundial 2019. Total population (both sexes combined) by region, subregion and country, annually for 1950-2100 (thousands).

⁴³ Maddison Project Database, versión 2018. Bolt, Jutta *et al.* (2018), *Rebasing 'Maddison': new income comparisons and the shape of long-run economic development*, Maddison Project Working paper 10. PIB real per cápita a precios de 2011 (adecuado para comparaciones de crecimiento entre países).

⁴⁴ Hablando del impacto de las imágenes en materia de política internacional, Robert Jervis las refiere “a aquellas creencias sobre el otro que afectan a las predicciones de cómo se comportará bajo determinadas circunstancias”; en lo que China destaca desde siempre, en el manejo de su representaciones e imágenes propias (citado de García, David, *op. cit.*, 2015, p.288).

⁴⁵ Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 120.

sus limitaciones económicas, tecnológicas y sociales. En cuanto a su relación con Estados Unidos, el efecto de una política exterior agresiva, llena de amenazas e intromisiones, genera como respuesta una línea de distancia, cautela e incertidumbre. Salvo el tema de Taiwán, donde hubo choques simbólicos de pequeño calado, China recuperó fácilmente sus anteriores áreas de influencia, como el Tíbet, parte de Mongolia, Birmania, Xinjiang, etcétera; de igual modo que generó un movimiento de no alineados y una *exportación* abierta de su Revolución por diversos países del mundo.

La segunda fase de la política de Mao empieza a partir de 1965, cuando cambia de discurso sobre los Estados Unidos, lo cual sucede junto con el incremento de sus problemas con la Unión Soviética. Mao nunca se subordinó a esta última, y en los sesenta se muestra ya un desgaste político y militar con la presencia de un millón de soldados soviéticos en la frontera norte de China. Lo interno tampoco marchaba bien: el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural habían derivado en sendos fracasos económicos y sociales causando millones de muertos por hambre. Había llegado la hora de utilizar con Estados Unidos otro tipo de *cebos*.

En 1970, ante el acoso soviético, Mao declara al periodista norteamericano Snow, que China invitará pronto a estadounidenses de todas las tendencias políticas, que “Nixon sería bienvenido como turista o como presidente”. Después de una serie novelesca de mensajes cifrados entre las dos potencias, donde ninguna de ellas quería dar un paso en falso en su acercamiento, el 8 de diciembre de 1970 Zhou Enlai manda a Kissinger un mensaje de invitación a través de la embajada de Pakistán, a fin de formalizar una reunión de alto nivel.⁴⁶

⁴⁶ En el marco de esta complicada relación bilateral, resulta ejemplificativo cómo Mao despierta una noche *iluminado*, y a través de su enfermera de guardia ordena que se invite al equipo norteamericano de ping pong a China; ordena que se hiciera en ese momento *o sería demasiado tarde* (en Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 249).

Durante la vida de Mao (muere en 1976), las relaciones sinoestadounidenses fueron determinadas por un revolucionario transformado en *emperador*, que a pesar de sus grandes carencias nacionales supo imponer una agenda con el país más poderoso del mundo, logrando dominar una política de contención con aislamiento a través de la recuperación de la imagen y el poder de China a nivel mundial. Así como Mao estableció los términos de lejanía y respeto hacia China durante la primera etapa de la relación (sin desconocer la relevante participación de Nixon, Kissinger e incluso Chou Enlai) en el segundo acercamiento, él fue el que decidió que fuera en Beijing y no en Washington, el que impuso el tono y el ritmo a través de cinco días de diálogo, banquetes y turismo (cinco cebos), en los cuales sólo platicó una vez con Nixon; y al final también determinó la estructura del comunicado oficial del encuentro rediseñando el borrador inicial norteamericano al que catalogó de *tonto*.

De 1949 a 1976 Mao se enfrenta a seis presidentes norteamericanos: tres demócratas y tres republicanos, que no acaban de entender la naturaleza histórica y cultural de con quien trataban; el resultado, desde la Guerra de Corea, no fue satisfactorio para los intereses norteamericanos. Sin embargo, la plataforma construida por Mao y Nixon seguirá siendo un tema abierto en razón a lo sucedido a la fecha.

Al cerrar sus comentarios sobre la experiencia china, Kissinger concluye: “lo que no ha experimentado cambio significativo alguno —en la diplomacia china— es la minuciosa preparación, la complejidad en la argumentación, la capacidad de planificar a largo plazo y la sutil precepción de lo intangible”.⁴⁷

4. Cuarta etapa, 1978-2012

Las dos terceras partes del siglo XX China se debatió entre el recuerdo de un pasado glorioso, un siglo de humillaciones y una

⁴⁷ Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 289.

realidad social y económica que amenazaba la vida misma del pueblo chino. Durante la etapa del gran Salto Adelante (1958-1961) se estima que la hambruna ocasionó la muerte de treinta a cuarenta millones de personas. Estos extremos fueron los mayores revulsivos de los políticos chinos de la época, los cuales determinaron su comportamiento tanto en el terreno nacional como en su contacto con el exterior, en una combinación que durante mucho tiempo caminó al filo del precipicio.

Deng Xiaoping se incrusta en el relevo de la conducción de China a la muerte de Mao, en medio de grandes tensiones internas y un mundo exterior enmarcado en uno de los momentos más difíciles de la Guerra Fría, después del capítulo de los misiles rusos en 1962. Este político nace junto con el siglo (1904), e integrante de la Larga Marcha con Mao, recibe el calificativo de *indestructible* (Kissinger), por su habilidad y suerte al sobrevivir políticamente en tiempos de guerra y de tensión, incluso con el propio Mao y sus círculos cercanos. Hombre de estatura pequeña (medía 1.57 m), tenía 74 años cuando recibió el poder, pero su visión y talento fueron las notas centrales del milagro económico que hoy tanto se celebra internamente y preocupa en el exterior.

La visión de Deng sobre Estados Unidos es diferente a la de Mao. Primero, porque se beneficia de una igualdad psicológica que había construido el gran timonel a base de éxitos políticos. Si bien recibe una economía colapsada, también se beneficia del respeto internacional alcanzado por su predecesor y de la integración de China a los principales órganos internacionales, al igual que de una formalización y apertura de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, que se concreta en 1979. Sin embargo, con Deng la política de China frente a Estados Unidos cambia de forma, pero no de fondo. El orgullo de saberse millenario permanece junto a un marcado nacionalismo de valores históricos irrenunciables, a costa incluso del choque militar, lo cual, como con Mao, funcionó para darle un equilibrio de poder global. Junto con ello, en China habitaban en ese momento cerca

de novecientos millones de personas con 67% de pobreza extrema y un PIB per cápita de 1,392 dólares.⁴⁸

Deng no recurre en principio a la belicosidad de Qin Shi Huang que evoca Mao; prefiere el manejo de la estrategia del espejo, de la percepción, subterfugio recomendado por el viejo estratega Sun Tzu, cuando se reconoce una inferioridad natural respecto al enemigo: “Simular incapacidad; cuando se despliegan las tropas, aparentar que no hay movimiento. Cuando se está cerca, aparentar que está lejos; cuando se está lejos, aparentar que se está cerca”.⁴⁹ Con éstas y otras reflexiones, Deng construye una imagen inofensiva hacia Estados Unidos, pero también para todo el mundo, a fin de evitar que el ascenso de China fuera interpretado como el deseo de una recuperación hegemónica del pasado.

A principios de 1979, Deng visita Estados Unidos en un carrusel diplomático que por una semana desfiló por Washington, Atlanta, Houston, Seattle, donde convivió exitosamente con los dirigentes de Coca-Cola, PepsiCo, General Motors, etcétera, donde no dudó en ir a ver a los Harlem Globetrotters, ponerse un sombrero texano en Texas (fotografía icónica) y declarar públicamente que quería conocerlo todo sobre la vida de Estados Unidos: “Absorber todo lo que pueda beneficiarnos”.⁵⁰ A diferencia de Mao, visita a sus vecinos estratégicos, como Japón, Malasia, Singapur, Birmania, etcétera, y en la guerra con Vietnam de 1979 obtiene el impensable apoyo moral, diplomático y estratégico de Estados Unidos;⁵¹ de igual modo que frente a la amenaza soviética, igual que Mao, ofrece una alianza que nunca formalizó con Estados Unidos, pero que la hizo creíble para sus enemigos del momento en otro manejo exitoso de su estrategia

⁴⁸ Maddison Project Database, version 2018. Bolt, Jutta, Robert Inklaar, Herman de Jong and Jan Luiten van Zanden (2018), Rebasing ‘Maddison’: new income comparisons and the shape of long-run economic development, Maddison Project Working paper 10. PIB real per cápita a precios de 2011 (adecuado para comparaciones de crecimiento entre países).

⁴⁹ Sun Tzu, *El arte de la guerra*, 1999, p. 3.

⁵⁰ Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 376.

⁵¹ *Idem.*

psicológica. A los sucesos de Tiananmen, Deng responde a un Bush dubitativo con posiciones de fuerza y amenaza, igual que al resto del mundo ante las sanciones económicas impuestas.

En 1989, Deng comparte con la clase política china del momento sus importantes declaraciones, conocidas como “de los 24 caracteres” y “de los 12 caracteres”, que muestran por escrito la visión que lo acompañó en todo momento a lo largo de su gestión, y que estimaba debería seguir siendo la estrategia hasta alcanzar el tamaño geopolítico y económico para sustituirla. En los hechos esta recomendación se continuaría en sus términos tanto por Jiang Zemin como por Hu Jintao, y se cambiaría, como ya se dijo, con la nueva era de Xi Jinping.

Observar y analizar con calma, recomendaba Deng en la Declaración de los 24 Caracteres, asegurar nuestra posición; hacer frente a los asuntos con tranquilidad; ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno; ser bueno en mantener un perfil bajo; nunca liderar la reivindicación; llevar a cabo operaciones de carácter modesto, eran las líneas de estrategia de un arte de la diplomacia que buscaba al mismo tiempo el respeto de los otros, un alto desarrollo económico y una imagen de no amenaza que evitara reacciones políticas o económicas en contrario, como a la postre sucedió por más de cuarenta años.⁵²

Bajo esta estrategia, Deng aseguró a los Estados Unidos que China no seguiría el camino de Alemania, que llevó a este país a la Primera Guerra Mundial, ni el de Alemania y Japón, que desembocó en la Segunda Guerra Mundial, cuando estos países se dedicaron a expoliar recursos y a luchar por la hegemonía; que China tampoco seguiría la vía de las grandes potencias que compitieron por el dominio del mundo durante la Guerra Fría. Bajo la imagen de esta China, que sólo buscaba dar de comer tres veces al día a novecientos millones de personas, llegó a ofrecer que si algún día el país se apartara de este objetivo, la población mundial tendría que denunciarla, oponerse y luchar contra ella.

⁵² Cardenal, Juan Pablo y Araújo, Heriberto, *La silenciosa conquista china*, 2011.

La comunidad internacional —decía— puede supervisarnos.⁵³ La estrategia y el ofrecimiento funcionaron, y de 1978 a 1997, en que muere Deng, un hombre que decía no saber nada de economía sentó las bases de un experimento económico, un socialismo de mercado con características chinas, que aún hoy la relatoría occidental no acaba de aceptar ni termina de entender.⁵⁴

Jiang Zemin (1993-2003) y Hu Jintao (2003-2013), con sus propias características, fueron parte integral de la era diplomática de Deng Xiaoping y del respeto a la política de los 24 Caracteres, ya que sus candidaturas fueron impulsadas e inducidas por el propio Deng ante el Congreso y el PCCh, incluso más allá de su muerte.⁵⁵

En el entendimiento sinoestadounidense, tanto en sus confrontaciones como en sus avances diplomáticos, por parte de China destacan de 1949 hasta 2012, dos ejes políticos comandados, el primero por Mao (27 años), y el segundo, por Deng (34 años), dando un total de seis décadas, que en lo general marcan un tiempo de éxito político, económico y diplomático para China. De parte de Estados Unidos participaron doce presidentes: siete demócratas y cinco republicanos, de los cuales, salvo Nixon, desaprovecharon en gran medida la oportunidad de entender a su contraparte histórica y de orientar una política más eficiente en beneficio de los intereses que hoy denuncian son amenazados por una Repúbli-

⁵³ Kissinger, Henry, *op. cit.*, pp. 513-525.

⁵⁴ “Los últimos 40 años el PCCh ha estado jugando un bello juego. Sofisticadamente simple en una estrategia para ganar control y eficiencia en el mundo sin recurrir a estrategias políticas”. “Volando suavemente abajo del radar”, el PCCh ha estado tomando tecnología sin pagar un centavo; consiguiendo cándidamente el control del comercio y los negocios internacionales; infiltrándose en nuestras corporaciones y laboratorios científicos, y usando la inversión norteamericana para crear sus propias compañías y fabricas además de insultarnos e insistir que esas inversiones se queden en China”... “Nuestros líderes políticos, militares y empresarios han fallado en identificar este juego sutil (Guerra Sigilosa), que el PCCh ha estado jugando” (Spalding, Robert, *Stealth War*, 2019, pp. 11 y 12).

⁵⁵ Anguiano, Eugenio, “China: cambio y continuismo políticos”, *Foreign Affairs* Latinoamérica, vol. 3, núm. 3 (julio-septiembre), 2003, p. 78.

ca Popular China que ha vuelto en busca de la reinstalación del Reino de Enmedio.

De 2013 a la fecha, como ya se adelantó, la etapa del exitoso ascenso económico de China cancela la Doctrina Deng y da paso a la época del Sueño Chino de Xi Jinping. A partir de 2013 y 2020 inicia una nueva discusión de las relaciones sinoestadounidenses, cuya naturaleza está hoy a debate.⁵⁶

V. EL CONFLICTO CHINA-ESTADOS UNIDOS. LOS RETOS DE SU INTERPRETACIÓN

La confrontación histórica de China con Estados Unidos se ha venido presentando bajo diferentes escenarios, sin que hasta la fecha haya logrado una solución concluyente. No ha sido así, porque su encuentro se ha caracterizado por reunir a dos naciones poderosas que con diferentes atributos y distintas historias no han logrado llegar a un entendimiento. Por ello, el análisis de corto plazo no ayuda para explicar en su dimensión un encuentro que nace bajo el sello de una competencia entre dos pretensiones que por caminos distintos buscan una hegemonía única. Sólo los ojos de la distancia, por ello, pueden explicar mejor la confrontación sinoestadounidense. No sólo es su importancia o la dimensión de sus realidades, sino de manera particular es la vigencia de sus postulados y la profundidad de sus raíces lo que hace que ahora, en medio de más de 190 naciones, China y Estados Unidos continúen en el tiempo un debate de supremacías que iniciaron hace más de dos siglos.

En el siglo XVIII, el Reino del Medio (China), lo que quería era preservar su hegemonía, ya no sólo sobre su universo asiático acotado, sino que pretendió en vano ampliarlo hacia las nuevas potencias que tocaban a su puerta. En el siglo XIX, en franca de-

⁵⁶ El presente ensayo concluye antes de las elecciones presidenciales de noviembre de 2020. Está pendiente saber los cambios que implementaría el candidato Biden en caso de ganar. Sin embargo, los pasos a seguir por las dos naciones tendrían que reconsiderarse en el marco de una controversia de hegemonías que le antecede al periodo de Trump.

cadencia asiática, lo que Estados Unidos buscó fue tomar un pedazo de la hegemonía china, que se desprendió de su colisión con la fuerza occidental en el siglo de la humillación y los tratados, donde se vivió por primera vez la edición de un choque de civilizaciones, donde prevaleció la hegemonía occidental, incluyendo a Estados Unidos, respecto a debilitadas naciones asiáticas, como China, Japón y Corea.

Durante las dos terceras partes del siglo XX, el liderazgo mundial norteamericano no hizo más que fortalecerse en oposición a un debilitamiento progresivo de China, que de haber sostenido un liderazgo económico mundial aproximado del 90% del tiempo moderno, su participación se derrumbó a mediados del siglo XIX alrededor del 5% del PIB mundial.

Lo que a partir del siglo XX hasta la actualidad se ha pretendido por Estados Unidos, desde su política de puertas abiertas a inicio de siglo, su apoyo al Kuomintang en 1927, al nacionalismo chino hasta 1949, su intervención en la Guerra de Corea de 1950-1953, los diversos enfrentamientos respecto a la posición de Taiwán, su política de contención con y sin aislamiento de 1950 a 2020, pasando por su estrategia de 2011 del cambio de pivote asiático, entre todas las demás políticas y estrategias coyunturales, fue defender el tamaño de sus intereses y evitar el regreso napoleónico de una nación asiática de difícil interpretación.

Por eso, lo que está a debate en el siglo XXI, ante la recuperación inesperada del milagro chino, sobre todo en los linderos de esta tercera década del siglo, es la defensa de una hegemonía declinante de parte de la nación norteamericana, así como el pretendido regreso al liderazgo mundial de un país en ascenso como es la República Popular China. Lo que hace creíble el planteamiento de esta tesis son los atributos de poder que de manera oscilante pero sustentable han detentado estas naciones en estas dos centurias, así como su voluntad de ejercerlos. Lo que lo hace complicado de entender es la diversidad de culturas y civilizaciones con que los han venido sosteniendo.

Las divergencias olvidadas

Ante este choque de identidades y retos de interpretación, un primer punto de partida sería orientar las estrategias hacia nuevas relatorías que no repitan los errores cometidos. En el caso de Estados Unidos, por ejemplo, evitar insistir en las explicaciones de una China, que han resultado insuficientes. De sorpresa e ignorancia en el siglo XVIII; de desprecio y supremacía durante el siglo XIX y buena parte del XX, y de manera reciente, el creer que su confrontación se da respecto a un Estado marxista-leninista heredero del comunismo soviético, como lo describió Pompeo en su emplazamiento contra China el pasado 23 de julio.⁵⁷

Durante mucho tiempo —alerta Jullien—, el tema de China se ha trabajado bajo la idea de un *universalismo* occidental, a través del cual se han juzgado y descalificado a sus diferentes instituciones, en una línea de relativismo perezoso, que nos aleja de

⁵⁷ Como en 1949, Pompeo sigue condenando a una China que estima heredera de un régimen ex soviético marxista-leninista y declara enemigo frontal al Partido Comunista Chino, del cual hay que salvar a Occidente y al pueblo chino, en el marco de una guerra entre el mundo libre y el totalitarismo, en un desconocimiento de la heterotopía china. Sobre lo anterior, Jullien aclara que “El Partido Comunista asume la funciones tradicionales de un engranaje de poder, como en los tiempos de los mandarines”, o sea, de un Estado confuciano y no soviético (citado de Jullien, François, *La China da que pensar*, 2005, p. 26). Fairbank, uno de los conocedores más respetados sobre China, se pregunta “si los primeros miembros del PCCh comprendían o no cabalmente lo que significaba el marxismo-leninismo —y se contesta— aún no se sabe” (citado de Fairbank, John King, *China, una nueva historia*, 1996, p. 336). Al opinar sobre el tema, Mahbubani cuestiona a los estrategas norteamericanos sobre qué porcentaje de líderes chinos creen que están preocupados por la ideología marxista-leninista y qué porcentaje por la vasta historia de la civilización china, contestándoles que la respuesta sorprendería a muchos norteamericanos. Al final, concluye: “Los estrategas norteamericanos están cometiendo un gran error cuando ellos parten del hecho de que China es un país comunista. El comunismo chino no es una amenaza a la democracia americana. El éxito y la competitividad de la economía china y su sociedad son su verdadero reto” (citado de Mahbubani, Kishore, *Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy*, 2020, pp. 7 y 271).

su realidad y evita establecer las divergencias entre dos utopías poderosas.⁵⁸

La posición de Estados Unidos a través de las visiones de Pompeo y Trump, pero también de una buena parte de los políticos norteamericanos que les han precedido, sigue incurriendo en este fallo, dejando pasar la oportunidad de conocer mejor a su competidor asiático. Desde 1950 hasta el día de hoy han padecido y pagado un alto precio por rehuir el tema de conocer mejor a su contrincante.

El cuestionamiento sobre la etnicidad e interpretación del Estado chino tampoco es reciente, y como señala Anguiano, es en Estados Unidos y en Occidente donde han surgido los mejores estudios respecto a la naturaleza milenaria del Estado chino. No obstante, la voluntad política ha dado claras muestras de un alejamiento e incredulidad de su contenido. Al respecto, puede agregarse que tampoco la academia ha estado ausente de este debate, que sigue sin ponerse de acuerdo si el mundo trata con un Estado confuciano o un Estado marxista-leninista.

Como un ejemplo de lo anterior, Fukuyama argumenta que él podría opinar que el Estado que surge a partir de 1978 es más parecido al clásico Estado chino que al Estado maoísta que le precedió o a la copia soviética que quiso ser. Sin embargo, el mismo autor agrega que los funcionarios públicos de hoy no siguen los rituales de contratación de la corte Qing ni usan *coletas*; no estudian los libros confucianos, pero sí consultan los documentos marxistas-leninistas, los diferentes libros de ingeniería y una amplia gama de literatura occidental de negocios. La mentalidad de Mao —añade Julien— permanece en el Partido y en los funcionarios públicos, por lo que si uno observa la esencia del gobierno chino, la continuación con este pasado marxista es sorprendente.⁵⁹

No obstante lo anterior, el propio Fukuyama reconoce que ese Estado chino de corte soviético representa a una región ca-

⁵⁸ Jullien, François, *La China da qué pensar*, 2005, p. 24.

⁵⁹ Fukuyama, Francis, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, 2014, p. 371.

racterizada por Estados altamente efectivos que se distinguen por su lograda capacidad en el manejo de sus estrategias de desarrollo, como el caso de su política industrial y una constante participación del Estado en la promoción de su crecimiento. Acepta también que en este punto hay teorías que atribuyen el éxito de la región a los valores asiáticos del ahorro y de la ética, o sea, culturales. Cuando se hace la pregunta directa ¿de dónde viene esta fuerza especial de los Estados asiáticos?, admite que China, Japón y Corea se caracterizan por tener sólidas identidades nacionales y culturas compartidas, que define como unas de las más homogéneas del mundo, las cuales surgieron mucho antes de tener contacto con la cultura occidental.⁶⁰

En una evidente contradicción que, como ya se ha dicho, no le es ajena a la política ni a la teoría económica occidental, se concluye que China es un país marxista-leninista, pero que a diferencia de los quince Estados ex soviéticos que fracasaron política y económicamente en 1991, es altamente eficiente, su cultura es regional y le precede por diecisiete siglos a la llegada de la cultura de Occidente.

China, dada su antigüedad, profundidad y disgregación, es la única civilización que puede compararse con la cultura occidental a través de un conocimiento expresado en textos, de época antigua y de relato original. “China —dice Jullien— constituye el mayor distanciamiento cultural explicitado en relación a la difusión de las ciencias humanas occidentales y de las categorías que se hallan implicadas en ellas”; agrega que “China ha vuelto a tomar conciencia de su fuerza, está orgullosa de la riqueza de su pasado. No debería, pues, doblegarse fácilmente a la norma de la mundialización”.⁶¹

China es la heterotopia que nace en la era axial de Jasper junto con Occidente, pero que los caminos los separan hacia diferentes cosmovisiones. No es mejor ni peor; es divergente, como bien apunta Jullien, y la ventaja de su reconocimiento representa la oportunidad para Estados Unidos, de lejos de caer en supre-

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 335 y 336.

⁶¹ Jullien, François, *op. cit.*, pp. 2-24 y 25.

macias o comparaciones facilistas, utiliza el espejo asiático para mejorar o refrendar lo que le es importante de la amplia agenda económica, política y social que tiene pendiente.

En esta línea de análisis, sería prudente no olvidar que la confrontación está lejos de ser bilateral. Como reconoce un amplio grupo de especialistas (Johnson, Huntington, Mahbubani, Pankaj, Vogel, etcétera) la cuenca civilizatoria asiática del Este comprende de manera directa a Japón, China y Corea, que se desdobra en mayor o menor medida hacia los diez países de la ASEAN. Sólo basta seguir su comportamiento económico desde 1868 con Japón a la cabeza, y así, seguirlo en el siglo XX hasta la fecha, para concluir que no se está frente a casos aislados o casualidades de éxito económico y político, ni mucho menos a logros derivados del neoliberalismo económico, como lo han venido sosteniendo tanto el Banco Mundial como el Fondo Monetario Internacional. Que el avance de la occidentalización de estos países, como Japón y Corea, es parte de un proceso de transformación de la mayor relevancia, que está lejos de concluir, pero que en su avance sigue sin romper de manera puntual con los atributos de una etnicidad confuciana, budista y sintoísta que tiene a la moral como fuente de cohesión política, social y económica, y al respeto familiar y social como una herencia de piedad filial, que está lejos de desaparecer.

Como un rápido ejemplo de lo anterior, y en el marco de la pandemia, el filósofo coreano Byung-Chul Han, al preguntar sobre la razón del éxito de los países de Asia del Este en el control del covid-19, recurre a la declaración del ministro de Economía japonés, Taro Aso, quien aduce que la causa es el *Mindo*, que significa el “nivel cultural de las personas”. Por su lado, Chul Han agrega que el *factor X* que la medicina no puede explicar entre el éxito asiático y la falta de control occidental “no sería otra cosa que el civismo, la acción conjunta y la responsabilidad con el prójimo”, y agrega que “lo que el liberalismo occidental muestra en la pandemia es, más bien debilidad”.⁶² Respecto al tema, Mahbubani argumenta que

⁶² Byung-Chul Han, “Por qué a Asia le va mejor que a Europa en la pandemia: el secreto está en el civismo”, *El País*, 26 de octubre de 2020.

el promedio de muertes por millón de habitantes en los países de Asia del Este ha sido de cinco personas, mientras que en los países desarrollados se ha registrado un número de seiscientos.⁶³ A lo anterior puede agregarse el impacto económico que ambas regiones padecerán en 2020 por dicha pandemia, donde China crecerá alrededor del 2%, y Asia del Este, si bien no crecerá, tampoco reducirá su crecimiento; en contraposición, con el -8% que se estima para Estados Unidos y -10% para los países de la zona euro.⁶⁴

VI. ¿HACIA UNA GUERRA FRÍA⁶⁵ O CHOQUE DE CIVILIZACIONES?⁶⁶

China se convirtió en 2009 en el primer país exportador, y en 2010, en el líder manufacturero del mundo, y la relatoría se desbordó en

⁶³ Mahbubani, Kishore, *East Asia's New Edge*, Project Syndicate, 2020.

⁶⁴ Estimaciones del Fondo Monetario Internacional, junio de 2020.

⁶⁵ La Guerra Fría entre las quince naciones de la ex-Unión Soviética y Estados Unidos, principalmente, suele fecharse como un conflicto que va de 1945 a 1991, aunque algunos autores, como André Fontaine, sostienen que inició en 1917 (Wallerstein, Immanuel, *La decadencia del poder estadounidense*, 2003, p. 119).

⁶⁶ Cuando Huntington escribe su obra *Choque de civilizaciones*, señala que el libro intenta ser una interpretación de la evolución de la política global tras la Guerra Fría, el cual aspiraba ofrecer una estructura, un paradigma para analizar la política global, que fuera válido y útil para las decisiones políticas. Desde su lanzamiento, reconoce que no da cuenta de todo lo que acontece en la política global ni es una obra de ciencias sociales, pero busca ser un filtro válido y útil al considerar las nuevas circunstancias internacionales (Huntington, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, 1996, p. 14). La utilización de un título tan controvertido y provocador, como ya se dijo, ha ocasionado una polémica que no se ha agotado ni se agotará seguramente en el marco de visiones e intereses nacionales y la confrontación de las diferentes culturas y civilizaciones, en un marco de relativismo infinito, que no será tolerante. Sin embargo, con el tiempo el concepto ha ido permeando, sobre todo como un recurso para explicar los conflictos mundiales Norte-Sur. En este ensayo, bajo la idea original del autor, el término se utiliza como un concepto provocador más que una sentencia sociológica, a falta de alguna otra idea que abarque de manera más integral un disenso que no se conforma con la competencia económica y política, sino que incluye en su litis atributos y categorías culturales como parte de su alegato y, sobre todo, de la calidad de sus resultados.

apresurar que estábamos en medio de una guerra comercial entre Estados Unidos y China. En 2013, el país asiático se vuelve la economía más poderosa del mundo en términos de poder de compra; de 1999 a 2019 crece once veces más rápido que Estados Unidos y alcanza el 65% de su producto interno bruto (PIB), cuando en 1980 era diez veces más pequeño, y la opinión alertó de que vivíamos una guerra económica. En 2012, en un artículo de G. T. Allison en el *Financial Times* (“La trampa de Tucídides”) se desborda el análisis del conflicto hacia una posible confrontación bélica utilizando el texto del historiador griego Tucídides sobre la *Historia de la guerra del Peloponeso*, donde básicamente se plantea que el ascenso de Atenas (China) y el miedo de Esparta (Estados Unidos), llevarían de manera irremediable a un conflicto bélico. El planteamiento fue muy citado en su momento, y por primera vez se generalizó una visión de la que Huntington ya había alertado casi veinte años antes. Ahora, en 2020, autores como Prestowitz, Mearsheimer y muchos otros, en especial Niall Ferguson, nos hablan de que “la Segunda Guerra Fría ha comenzado”, y que este “será un *shock* económico más grande que cualquiera ocurrido durante la Guerra Fría”.⁶⁷ El periódico *El País*, haciendo eco de estas manifestaciones, al brindarnos los diversos escenarios de la nueva Guerra Fría publica que

Tres décadas después de la caída del Muro de Berlín, las dos superpotencias del siglo XXI aparecen lanzadas hacia una nueva Guerra Fría. Estados Unidos y China avanzan en una espiral de amenazas, sanciones y acusaciones de espionaje de consecuencias imprevisibles para ellos mismos y para el resto del mundo.⁶⁸

¿Ante qué tipo de conflicto estamos?

El primer choque de civilizaciones, como ya se apuntó, se da a mediados del siglo XIX con la llegada beligerante de Inglate-

⁶⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 31 de mayo de 2020.

⁶⁸ “Estados Unidos vs China: escenarios de la nueva guerra fría”, *El País*, 25 de julio de 2020.

rra a China en 1839, y Estados Unidos a Japón en 1854. No es un encuentro ni diálogo de civilizaciones; es un conflicto armado que se resuelve en favor de las hegemonías militares de Occidente, que deja sin abordar el conocimiento y la aceptación del otro. La fortaleza y la vigencia de una civilización asiática que emerge de nuevo, y que se hace patente ya desde finales del siglo pasado, es lo que a Huntington le lleva a denunciar lo que sería una segunda edición de un choque de civilizaciones no resuelto.

Si esto es así, los diferentes calificativos que se hacen al conflicto quedan cortos y lo alejan de su solución. De igual modo, la imposición de comparaciones apretadas no resulta útil para analizar y en su caso resolver el choque de las dos fuerzas culturales más resilientes y poderosas que por dos milenios y medio, desde su encuentro axial, han determinado en gran medida los hechos y comportamientos de la mayor parte de la humanidad.

Comentaba Huntington que los estadistas sólo pueden alterar la realidad de forma constructiva si la reconocen y la entienden. A lo anterior agregaba que la idea de universalidad que tenía Estados Unidos de la cultura occidental era falsa, inmoral y peligrosa.⁶⁹ Esto lo expresaba en el marco de un alertamiento del resurgimiento de China, basado fundamentalmente en la vigencia de su civilización, donde, decía, Asia era el caldero de las civilizaciones, y China, el “actor más grande en la historia humana”.⁷⁰

⁶⁹ Occidente está habituado a la idea de que el mundo es su mundo; que la comunidad internacional es su comunidad; que las instituciones internacionales son sus instituciones; que la moneda corriente —el dólar— es su moneda; que los valores universales son sus valores; que la historia del mundo es su historia, y que el lenguaje del mundo —el inglés— es su lenguaje. Esta creencia ha sido adjetivada como “occidental”, y se aplica naturalmente a cada sustantivo. Esto no será más. Occidente poco a poco descubrirá, de manera no grata, que el mundo no es más occidental. Más aún, descubrirá poco a poco que se encuentra en la misma posición que estuvo el resto del mundo durante la era de la supremacía occidental... Por primera vez, un Occidente en declinación requerirá de enlazarse con otras culturas y países en términos más iguales y obligado a reconocer y aprender de sus fortalezas (Jacques, *op. cit.*, 2012, p. 560).

⁷⁰ Huntington, Samuel, *op. cit.*, 1996, pp. 276, 369 y 372.

También agregaba desde la década de los noventa, que los asiáticos reafirmaban cada vez más la validez de sus valores e instituciones; que el *ethos* confuciano impregnaba a muchas de las sociedades asiáticas donde prevalecían los valores de autoridad, jerarquía, la subordinación de los derechos e intereses individuales, la importancia del consenso, el evitar la confrontación, “salvar las apariencias” y, en general, la supremacía del Estado sobre la sociedad, y de la sociedad sobre el individuo. Que además su perspectiva era de siglos y milenios, dando prioridad a potenciar el largo plazo. Que lo anterior contrastaba con las creencias estadounidenses, por lo que las fuentes del conflicto entre los dos países eran en el ámbito de la sociedad y la cultura.⁷¹

Estados Unidos y Occidente, en general, no han querido reconocer esta realidad, y, por lo tanto, no la han alterado. Su negación a reconocer otra heterotopía y su insistencia en *imponer* una universalización forzada los ha llevado a perder tiempo, poder y espacio, esperando coptar a un Estado moderno asiático que les antecede en siglos a una visión reduccionista del *Western Model*.

Esta negativa ha resultado muy costosa, porque les ha hecho creer que su hegemonía sería para siempre, como también lo predijo Fukuyama, lo cual les ha limitado para implementar una mejor estrategia frente a China; por ejemplo, para interpretar de una mejor manera la estrategia económica asiática, que desde hace dos milenios es parte del Estado y se hace con y desde el Estado de una manera mayormente exitosa; instrumentada por una administración pública profesional meritocrática, cuyos antecedentes son anteriores a la era moderna. Su apuesta por convertir a China en una economía de mercado los últimos cuarenta años se pierde en el tiempo ante el hecho de que al día de hoy el 50% de la economía china es generada por las empresas del Estado.

En la parte política, la obsesión de Estados Unidos de transformar un Estado totalitario confuciano en una democracia les

⁷¹ *Ibidem*, pp. 268 y 269.

ha restado energía para resolver un déficit democrático propio que ha ido en perjuicio de su estabilidad interna, lo cual no le ha beneficiado al desarrollo económico y social del país. La construcción del poder en China a partir de su reforma constitucional de 2018 y la llegada de Xi al poder en 2012, junto con la propuesta geopolítica del nuevo camino de la seda y la iniciativa económica de Hecho en China 2025, nos hablan de un regreso de China hacia un Estado confuciano del cual nunca se fue.

El tema social es parte nuclear de estas diferencias. Se habla de un Ogro Filantrópico que somete a 1,400 millones de personas y atenta contra todos sus derechos, a los cuales hay que rescatar del Partido Comunista Chino; mientras que, por otro lado, con base en el Ash Center de la Harvard Kennedy School, en 2016 el Estado y los funcionarios chinos contaron con el 93% de aprobación en capacidades y eficiencia. La sociedad china desde 221 a. C., bajo un pacto de Estado fundado en preceptos filosóficos, decide resolver su organización y su caos social a través de un orden nuclear jerárquico sin limitación alguna, a cambio de un compromiso moral con el pueblo. Este pacto es el contrato social más antiguo del mundo, y fue soportado en las ideas centrales de un confucianismo que pasa de largo por los grandes filosofemas occidentales de conceptos como el ser, la idea de Dios y de la libertad; a cambio de un compromiso social basado en un pacto entre la familia y el Estado, de un agnosticismo orientado a resolver los problemas de la tierra, compensado con un fuerte compromiso moral de todos, y de anteponer el bien común, el bien del otro, sobre el individualismo y la libertad personal. Todo lo anterior estructurado por medio de una figura piramidal, vertical y autoritaria, conocida como “piedad filial”, que en buena medida sigue siendo una práctica viva de la sociedad china y de parte de la región de Asia del este.

La relación de Estados Unidos con China, por su extensión y complejidad, no acepta una respuesta referida únicamente a las balanzas comerciales o fortalezas económicas. El convertirlo por comodidad en una Guerra Fría 2.0 tampoco será útil, porque su

enfoque traspasado de otra realidad y otro tiempo llevaría a la construcción de un escenario, que ya ahora amenaza en quedar rebasado incluso por posturas beligerantes.

Reza un proverbio chino que el que no conoce a sus contrinantes será dominado por ellos, y China ha caminado durante más de medio siglo con el beneficio de su *confusión*.

Para una solución más asertiva del reto bilateral; para una mejor comprensión del traslado de una región del Atlántico a una región del Pacífico; para la reconstrucción de un orden global agotado, intentar partir de un mejor conocimiento y aceptación del otro, se convierten en condiciones obligadas tanto para China como para Estados Unidos.

En la historia de la contienda de las civilizaciones —concluye Huntington— muchas cosas son probables, pero nada es inevitable; sin embargo, en una era donde la mayor amenaza para la paz mundial y su desarrollo futuro es el choque de civilizaciones, un orden basado en el diálogo y entendimiento de las civilizaciones es la protección más segura contra la guerra mundial.⁷²

VII. BIBLIOGRAFÍA

ARMSTRONG, Karen, *La gran transformación. El mundo en la época de Buda, Sócrates, Confucio y Jeremías*, España, Paidós, 2006.

ANGUIANO, Eugenio, “China: cambio y continuismo políticos”, *Foreign Affairs*, Latinoamérica, vol. 3, núm. 3 (julio-septiembre), 2003.

BAUER, Wolfgang, *Historia de la filosofía china*, Herder, núm. 1, 2009.

CARDENAL, Juan Pablo y ARAÚJO, Heriberto, *La silenciosa conquista china*, Barcelona, Crítica, 2011.

ECONOMY, Elizabeth, *The Third Revolution*, Oxford University Press, 2018.

⁷² *Ibidem*, p. 386.

- FAIRBANK, John King, *China, una nueva historia*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996.
- FERNÁNDEZ LIESA, Carlos y BORQUE LAFUENTE, Emilio, *El conflicto de Corea*, España, Instituto de Estudios Internacionales y Europeos, 2013.
- FOREIGN POLICY, *America's Pacific Century*, 11 de octubre, 2011.
- FUKUYAMA, Francis, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Farrar, Straus and Giroux, 2014.
- GARCÍA, David, *La política exterior de Estados Unidos hacia China y la dinámica de seguridad en Asia: impacto regional y global*, Universidad del País Vasco, 2015.
- GINGRICH, Newt, *Trump vs. China*, Center Street, 2019.
- HALBERSTAM, David, *La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*, Madrid, Crítica, 2009.
- HUNTINGTON, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, 1996.
- JINPING, Xi, *El sueño chino de la gran revitalización de la nación china*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2014.
- JULLIEN, François, *La China da qué pensar*, Anthropos, 2005.
- JACQUES, Martin, *When China Rules the World*, Penguin Books, 2012.
- KHARAS, Omi, *The Unprecedented Expansion of the Global Middle Class*, Global Economy & Development, Working paper, 2017.
- KISSINGER, Henry, *On China*, Debate, 2012.
- MAHBUBANI, Kishore, *Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy*, Public Affairs, 2020.
- MANDELBAUM, Haber, *China la trampa de la globalización*, Madrid, Tendencias, 2001.
- MAHBUBANI, Kishore, *¿Pueden pensar los asiáticos?*, Siglo XXI, 2002.
- MAHBUBANI, Kishore, *East Asia's New Edge*, Project Syndicate, 2020.

- MERKEL, Wolfgang, “Choque de civilizaciones: la profecía más criticada se hizo realidad”, *Nueva Sociedad*, Opinión, abril, 2015.
- MORISON, Samuel *et al.*, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- MARTIN, Hans y SCHUMANN, Harald, *La trampa de la globalización*, Taurus, 1998.
- NAPOLEONI, Loretta, *Maonomics*, Paidós, 2011.
- NIXON, Richard, “Asia after Vietnam”, *Foreign Affairs*, vol. 46, núm. 1.
- NYE, Joseph, Jr, *Is the American Century Over?*, Polity, 2015.
- OROPEZA, Arturo, *El Acuerdo de Asociación Transpacífico ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 2014.
- OROPEZA, Arturo, *China: BRI o el nuevo camino de la seda*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM-Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico-Confederación de Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos, 2018.
- OROPEZA, Arturo, *China. La construcción del poder en el siglo XXI*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2019.
- PAZ, Octavio, *Itinerario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- SUN TZU, *El arte de la guerra*, Mercado, 1999.
- SPALDING, Robert, *Stealth War*, Portfolio, 2019.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *La decadencia del poder estadounidense*, Biblioteca Era, 2003.

AUTORES

Eugenio ANGUIANO ROCH

Licenciado en economía por la UNAM; estudios de posgrado en las universidades británicas de Leeds y Sussex Fellow del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Harvard. Embajador de México tanto en Costa Rica como en China (dos veces), Argentina, Austria y Brasil. Representante permanente de México en Naciones Unidas-Viena; miembro de la Junta de Gobernadores de la Organización Internacional de Energía Atómica; representante suplente de México en el Consejo de Seguridad de la ONU. Fue profesor asociado del Centro de Investigación y Docencia Económicas de 2009 a 2017. Es miembro del Centro de Estudios China-México de la Facultad de Economía de la UNAM.

Sergio LEY LÓPEZ

Presidente de la Sección Empresarial para Asia y Oceanía del COMCE, y vicepresidente ejecutivo nacional de COMCE. Fue miembro del servicio exterior de carrera desde 1984 como agregado cultural en la embajada de México en China 1984-1990; jefe de cancillería en Singapur 1990-1993; cónsul general de México en Shanghai 1993-1994; director general para Asia-Pacífico de Relaciones Exteriores 1994-1997; embajador de México en Indonesia 1997-2001; embajador de México en China 2001-2007.

Enrique DUSSEL PETERS

Coordinador del Centro de Estudios China-México (CECHI-MEX), de la Facultad de Economía de la UNAM. Doctor en economía por la Universidad de Notre Dame. Desde 1993 trabaja como profesor de tiempo completo en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha colaborado y coordinado investigaciones y consultorías tanto para la UNAM como para la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), así como para la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Fundación Ford y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), entre otras instituciones.

Arturo OROPEZA GARCÍA

Doctor en derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), e investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Vicepresidente del Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico (IDIC). Especialista en temas globales, de integración y comercio internacional. Autor y coordinador de más de treinta obras en la materia, con especialidad en las regiones de América Latina, América del Norte, Asia del Este y China. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: “China. La construcción del poder en el siglo XXI” y “China. New Power Dynamics in the XXI Century”. Conferencista y profesor invitado en diversas universidades de América del Norte, Asia, China, Latinoamérica, Europa y África. Miembro del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales (Comexi).

China-Estados Unidos, ¿la guerra sigilosa?, editado por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, se publicó en versión digital el 3 de noviembre de 2021. En su composición tipográfica se utilizó tipo *Baskerville* en 9, 10 y 11 puntos.

En la tercera década del siglo XXI, la sociedad global observa con preocupación la acumulación de una agenda que no desahoga con prontitud los temas rezagados de su competencia, y, por el contrario, cada día va sumando nuevos retos, que la comprometen con su estabilidad y su futuro.

Dentro de todos ellos, como uno de sus asuntos más importantes aparece el disenso que protagonizan, por un lado, el rol hegemónico que Estados Unidos ha venido ejerciendo con amplitud desde 1945, y, por el otro, el evidente surgimiento de la República Popular China como potencia emergente, sobre todo desde la llegada del presidente Xi Jinping al poder en 2012-2013.

El tema de la presencia de China en la vida de Occidente desde el siglo XVII no ha sido de fácil interpretación; ahora, en su dimensión de éxito global, y en el marco de una disputa de liderazgos con Estados Unidos, la necesidad de establecer la magnitud del nuevo papel global del país asiático en el siglo XXI se vuelve una asignatura imprescindible.

